LIBRO dot.com

CUENTOS
ISAAC ASIMOV



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INDICE

- ¿INTERCAMBIO JUSTO?
- LA ÚLTIMA PREGUNTA
- LA ÚLTIMA RESPUESTA
- LENNY
- LOS OJOS HACEN ALGO MAS QUE VER
- PLAYBOY Y EL DIOS MUCOSO
- RAZÓN
- TORMBA DE AGUA
- UNA ESTATUA PARA PAPÁ

¿INTERCAMBIO JUSTO?

Estaba derivando hacia adentro y hacia afuera, y de tanto en tanto oía un breve fragmento de una melodía en mi cabeza.

Me llegó la letra: «Mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad».

Tuve conciencia de que había luz, luego del rostro de John Sylva inclinándose sobre mí.

-Hola, Herb -dijo su boca.

No oí las palabras, pero vi su boca formándolas. Asentí, y derivé de nuevo hacia afuera.

Había oscuridad cuando derivé de nuevo hacia adentro. Una enfermera estaba haciendo algo sobre mí, pero permanecí quieto y ella derivó, alejándose.

Me hallaba en un hospital, por supuesto.

No me sorprendió. John me había advertido, y yo había corrido el riesgo. Moví las piernas, luego los brazos... muy suavemente. No dolían. Los sentía. Me pulsaba la cabeza, pero eso también era de esperar.

«Mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad.»

Tespis, pensé, jubiloso. Había oído Tespis. Derivé de nuevo hacia afuera.

Era el amanecer. Sentía el sabor de zumo de naranja en mis labios. Sorbí de la pajita, y fue una bendición.

¡La máquina del tiempo!

A John Sylva no le gusta que lo llame así. «Transferencia temporal» lo llama él.

Pude oírle diciéndolo, y me deleité en ello. Mi cerebro parecía perfectamente normal. Intenté resolver problemas de memoria, y calculé mentalmente la raíz cuadrada de quinientos cuarenta y tres. ¡Nombré los presidentes por orden! Parecía estar en buena forma mental. ¿Podía decirlo realmente? Me aseguré a mí mismo que podía.

Los daños cerebrales habían sido la gran preocupación, por supuesto, y no creo que me hubiera arriesgado a ello de no ser por Tespis. Se necesita ser un fanático de Gilbert y Sullivan para comprender eso. Yo lo era, y también lo era Mary. Nos conocimos en una reunión de la G and S Society, nos cortejamos el uno al otro en sucesivas reuniones y asistiendo a las representaciones del Village Light Opera Group. Cuando finalmente nos casamos, un coro de nuestros amigos de la G and S cantaron Cuando se casa una novia feliz, de Los gondoleros.

Mi cerebro era normal, estaba seguro de ello. Miré al exterior, al frío amanecer gris que acolchaba la ventana, y escuché a mi cada vez más firme memoria relatar lo que había ocurrido.

-No una máquina del tiempo -oí decir en mi mente a la voz de John-. Eso es como un automóvil que tú conduces arriba y abajo por los corredores del tiempo, lo cual es teóricamente imposible. Lo que tenemos aquí es la transferencia temporal. Las mentes pueden ejercer su influencia a través del tiempo. O mejor dicho, las partículas subatómicas pueden, y si están organizadas de forma tan compleja como en un cerebro avanzado, su influencia se ve multiplicada hasta el punto de poder ser detectada y, creo, utilizada. Si dos mentes son lo suficientemente similares pueden resonar hasta el punto en el que la conciencia es capaz de deslizarse hacia delante y hacia atrás cruzando el abismo del tiempo. Transferencia temporal.

-¿Puedes realmente controlar eso?

-Creo que sí. Me atrevería a decir que cada mente resuena con muchas otras lo cual podría explicar cosas tales como los sueños, las sensaciones de déjà vu, las inspiraciones repentinas y cosas así. Pero efectuar una transferencia real significa una resonancia abrumadora entre dos mentes en particular, y requiere una amplificación adecuada.

Yo era uno de los centenares a los que probó. No tenía ningún sentido probar con animales. Solamente el cerebro humano posee un campo lo bastante fuerte como para ser detectado. Los delfines también, quizá, pero ¿cómo puede alguien trabajar con ellos?

-Casi todo el mundo evidencia una resonancia detectable -dijo John-. Tú, por ejemplo, muestras una fuerte resonancia en una dirección en particular.

-¿Con quién? -pregunté, interesado.

-Eso es imposible decirlo, Herb -respondió-, y no podemos estar seguros de lo precisas que pueden llegar a ser nuestras estimaciones de tiempo y lugar, pero pareces resonar con alguien en Londres en mil ochocientos setenta y uno.

-¿En Londres en mil ochocientos setenta y uno?

-Sí. No podemos comprobar con exactitud nuestras mediciones hasta que podamos someter a alguien a una amplificación lo bastante grande como para efectuar una transferencia, y francamente, no espero encontrar muchos voluntarios.

-Yo soy un voluntario -dije.

Me tomó algún tiempo convencerle de que hablaba en serio. Éramos viejos amigos y él conocía mi devoción a la mística de G and S, pero imagino que no podía concebir su profundidad.

¡Mary sí podía! Estaba tan excitada como yo. Le dije:

-¡Imagina lo que puede representar eso! Tespis fue producida en Londres en mil ochocientos setenta y uno. Si de pronto me encontrara en aquel lugar y aquel tiempo, podría oírla. Podría...

Era un pensamiento abrumador. Tespis era la primera de las catorce operetas de Gilbert y Sullivan, una obra ligera y ciertamente sin demasiado éxito, pero pese a todo un Gilbert y Sullivan, y su música estaba irremediablemente perdida... Toda excepto un coro introductorio que fue usado más tarde con mucho éxito en Piratas de Penzance, y una balada.

Lleno de entusiasmo, insistí:

-¡Si pudiera oírla! Si pudiera poner mis manos sobre la partitura y estudiarla... Si pudiera poner una copia en una caja de seguridad en un banco y de alguna manera conseguir que fuera abierta ahora...

Los ojos de Mary brillaban; sin embargo, no perdió su sentido de lo práctico.

-Pero ¿podría hacerse? De acuerdo que cualquier cosa de Tespis podría ser el descubrimiento G and S del siglo, pero no hay que concebir falsas esperanzas. Aunque consigas penetrar en la mente de alguien en mil ochocientos setenta y uno, ¿puedes obligarle a hacer lo que tú deseas?

-Podría intentarlo -dije-. Será alguien muy parecido a mí si nuestras mentes resuenan tan fuertemente cruzando un abismo de tiempo de más de un siglo. Tendrá mis mismos gustos.

-Pero ¿y si te ocurriera algo a ti?

-Algunas metas bien merecen el riesgo -dije firmemente, y ella estuvo de acuerdo.

No hubiera sido Mary si no lo hubiera estado en este caso.

De todos modos, no le dije que John me había advertido que el mayor riesgo era el de daños cerebrales.

-No hay forma de predecir cuán grande es el riesgo de daños -me dijo-, ni siquiera si se producirán o no, hasta que hagamos la prueba. Yo preferiría no intentarlo con mi mejor amigo.

-Tu mejor amigo insiste -dije.

Y firmé todos los pliegos de descargo que los abogados de la John's Temporal Transfer Foundation habían elaborado.

Pero tomé una precaución. No le dije a Mary exactamente cuándo se efectuaría la prueba. Si algo iba mal, no deseaba que ella estuviera allí en aquel momento. Pronto iba a efectuar su viaje anual al Canadá para visitar a sus padres, así que ¿por qué no entonces?

-John no estará listo hasta el otoño, como mínimo -le dije, e hice todo lo que pude por aparentar decepción.

Tres días después de que Mary se hubiera ido, todo estaba listo.

No me sentía en absoluto nervioso, ni siquiera cuando John dijo:

-Las sensaciones pueden ser desagradables.

Lo deseché con un alzamiento de hombros.

-John -dije-, cuando esté en Inglaterra, ¿seré capaz de hacer algo? Voluntariamente, quiero decir.

-Esa es otra pregunta a la que no puedo responder categóricamente hasta tu regreso -dijo John-, el cual, dicho sea de paso, será automático. Incluso aunque yo cayera muerto de pronto o fallara la energía, la resonancia se cortará finalmente por sí misma, y tú serás traído de vuelta aquí. Eso es seguro, puesto que tu cuerpo físico no abandonará este tiempo en ningún momento. ¿Lo entiendes?

-Lo entiendo.

John estaba convencido de que tranquilizarme sobre este punto aliviaría la tensión y disminuiría la posibilidad de daños cerebrales. Me había tranquilizado al respecto una y otra vez. Insistí:

-¿Seré capaz de hacer algo?

-No lo creo. Sólo podrás observar.

-¿Puedo afectar a la historia?

-Eso introduciría paradojas, que es lo que hace imposible la noción habitual del viaje por el tiempo. Tú puedes observar, traer de vuelta esas observaciones, y cambiar la historia a partir de este punto, de hoy..., lo cual no introduce paradojas.

-Es mejor que nada -murmuré.

-Por supuesto. Podrás oír esa opereta tuya, posiblemente, y eso ya será algo.

Algo, pero no lo suficiente. Yo no era un músico entrenado; no sería capaz de reproducir todas las notas.

Me consolé con la esperanza de que John estuviera equivocado o, quizá, estuviera mintiendo. Si existía la posibilidad de cambiar la historia, la Oficina de Evaluación Tecnológica no permitiría que prosiguieran los experimentos. Seguramente John tenía que pretender que no existía tal posibilidad, o de otro modo sus fondos para investigación serían cortados en seco.

Me trajeron el desayuno, y la enfermera dijo, con falsa alegría:

-Bien, parece que vuelve a ser usted mismo.

Había interrumpido mis recuerdos, y el desayuno no es que fuera apetecible precisamente, pero tenía el hambre suficiente para que las gachas de avena calientes me parecieran exquisitas.

Era una buena señal y una voz canturreó en mi mente:

-Bien, bien, así es la forma en que funciona el mundo y seguirá funcionando en el futuro; mientras los tontos son nombrados barones v condes, no hay nada para la inteligente oscuridad.

Lo reconocí. Era el coro al solo de Mercurio del primer acto de Tespis. O al menos reconocí la letra. La música era nueva para mí..., pero era Sullivan. No había dudas al respecto.

John Sylva llegó a las diez de la mañana. Dijo:

-Llamaron para decirme que te habían quitado el suero y que seguías preguntando por mí. ¿Cómo te sientes? Pareces completamente normal.

Su alivio parecía limitado. Había una expresión preocupada en sus ojos.

-¿Estuve preguntando por ti?

Intenté recordar.

-Constantemente, mientras te hallabas semiconsciente. Estuve aquí ayer, pero no estabas despierto del todo.

-Creo recordar -dije. Luego aparté el asunto a un lado-. Escucha, John. -Mi voz era más bien débil, pero empecé desde el principio el solo de Mercurio-. «Oh, soy el mensajero celestial, de la mañana a la noche no descanso ni un momento; cumplo con mis diligencias todo el día...»

Y seguí hasta el final.

John asintió, siguiendo el compás mientras yo cantaba.

-Bonito -dijo.

-¡Bonito! Es Tespis. Asistí a tres representaciones en Londres. Ni siquiera tuve que hacer nada para conseguirlo. Mi alter ego..., un corredor de bolsa, por cierto, llamado Jeremy Bentford..., lo hizo por iniciativa propia. Incluso intenté conseguir una copia de la partitura. Logré que Bentford entrara en el camerino de Sullivan durante la tercera representación. No necesité mucho. Él se sentía igualmente ansioso; éramos muy parecidos, de ahí la resonancia, por supuesto.

»El problema es que fue descubierto y echado. Llegó a tener la partitura en sus manos, pero no pudo llevársela. Así que tienes razón. No podemos cambiar la historia pasada... Sin embargo, podemos cambiar la historia futura, puesto que tengo las melodías más importantes de Tespis en mi cabeza...

-¿De qué estás hablando, Herb? -dijo John.

-¡De Inglaterra! ¡De mil ochocientos setenta y uno! Por el amor de Dios, John. ¡De la transferencia temporal!

John casi dio un salto en su silla.

-¿Así que por eso es que querías verme?

-Sí, por supuesto. ¿Cómo puedes preguntarlo? ¿Acaso no has estado aquí todo el tiempo? Dios mío, me enviaste hacia atrás en el tiempo. A mi mente, al menos.

John parecía absolutamente desorientado. ¿Acaso yo estaba diciendo tonterías? ¿Había sufrido daños mi cerebro después de todo? ¿No estaba diciendo lo que yo creía que estaba diciendo?

-Hablamos mucho acerca de la transferencia temporal, sí -dijo John-. Pero...

-Pero ¿qué?

-Nunca funcionó. Lo recuerdas, ¿no? Fue un fracaso.

Fue mi turno de mostrarme desconcertado.

-¿Cómo puede haber sido un fracaso? Me enviaste hacia atrás.

John estuvo pensativo unos instantes, luego se puso en pie.

-Déjame llamar al médico, Herb.

Intenté sujetarle por la manga.

-¡No, lo conseguiste! ¿De qué otro modo puedo saber las melodías de Tespis? No creerás que te estoy engañando, ¿verdad? No creerás que soy capaz de haberme inventado lo que acabo de cantarte.

Pero él había pulsado ya el botón llamando a la enfermera, y se había ido. Finalmente llegó el médico, y se dedicó al ridículo ritual del examen.

¿Por qué estaba mintiendo John? ¿Había tenido problemas con el Gobierno al enviar mi mente hacia atrás en el tiempo? ¿Pretendía salvar su proyecto obligándome a mentir a mí también? ¿O pretendiendo que me había vuelto loco?

Aquel era un pensamiento depresivo y perturbador. Tenía la música de Tespis, pero ¿podía probar que era lo que era? ¿No era mucho más fácil suponer que se trataba de una superchería? ¿Sería capaz la Gilbert and Sullivan Society de ayudar en eso? Tenía que existir gente capaz de juzgar si aquello llevaba la marca de fábrica de Sullivan, por decirlo así. Pero ¿podría alguien demostrar algo concreto, si John seguía firme en su negativa?

A la mañana siguiente me sentía beligerante al respecto. De hecho, no pensaba en nada más. Llamé a John (mejor dicho, hice que la enfermera le llamase), y le dije que tenía que verle de nuevo. Olvidé completamente pedirle que me trajera mi correo, que tenía que contener cartas de Mary, entre otras cosas.

Cuando John llegó, dije apenas la puerta se abrió y su rostro apareció en el umbral:

-John, tengo la música de Tespis. Te la cantaré. ¿Sigues negando que te estoy diciendo la verdad respecto a ello?

-No, por supuesto que no, Herb -dijo, apaciguador-. Yo también me sé las melodías.

Aquello casi me detuvo. Tragué saliva y dije:

-¿Cómo puedes...?

-Mira Herbert. Te comprendo. Imagino que tú desearías que la música de Tespis se hubiera perdido. Pero no es así. Tienes que enfrentarte a ello. Mira esto.

Me tendió un libro con tapas de color azul. El título era: Tespis, letra de William Schwenck Gilbert y música de Arthur Sullivan.

Lo abrí, y lo hojeé completamente asombrado.

-¿Dónde conseguiste esto?

-En una tienda de música cerca del Lincoln Center. Puedes encontrarlo en cualquier lugar donde vendan las obras de Gilbert y Sullivan.

Durante un rato permanecí en silencio. Luego dije malhumorado:

-Quiero que hagas una llamada por mí.

-¿A quién?

-Al presidente de la Gilbert and Sullivan Society.

-Por supuesto, si me das su nombre y número.

-Pídele que venga a verme. Tan pronto como pueda. Es muy importante.

De nuevo olvidé preguntarle por mi correo... No, Tespis estaba primero.

Saul Reeve estaba en mi habitación inmediatamente después de comer, con su amable rostro y su oronda barriga ofreciendo un elemento de solidez al que me aferré aliviado. Era virtualmente la personificación de la Sociedad, y me sentí un poco asombrado de que no llevara su habitual camiseta de Gilbert y Sullivan.

-Me alegra enormemente ver que has salido con bien de esta, Herb -dijo. La Sociedad estaba muy preocupada.

(¿Salido con bien de qué? ¿Preocupada por qué? ¿Cómo podían saber del experimento de transferencia temporal? Y si lo sabían, ¿por qué John estaba mintiendo y diciendo que no se había producido ninguna?)

Dije secamente:

-¿Qué ocurre con Tespis?

-No sé. ¿Qué ocurre con Tespis?

-¿Existe su música?

El pobre Saul no es ningún actor. Sabe todo lo que puede saberse acerca de Gilbert y Sullivan, pero si sabe algo más, es que ha engañado a todo el mundo. La expresión de sorpresa en su rostro tenía que ser el indicio de una auténtica y sincera emoción.

-Por supuesto que existe -dijo-. Pero estuvo a punto de no existir, si es eso lo que quieres decir.

-Más bien lo que tú quieres decir.

-Bueno, tú también conoces la historia.

-Cuéntamela, de todos modos. ¡Cuéntamela!

-Bueno, Sullivan estaba disgustado por la acogida que había tenido la obra, y no pensaba publicar la partitura. Luego hubo un intento de robo. Un corredor de bolsa intentó apropiarse de la partitura; en realidad la tenía ya en sus manos cuando fue atrapado. Sullivan dijo que si la partitura era lo bastante buena para que alguien la robara, era también lo bastante buena para ser publicada. Si no hubiera sido por ese corredor de bolsa, lo más probable es que hoy no dispusiéramos de esa música. De todos modos, tampoco es tan popular como todo eso. Casi nunca se ha representado. Tú lo sabes bien.

Después de eso, ya no escuché más.

¡Si no hubiera sido por ese corredor de bolsa!

Así pues, yo había cambiado la historia.

¿Explicaba eso todo el asunto? ¿Algo tan insignificante corno la publicación de Tespis había desencadenado un oleaje y había creado un tiempo alternativo, en el que yo me encontraba aprisionado?

¿De dónde había procedido el oleaje? ¿Tanto importaba la música? ¿Había inspirado a alguien a hacer algo o decir algo que de otro modo no hubiera sido dicho o hecho? ¿O había dado un giro la carrera del corredor de bolsa a raíz de su detención por intento de robo, y ese giro había iniciado el oleaje?

¿Y todo eso había alterado tanto los acontecimientos que John Sylva jamás había desarrollado la tecnología de la transferencia temporal, de tal modo que yo me veía atrapado para siempre en el nuevo mundo?

Me di cuenta de que me hallaba solo. Ni siquiera había sido consciente de que Saul se había ido.

Agité la cabeza. ¿Cómo era posible aquello? ¿Cómo podía el «sí» de la transferencia temporal convertirse en un «no»? John Sylva no había cambiado. Saul Reeve no había cambiado. ¿Cómo podía haberse producido un cambio tan grande sin que existieran muchos pequeños cambios?

Pulsé el timbre para llamar a la enfermera.

-¿Puede proporcionarme un ejemplar del Times, por favor? El de hoy, el de ayer, el de la semana pasada. No importa.

¿Tendría alguna excusa para proporcionármelo? ¿Había una conspiración para mantenerme confundido, por alguna razón que no me podía explicar?

Me trajo uno inmediatamente.

Miré la fecha. Cuatro días después del experimento de transferencia temporal.

Los titulares parecían normales: el presidente Carter, la crisis de Oriente medio, los lanzamientos de satélites.

Fui pasando las páginas, en busca de discrepancias que pudiera reconocer. La senadora Abzug había presentado un proyecto de ley para prestar ayuda federal a la financieramente comprometida ciudad de Nueva York.

¿La senadora Abzug?

¿No había perdido las primarias para el Senado en favor de Patrick Moynihan en 1976?

Yo había cambiado la historia. Había salvado Tespis, y al hacerlo había borrado de alguna manera el trabajo de John sobre la transferencia temporal, y dado las primarias a Bella Abzug.

¿Qué otros cambios? ¿Millones de insignificantes cambios en insignificantes personas a las que no podía reconocer? Si dispusiera de un Times de Nueva York de este mismo día correspondiente a mi mundo y pudiera compararlo con el Times que tenía entre las manos, ¿encontraría algún centímetro de papel en cualquier columna de cualquier página repetido exactamente?

Si las cosas eran así, ¿qué había ocurrido con mi vida? Me sentía exactamente igual que antes. Naturalmente, tan sólo podía recordar mi vida del otro sendero temporal. El mío. En este.... podía tener hijos..., mi padre podía seguir vivo..., podía encontrarme sin empleo...

Entonces recordé mi correo, y me di cuenta de que lo necesitaba. Llamé a la enfermera, y le pedí que llamara de nuevo a John Sylva. Tenía que traerme mi correspondencia. El tenía la llave de mi apartamento. (¿La tenía en este sendero temporal?) Sobre todo, tenía que traerme las cartas de Mary.

John no vino, pero bastante después de comer sí vino el médico. No era en absoluto para la rutina habitual de pruebas y sondeos. Se sentó a mi lado y me miró pensativamente.

-El señor Sylva me dice que se halla usted bajo la impresión de que la música de la obra de Tespis se había perdido -dijo.

Para entonces yo ya estaba en guardia. No iban a enviarme a una institución mental. Dije:

-¿Es usted un entusiasta de Gilbert y Sullivan, doctor?

-No un entusiasta, pero he visto varias de sus operetas; incluyendo, de hecho, Tespis, hará ahora un año. ¿Ha visto usted Tespis alguna vez?

Asentí con la cabeza.

-Sí.

Y canturreé el solo de Mercurio. Pensé que era mejor no decirle que las únicas veces que había visto Tespis había sido en 1871.

-Entonces -dijo-, ¿no cree usted que la música de Tespis estaba perdida?

-Obviamente no, puesto que me la sé.

Eso lo contuvo. Carraspeó, e intentó una nueva táctica.

-El señor Sylva parece creer que se halla usted bajo la impresión de haber ido hacia atrás en el tiempo...

Me sentí como un matador esperando la embestida del toro. Casi disfruté del momento.

-Se trata de un chiste privado -dije.

-¿Un chiste?

-El señor Sylva y yo acostumbrábamos a discutir sobre el viaje temporal.

-Entonces -dijo el médico, con una especie de perseverante paciencia-, ¿fue sobre ese tema en particular sobre el que decidieron bromear? ¿Que la música de Tespis se había perdido?

-¿Por qué no?

-¿Tiene usted alguna razón para desear que esa música no exista?

-No, por supuesto que no.

Se me quedó mirando pensativamente.

-Ha dicho usted que vio una representación de Tespis. ¿Cuándo?

Me alcé de hombros.

-No puedo precisarlo en este momento. ¿Es necesario?

-¿Pudo haber sido en diciembre del año pasado?

-¿Fue entonces cuando la vio usted, doctor?

-Sí.

-Es muy posible que la viera entonces.

-Cuando yo la vi hacía muy mal día. Caía una lluvia helada. ¿Le ayuda eso a recordar?

¿Estaba intentando atraparme? ¿Iba a contradecirme de algún modo si pretendía recordar aquello?

-Doctor -dije- obviamente no me encuentro bien, y no pretendo que todos los detalles estén claros en mi memoria. ¿Qué recuerda usted?

Aquello pasaba evidentemente la pelota a su terreno.

-Tengo entendido que aquel día el teatro estaba lleno, pese al mal tiempo -dijo-. Mucha gente había acudido tan sólo porque se trataba de Tespis, una obra que se representaba muy raramente, y de la que muchos ni siquiera habían oído hablar. Esa fue la única razón por la que yo acudí. Si la música de Tespis se hubiera perdido, y en consecuencia se hubiera tratado de cualquier otra obra, probablemente yo no habría ido. ¿Por eso le dijo usted al señor Sylva, cuando recuperó el conocimiento, que esa música no existía?

-¿Qué quiere decir?

-¿Porque entonces usted no hubiera ido? ¿Ni hubiera tomado aquel taxi para regresar?

-No le comprendo.

-Estuvo usted en un accidente, señor.

-¿Me está diciendo que por eso es que me hallo aquí'?

Le miré con hostilidad.

-No, señor. Eso fue hace un año. La que tuvo el accidente fue su esposa.

Sentí la puñalada como si la palabra fuera un estilete de hielo. Intenté incorporarme sobre un codo, pero había una enfermera a mi lado, sujetándome. No la había visto acercarse.

-¿Lo recuerda usted? -dijo el médico.

¿Qué se suponía que debía recordar? ¿Faltaba algo peor? Ansiosamente pregunté:

-¿Mi esposa resultó muerta?

«Niégalo. Por favor, niégalo.»

Sin embargo, la vaga tensión del médico disminuyó. Suspiró ligeramente.

-Así pues, recuerda.

Dejé de debatirme. Había un fallo en la historia.

-Si es así, ¿por qué estoy yo en el hospital ahora? -pregunté.

-Entonces ¿no recuerda?

-Dígamelo usted.

Él iba a hacer que me enfrentara a la realidad. A su realidad; la realidad de su sendero temporal. Aguardé sus palabras.

-Desde entonces se hallaba usted sumido en una terrible depresión -dijo-. Intentó suicidarse. Nosotros le salvamos... Le ayudaremos.

No me moví. No hablé. ¿Dónde podía haber ayuda para mí?

Había cambiado la historia. Nunca podría regresar.

Había ganado a Tespis.

Pero había perdido a Mary.

La Última Pregunta

La última pregunta se formuló por primera vez, medio en broma, el 21 de mayo de 2061, en momentos en que la humanidad (también por primera vez) se bañó en luz. La pregunta llegó como resultado de una apuesta por cinco dólares hecha entre dos hombres que bebían cerveza, y sucedió de esta manera:

Alexander Adell y Bertram Lupov eran dos de los fieles asistentes de Multivac. Dentro de las dimensiones de lo humano sabían qué era lo que pasaba detrás del rostro frío, parpadeante e intermitentemente luminoso -kilómetros y kilómetros de rostro- de la gigantesca computadora. Al menos tenían una vaga noción del plan general de circuitos y retransmirores que desde hacía mucho tiempo habían superado toda posibilidad de ser dominados por una sola persona.

Multivac se autoajustaba y autocorregía. Así tenía que ser, porque nada que fuera humano podía ajustarla y corregirla con la rapidez suficiente o siquiera con la eficacia suficiente. De manera que Adell y Lupov atendían al monstruoso gigante sólo en forma

ligera y superficial, pero lo hacían tan bien como podría hacerlo cualquier otro hombre. La alimentaban con información, adaptaban las preguntas a sus necesidades y traducían las respuestas que aparecían. Por cierto, ellos, y todos los demás asistentes tenían pleno derecho a compartir la gloria de Multivac.

Durante décadas, Multivac ayudó a diseñar naves y a trazar las trayectorias que permitieron al hombre llegar a la Luna, a Marte y a Venus, pero después de eso, los pobres recursos de la Tierra ya no pudieron serles de utilidad a las naves. Se necesitaba demasiada energía para los viajes largos y pese a que la Tierra explotaba su carbón y uranio con creciente eficacia había una cantidad limitada de ambos.

Pero lentamente, Multivac aprendió lo suficiente como para responder a las preguntas más complejas en forma más profunda, y el 14 de mayo de 2061 lo que hasta ese momento era teoría se convirtió en realidad.

La energía del Sol fue almacenada, modificada y utilizada directamente en todo el planeta. Cesó en todas partes el hábito de quemar carbón y fisionar uranio y toda la Tierra se conectó con una pequeña estación -de un kilómetro y medio de diámetro- que circundaba el planeta a mitad de distancia de la Luna, para funcionar con rayos invisibles de energía solar.

Siete días no habían alcanzado para empañar la gloria del acontecimiento, y Adell y Lupov finalmente lograron escapar de la celebración pública, para refugiarse donde nadie pensaría en buscarlos: en las desiertas cámaras subterráneas, donde se veían partes del poderoso cuerpo enterrado de Multivac. Sin asistentes, ociosa, clasificando datos con clicks satisfechos y perezosos, Multivac también se había ganado sus vacaciones y los asistentes la respetaban y originalmente no tenían intención de perturbarla.

Se habían llevado una botella, y su única preocupación en ese momento era relajarse y disfrutar de la bebida.

- Es asombroso, cuando uno lo piensa -dijo Adell. En su rostro ancho se veían huellas de cansancio, y removió lentamente la bebida con una varilla de vidrio, observando el movimiento de los cubos de hielo en su interior. - Toda la energía que podremos usar de ahora en adelante, gratis. Suficiente energía, si quisiéramos emplearla, como para derretir a toda la Tierra y convertirla en una enorme gota de hierro líquido impuro, y no echar de menos la energía empleada. Toda la energía que podremos usar por siempre y siempre y siempre.

Lupov ladeó la cabeza. Tenía el hábito de hacerlo cuando quería oponerse a lo que oía, y en ese momento quería oponerse; en parte porque había tenido que llevar el hielo y los vasos.

- No para siempre -dijo.

- Ah, vamos, prácticamente para siempre. Hasta que el Sol se apague, Bert.

- Entonces no es para siempre.

- Muy bien, entonces. Durante miles de millones de años. Veinte mil millones, tal vez. ¿Estás satisfecho?

Lupov se pasó los dedos por los escasos cabellos como para asegurarse de que todavía le quedaban algunos y tomó un pequeño sorbo de su bebida.

- Veinte mil millones de años no es 'para siempre'.

- Bien, pero superará nuestra época ¿verdad?

- También la superarán el carbón y el uranio.

- De acuerdo, pero ahora podemos conectar cada nave espacial individualmente con la Estación Solar, y hacer que vaya y regrese de Plutón un millón de veces sin que tengamos que preocuparnos por el combustible. No puedes hacer eso con carbón y uranio. Pregúntale a Multivac, si no me crees.

- No necesito preguntarle a Multivac. Lo sé. - Entonces deja de quitarle méritos a lo que Multivac ha hecho por nosotros -dijo Adell, malhumorado-. Se portó muy bien.

- ¿Quién dice que no? Lo que yo sostengo es que el Sol no durará eternamente. Eso es todo lo que digo. Estamos a salvo por veinte mil millones de años, pero ¿y luego? -Lupov apuntó con un dedo tembloroso al otro. - Y no me digas que nos conectaremos con otro Sol.

Durante un rato hubo silencio. Adell se llevaba la copa a los labios sólo de vez en cuando, y los ojos de Lupov se cerraron lentamente. Descansaron.

De pronto Lupov abrió los ojos.

- Piensas que nos conectaremos con otro Sol cuando el nuestro muera, ¿verdad?

- No estoy pensando nada.

- Seguro que estás pensando. Eres malo en lógica, ése es tu problema. Eres como ese tipo del cuento a quien lo soprendió un chaparrón, corrió a refugiarse en un monte y se paró bajo un árbol. No se preocupaba porque pensaba que cuando un árbol estuviera totalmente mojado, simplemente iría a guarecerse bajo otro.

- Entiendo -dijo Adell-, no grites. Cuando el Sol muera, las otras estrellas habrán muerto también.

- Por supuesto -murmuró Lupov-. Todo comenzó con la explosión cósmica original, fuera lo que fuese, y todo terminará cuando todas las estrellas se extingan. Algunas se agotan antes que otras. Por Dios, los gigantes no durarán cien millones de años. El Sol durará veinte mil millones de años y tal vez las enanas durarán cien mil millones por mejores que sean. Pero en un trillón de años estaremos a oscuras. La entropía tiene que incrementarse al máximo, eso es todo.

- Sé todo lo que hay que saber sobre la entropía -dijo Adell, tocado en su amor propio.

- ¡Qué vas a saber!

- Sé tanto como tú.

- Entonces sabes que todo se extinguirá algún día.

- Muy bien. ¿Quién dice que no?

- Tú, grandísimo tonto. Dijiste que teníamos toda la energía que necesitábamos, para siempre. Dijiste 'para siempre'.

Esa vez le tocó a Adell oponerse.

- Tal vez podamos reconstruir las cosas algún día.

- Nunca.

- ¿Por qué no? Algún día.

- Nunca.

- Pregúntale a Multivac.

- Pregúntale tú a Multivac. Te desafío. Te apuesto cinco dólares a que no es posible.

Adell estaba lo suficientemente borracho como para intentarlo y lo suficientemente sobrio como para traducir los símbolos y operaciones necesarias para formular la pregunta que, en palabras, podría haber correspondido a esto: ¿Podrá la humanidad algún día, sin el gasto neto de energía, devolver al Sol toda su juventud aún después que haya muerto de viejo?

O tal vez podría reducirse a una pregunta más simple, como ésta: ¿Cómo puede disminuirse masivamente la cantidad neta de entropía del universo?

Multivac enmudeció. Los lentos resplandores oscuros cesaron, los clicks distantes de los transmisores terminaron.

Entonces, mientras los asustados técnicos sentían que ya no podían contener más el aliento, el teletipo adjunto a la computadora cobró vida repentinamente. Aparecieron cinco palabras impresas: DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

- No hay apuesta -murmuró Lupov. Salieron apresuradamente.

A la mañana siguiente, los dos, con dolor de cabeza y la boca pastosa, habían olvidado el incidente.

Jerrodd, Jerrodine y Jerrodette I y II observaban la imagen estrellada en el visiplato mientras completaban el pasaje por el hiperespacio en un lapso fuera de las dimensiones del tiempo. Inmediatamente, el uniforme de polvo de estrellas dio paso al predominio de un único disco de mármol, brillante, centrado.

- Es X-23 - dijo Jerrodd con confianza. Sus manos delgadas se entrelazaron con fuerza detrás de su espalda y los nudillos se pusieron blancos.

Las pequeñas Jerrodettes, niñas ambas, habían experimentado el pasaje por el hiperespacio por primera vez en su vida. Contuvieron sus risas y se persiguieron locamente alrededor de la madre, gritando:

- Hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado...

- Tranquilas, niñas -dijo rápidamente Jerrodine-. ¿Estás seguro, Jerrodd?

- ¿De qué hay que estar seguro? -preguntó Jerrodd, echando una mirada al tubo de metal justo debajo del techo, que ocupaba toda la longitud de la habitación y desaparecía a través de la pared en cada extremo. Tenía la misma longitud que la nave.

Jerrodd sabía poquísimo sobre el grueso tubo de metal excepto que se llamaba Microvac, que uno le hacía preguntas si lo deseaba; que aunque uno no se las hiciera de todas maneras cumplía con su tarea de conducir la nave hacia un destino prefijado, de abastecerla de energía desde alguna de las diversas estaciones de Energía Subgaláctica y de computar las ecuaciones para los saltos hiperespaciales.

Jerrodd y su familia no tenían otra cosa que hacer sino esperar y vivir en los cómodos sectores residenciales de la nave.

Cierta vez alguien le había dicho a Jerrodd, que el 'ac' al final de 'Microvac' quería decir 'computadora análoga' en inglés antiguo, pero estaba a punto de olvidar incluso eso.

Los ojos de Jerrodine estaban húmedos cuando miró el visiplato.

- No puedo evitarlo. Me siento extraña al salir de la Tierra.

- ¿Por qué, caramba? -preguntó Jerrodd-. No teníamos nada allí. En X-23 tendremos todo. No estarás sola. No serás una pionera. Ya hay un millón de personas en ese planeta. Por Dios, nuestros bisnietos tendrán que buscar nuevos mundos porque llegará el día en que X-23 estará superpoblado. -Luego agregó, despues de una pausa reflexiva: - Te aseguro que es una suerte que las computadoras hayan desarrollado viajes interestelares, considerando el ritmo al que aumenta la raza.

- Lo sé, lo sé -respondió Jerrodine con tristeza.

Jerrodette I dijo de inmediato:

- Nuestra Microvac es la mejor Microvac del mundo.

- Eso creo yo también -repuso Jerrodd, desordenándole el pelo.

Era realmente una sensación muy agradable tener una Microvac propia y Jerrodd estaba contento de ser parte de su generación y no de otra. En la juventud de su padre las únicas computadoras eran unas enormes máquinas que ocupaban un espacio de ciento cincuenta kilómetros cuadrados. Sólo había una por planeta. Se llamaban ACs Planetarias. Durante mil años habían crecido constantemente en tamaño y luego, de pronto, llegó el refinamiento. En lugar de transistores hubo válvulas moleculares, de manera que hasta la AC Planetaria más grande podía colocarse en una nave espacial y ocupar sólo la mitad del espacio disponible.

Jerrodd se sentía eufórico siempre que pensaba que su propia Microvac personal era muchísimo más compleja que la antigua y primitiva Multivac que por primera vez había domado al Sol, y casi tan complicada como una AC Planetaria de la Tierra (la más grande) que por primera vez resolvió el problema del viaje hiperespacial e hizo posibles los viajes a las estrellas. - Tantas estrellas, tantos planetas -suspiró Jerrodine, inmersa en

sus propios pensamientos-. Supongo que las familias seguirán emigrando siempre a nuevos planetas, tal como lo hacemos nosotros ahora.

- No siempre -respondió Jerrodd, con una sonrisa-. Todo esto terminará algún día, pero no antes de que pasen billones de años. Muchos billones. Hasta las estrellas se extinguen, ¿sabes? Tendrá que aumentar la entropía.

- ¿Qué es la entropía, papá? -preguntó Jerrodette II con voz aguda.

- Entropía, querida, es sólo una palabra que significa la cantidad de desgaste del universo. Todo se desgasta, como sabrás, por ejemplo tu pequeño robot walkie-talkie, ¿recuerdas?

- ¿No puedes ponerle una nueva unidad de energía, como a mi robot?

- Las estrellas son unidades de energía, querida. Una vez que se extinguen, ya no hay más unidades de energía.

Jerrodette I lanzó un chillido de inmediato.

- No las dejes, papá. No permitas que las estrellas se extingan.

- Mira lo que has hecho -susurró Jerrodine, exasperada. - ¿Cómo podía saber que iba a asustarla? -respondió Jerrodd también en un susurro.

- Pregúntale a la Microvac -gimió Jerrodette I-. Pregúntale cómo volver a encender las estrellas.

- Vamos -dijo Jerrodine-. Con eso se tranquilizarán. -(Jerrodette II ya se estaba echando a llorar, también).

Jerrodd se encogió de hombros.

- Ya está bien, queridas. Le preguntaré a Microvac. No se preocupen, ella nos lo dirá.

Le preguntó a la Microvac, y agregó rápidamente:

- Imprimir la respuesta.

Jerrodd retiró la delgada cinta de celufilm y dijo alegremente: - Miren, la Microvac dice que se ocupará de todo cuando llegue el momento, y que no se preocupen.

Jerrodine dijo:

- Y ahora, niñas, es hora de acostarse. Pronto estaremos en nuestro nuevo hogar.

Jerrodd leyó las palabras en el celufilm nuevamente antes de destruirlo:

DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

Se encogió de hombros y miró el visiplato. El X-23 estaba cerca.

VJ-23X de Lameth miró las negras profundidades del mapa tridimensional en pequeña escala de la Galaxia y dijo:

- ¿No será una ridiculez que nos preocupe tanto la cuestión?

MQ-17J de Nicron sacudió la cabeza.

- Creo que no. Sabes que la Galaxia estará llena en cinco años con el actual ritmo de expansión.

Los dos parecían jóvenes de poco más de veinte años. Ambos eran altos y de formas perfectas.

- Sin embargo, dijo VJ-23X- me resisto a presentar un informe pesimista al Consejo Galáctico.

- Yo no pensaría en presentar ningún otro tipo de informe. Tenemos que inquietarlos un poco. No hay otro remedio.

VJ-23X suspiró.

- El espacio es infinito. Hay cien billones de galaxias disponibles.

- Cien billones no es infinito, y cada vez se hace menos infinito. ¡Piénsalo! Hace veinte mil años, la humanidad resolvió por primera vez el problema de utilizar energía estelar, y algunos siglos después se hicieron posibles los viajes interestelares. A la humanidad le llevó un millón de años llenar un pequeño mundo y luego sólo quince mil años llenar el resto de la Galaxia. Ahora la población se duplica cada diez años...

VJ-23X lo interrumpió.

- Eso debemos agradecérselo a la inmnortalidad.

- Muy bien. La inmortalidad existe y debemos considerarla. Admito que esta inmortalidad tiene su lado complicado. La galáctica AC nos ha solucionado muchos problemas, pero al resolver el problema de evitar la vejez y la muerte, anuló todas las otras cuestiones.

- Sin embargo no creo que desees abandonar la vida.

- En absoluto -saltó MQ-17J, y luego se suavizó de inmediato-. No todavía. No soy tan viejo. ¿Cuántos años tienes tú?

- Doscientos veintitrés. ¿Y tú?

- Yo todavía no tengo doscientos. Pero, volvamos a lo que decía. La población se duplica cada diez años. Una vez que se llene esta galaxia, habremos llenado otra en diez años. Diez años más y habremos llenado dos más. Otra década, cuatro más. En cien años, habremos llenado mil galaxias; en mil años, un millón de galaxias. En diez mil años, todo el universo conocido. Y entonces, ¿qué?

VJ-23X dijo:

- Como problema paralelo, está el del transporte. Me pregunto cuántas unidades de energía solar se necesitarán para trasladar galaxias de individuos de una galaxia a la siguiente.

- Muy buena observación. La humanidad ya consume dos unidades de energía solar por año.

- La mayor parte de esta energía se desperdicia. Al fin y al cabo, nuestra propia galaxia sola gasta mil unidades de energía solar por año, y nosotros solamente usamos dos de ellas.

- De acuerdo, pero aún con una eficiencia de un cien por ciento, sólo podemos postergar el final. Nuestras necesidades energéticas crecen en progresión geométrica, y a un ritmo mayor que nuestra población. Nos quedaremos sin energía todavía más rápido que sin galaxias. Muy buena observación. Muy, muy buena observación.

- Simplemente tendremos que construir nuevas estrellas con gas interestelar.

- ¿O con calor disipado? -preguntó MQ-17J, con tono sarcástico.

- Puede haber alguna forma de revertir la entropía. Tenemos que preguntárselo a la Galáctica AC.

VJ-23X no hablaba realmente en serio, pero MQ-17J sacó su contacto AC del bolsillo y lo colocó sobre la mesa frente a él.

- No me faltan ganas -dijo-. Es algo que la raza humana tendrá que enfrentar algún día.

Miró sombríamente su pequeño contacto AC. Era un objeto de apenas cinco centímetros cúbicos, nada en sí mismo, pero estaba conectado a través del hiperespacio con la gran Galáctica AC que servía a toda la humanidad y, a su vez era parte integral suya.

MQ-17J hizo una pausa para preguntarse si algún día, en su vida inmortal, llegaría a ver la Galáctica AC. Era un pequeño mundo propio, una telaraña de rayos de energía que contenía la materia dentro de la cual las oleadas de los planos medios ocupaban el lugar de las antiguas y pesadas válvulas moleculares. Sin embargo, a pesar de esos funcionamientos subetéreos, se sabía que la Galáctica AC tenía mil diez metros de ancho.

Repentinamente, MQ-17J preguntó a su contacto AC:

- ¿Es posible revertir la entropía?

VJ-23X, sobresaltado, dijo de inmediato:

- Ah, mira, realmente yo no quise decir que tenías que preguntar eso.

- ¿Por qué no?

- Los dos sabemos que la entropía no puede revertirse. No puedes volver a convertir el humo y las cenizas en un árbol.

- ¿Hay árboles en tu mundo? -preguntó MQ-17J.

El sonido de la Galáctica AC los sobresaltó y les hizo guardar silencio. Se oyó su voz fina y hermosa en el contacto AC en el escritorio. Dijo:

DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

VJ-23X dijo:

- ¡Ves!

Entonces los dos hombres volvieron a la pregunta del informe que tenían que hacer para el Consejo Galáctico.

La mente de Zee Prime abarcó la nueva galaxia con un leve interés en los incontables racimos de estrellas que la poblaban. Nunca había visto eso antes. ¿Alguna vez las vería todas? Tantas estrellas, cada una con su carga de humanidad... una carga que era casi un peso muerto. Cada vez más, la verdadera esencia del hombre había que encontrarla allá afuera, en el espacio.

¡En las mentes, no en los cuerpos! Los cuerpos inmortales permanecían en los planetas, suspendidos sobre los eones. A veces despertaban a una actividad material pero eso era cada vez más raro. Pocos individuos nuevos nacían para unirse a la multitud increíblemente poderosa, pero, ¿qué importaba? Había poco lugar en el universo para nuevos individuos.

Zee Prime despertó de su ensoñación al encontrarse con los sutiles manojos de otra mente.

- Soy Zee Prime. ¿Y tú?

- Soy Dee Sub Wun. ¿Tu galaxia?

- Sólo la llamamos Galaxia. ¿Y tú?

- Llamamos de la misma manera a la nuestra. Todos los hombres llaman Galaxia a su galaxia, y nada más. ¿Por qué será?

- Porque todas las galaxias son iguales.

- No todas. En una galaxia en particular debe de haberse originado la raza humana. Eso la hace diferente.

Zee Prime dijo:

- ¿En cuál?

- No sabría decirte. La Universal AC debe estar enterada.

- ¿Se lo preguntamos? De pronto tengo curiosidad por saberlo.

Las percepciones de Zee Prime se ampliaron hasta que las galaxias mismas se encogieron y se convirtieron en un polvo nuevo, más difuso, sobre un fondo mucho más grande. Tantos cientos de billones de galaxias, cada una con sus seres inmortales, todas llevando su carga de inteligencias, con mentes que vagaban libremente por el espacio. Y sin embargo una de ellas era única entre todas por ser la Galaxia original. Una de ellas tenía en su pasado vago y distante, un período en que había sido la única galaxia poblada por el hombre.

Zee Prime se consumía de curiosidad por ver esa galaxia y gritó:

- ¡Universal AC! ¿En qué galaxia se originó el hombre?

La Universal AC oyó, porque en todos los mundos tenía listos sus receptores, y cada receptor conducía por el hiperespacio a algún punto desconocido donde la Universal AC se mantenía independiente.

ee Prime sólo sabía de un hombre cuyos pensamientos habían penetrado a distancia sensible de la Universal AC, y sólo informó sobre un globo brillante, de sesenta centímetros de diámetro, difícil de ver.

- ¿Pero cómo puede ser eso toda la Universal AC? -había preguntado Zee Prime.

La mayor parte -fue la respuesta- está en el hiperespacio. No puedo imaginarme en qué forma está allí.

Nadie podía imaginarlo, porque hacía mucho que había pasado el día- y eso Zee Prime lo sabía- en que algún hombre tuvo parte en construir la Universal AC. Cada Universal AC diseñaba y construía a su sucesora. Cada una, durante su existencia de un millón de años o más, acumulaba la información necesaria como para construir una sucesora mejor, más intrincada, más capaz en la cual dejar sumergido y almacenado su propio acopio de información e individualidad.

La Universal AC interrumpió los pensamientos erráticos de Zee Prime, no con palabras, sino con directivas. La mentalidad de Zee Prime fue dirigida hacia un difuso mar de Galaxias donde una en particular se agrandaba hasta convertirse en estrellas.

Llegó un pensamiento, infinitamente distante, pero infinitamente claro.

ÉSTA ES LA GALAXIA ORIGINAL DEL HOMBRE.

Pero era igual, al fin y al cabo, igual que cualquier otra, y Zee Prime resopló de desilusión.

Dee Sub Wun, cuya mente había acompañado a Zee Prime, dijo de pronto:

- ¿Y una de estas estrellas es la estrella original del hombre?

La Universal AC respondió:

LA ESTRELLA ORIGINAL DEL HOMBRE SE HA HECHO NOVA. ES UNA ENANA BLANCA.

- ¿Los hombres que la habitaban murieron? -preguntó Zee Prime, sobresaltado y sin pensar.

La Universal AC respondió:

COMO SUCEDE EN ESTOS CASOS UN NUEVO MUNDO PARA SUS CUERPOS FÍSICOS FUE CONSTRUIDO EN EL TIEMPO.

- Sí, por supuesto -dijo Zee Prime, pero aún así lo invadió una sensación de pérdida. Su mente dejó de centrarse en la Galaxia original del hombre, y le permitió volver y perderse en pequeños puntos nebulosos. No quería volver a verla.

Dee Sub Wun dijo:

- ¿Qué sucede?

- Las estrellas están muriendo. La estrella original ha muerto.

- Todas deben morir. ¿Por qué no?

- Pero cuando toda la energía se haya agotado, nuestros cuerpos finalmente morirán, y tú y yo con ellos.

- Llevará billones de años.

- No quiero que suceda, ni siquiera dentro de billones de años. ¡Universal AC! ¿Cómo puede evitarse que las estrellas mueran?

Dee Sub Wun dijo, divertido:

- Estás preguntando cómo podría revertirse la dirección de la entropía.

Y la Universal AC respondió:

TODAVÍA HAY DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

Los pensamientos de Zee Prime volaron a su propia galaxia. Dejó de pensar en Dee Sub Wun, cuyo cuerpo podría estar esperando en una galaxia a un trillón de años luz de distancia, o en la estrella siguiente a la de Zee Prime. No importaba.

Con aire desdichado, Zee Prime comenzó a recoger hidrógeno interestelar con el cual construir una pequeña estrella propia. Si las estrellas debían morir alguna vez, al menos podrían construirse algunas.

El Hombre, mentalmente, era uno solo, y estaba conformado por un trillón de trillones de cuerpos sin edad, cada uno en su lugar, cada uno descansando, tranquilo e incorruptible, cada uno cuidado por autómatas perfectos, igualmente incorruptibles, mientras las mentes de todos los cuerpos se fusionaban libremente entre sí, sin distinción.

El Hombre dijo:

- El universo está muriendo.

El Hombre miró a su alrededor a las galaxias cada vez más oscuras. Las estrellas gigantes, muy gastadoras, se habían ido hace rato, habían vuelto a lo más oscuro de la oscuridad del pasado distante. Casi todas las estrellas eran enanas blancas, que finalmente se desvanecían.

Se habían creado nuevas estrellas con el polvo que había entre ellas, algunas por procesos naturales, otras por el Hombre mismo, y también se estaban apagando. Las enanas blancas aún podían chocar entre ellas, y de las poderosas fuerzas así liberadas se construirían nuevas estrellas, pero una sola estrella por cada mil estrellas enanas blancas destruidas, y también éstas llegarían a su fin.

El Hombre dijo:

- Cuidadosamente administrada y bajo la dirección de la Cósmica AC, la energía que todavía queda en todo el universo, puede durar billones de años. Pero aún así eventualmente todo llegará a su fin. Por mejor que se la administre, por más que se la racione, la energía gastada desaparece y no puede ser repuesta. La entropía aumenta continuamente.

El Hombre dijo:

- ¿Es posible no revertir la entropía? Preguntémosle a la Cósmica AC.

La AC los rodeó pero no en el espacio. Ni un solo fragmento de ella estaba en el espacio. Estaba en el hiperespacio y hecha de algo que no era materia ni energía. La pregunta sobre su tamaño y su naturaleza ya no tenía sentido comprensible para el Hombre.

- Cósmica AC -dijo el Hombre- ¿cómo puede revertirse la entropía?

La Cósmica AC dijo:

LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

El Hombre ordenó: - Recoge datos adicionales.

La Cósmica AC dijo:

LO HARÉ. HACE CIENTOS DE BILLONES DE AÑOS QUE LO HAGO. MIS PREDECESORES Y YO HEMOS ESCUCHADO MUCHAS VECES ESTA PREGUNTA. TODOS LOS DATOS QUE TENGO SIGUEN SIENDO INSUFICIENTES.

- ¿Llegará el momento -preguntó el Hombre- en que los datos sean suficientes o el problema es insoluble en todas las circunstancias concebibles?

La Cósmica AC respondió:

NINGÚN PROBLEMA ES INSOLUBLE EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS CONCEBIBLES.

El Hombre preguntó:

- ¿Cuándo tendrás suficientes datos como para responder a la pregunta?

La Cósmica AC respondió:

LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

- ¿Seguirás trabajando en eso? -preguntó el Hombre.

La Cósmica AC respondió:

- SÍ. El Hombre dijo:

- Esperaremos.

Las estrellas y las galaxias murieron y se convirtieron en polvo, y el espacio se volvió negro después de tres trillones de años de desgaste.

Uno por uno, el Hombre se fusionó con la AC, cada cuerpo físico perdió su identidad mental en forma tal que no era una pérdida sino una ganancia.

La última mente del Hombre hizo una pausa antes de la fusión, contemplando un espacio que sólo incluía la borra de la última estrella oscura y nada aparte de esa materia

increíblemente delgada, agitada al azar por los restos de un calor que se gastaba, asintóticamente, hasta llegar al cero absoluto.

El Hombre dijo:

- AC, ¿es éste el final? ¿Este caos no puede ser revertido al universo una vez más? ¿Esto no puede hacerse?

AC respondió:

LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

La última mente del Hombre se fusionó y sólo AC existió en el hiperespacio.

La materia y la energía se agotaron y con ellas el espacio y el tiempo. Hasta AC existía solamente para la última pregunta que nunca había sido respondida desde la época en que dos técnicos en computación medio alcoholizados, tres trillones de años antes, formularon la pregunta en la computadora que era para AC mucho menos de lo que para un hombre el Hombre.

Todas las otras preguntas habían sido contestadas, y hasta que esa última pregunta fuera respondida también, AC no podría liberar su conciencia.

Todos los datos recogidos habían llegado al fin. No quedaba nada para recoger.

Pero toda la información reunida todavía tenía que ser completamente correlacionada y unida en todas sus posibles relaciones.

Se dedicó un intervalo sin tiempo a hacer esto.

Y sucedió que AC aprendió cómo revertir la dirección de la entropía.

Pero no había ningún Hombre a quien AC pudiera dar una respuesta a la última pregunta. No había materia. La respuesta -por demostración- se ocuparía de eso también.

Durante otro intervalo sin tiempo, AC pensó en la mejor forma de hacerlo. Cuidadosamente, AC organizó el programa.

La conciencia de AC abarcó todo lo que alguna vez había sido un universo y pensó en lo que en ese momento era el caos.

Paso a paso, había que hacerlo.

Y AC dijo:

¡HÁGASE LA LUZ!

Y la luz se hizo...

LA ÚLTIMA RESPUESTA

Murray Templeton tenía cuarenta y cinco años, estaba en la flor de su vida, y todas las partes de su cuerpo funcionaban en perfecto orden excepto algunas porciones clave de sus arterias coronarias, pero eso era suficiente.

El dolor vino de pronto, ascendió hasta un punto intolerable, y luego descendió progresivamente. Pudo sentir que su respiración se relajaba, y una especie de bendita paz lo invadió.

No hay placer como la ausencia de dolor... inmediatamente después del dolor. Murray sintió una ligereza casi aturdidora, como si estuviera elevándose en el aire v flotando.

Abrió los ojos, y notó con distante regocijo que los demás que ocupaban la habitación estaban aún agitados. Se hallaba en el laboratorio cuando el dolor le había golpeado, casi sin advertencia, y cuando se había tambaleado había oído gritos de sorpresa de los demás antes de que todo se desvaneciera en una abrumadora agonía.

Ahora, con el dolor desaparecido, los demás estaban aún yendo de un lado para otro, aún ansiosos, aún apiñándose en torno a su cuerpo caído...

...que, se dio cuenta de pronto, estaba tendido boca abajo.

Estaba ahí en el suelo, brazos y piernas abiertos, el rostro contorsionado. Y estaba ahí de pie, en paz, observando.

Pensó: ¡milagro! Los chiflados de la vida después de la vida tenían razón.

Y aunque aquella era una forma humillante de morir para un físico ateo, apenas sintió una ligera sorpresa, y ninguna alteración de la paz en la cual se hallaba inmerso.

Pensó: debe de haber algún ángel -o algo- viniendo a por mí.

La escena terrestre estaba desvaneciéndose. La oscuridad iba invadiendo su conciencia, y lejos, en la distancia, como un último vislumbre, había una figura de luz, vagamente humana en su forma, y radiando calor.

Murray pensó: vaya broma, estoy yendo al Cielo.

Mientras pensaba esto, la luz se desvaneció pero el calor siguió. No hubo disminución en la paz, pese a que en todo el Universo tan sólo quedaba él... y la Voz.

La Voz dijo:

-He hecho esto tan a menudo, y sin embargo aún tengo la capacidad de sentirme complacido con el éxito.

Murray sintió deseos de decir algo, pero no era consciente de poseer una boca, lengua o cuerdas vocales. Pese a todo, intentó emitir un sonido. Intentó, sin boca, susurrar palabras, o respirarlas, o simplemente impulsarlas fuera con una contracción de... lo que fuera.

Y brotaron. Oyó su propia voz, completamente reconocible, y sus propias palabras, infinitamente claras.

Murray preguntó:

-¿Es esto el Cielo?

La Voz le respondió:

-Este no es ningún lugar, tal como tú entiendes la palabra «lugar».

Murray se sintió azarado.

-Perdón si sueno como un estúpido, pero ¿tú eres Dios?

Sin cambiar de entonación o estropear de ninguna forma la perfección del sonido, la Voz consiguió sonar divertida.

-Es extraño que siempre se me pregunte eso, por supuesto en un número infinito de formas. No hay ninguna respuesta que yo pueda dar y que tú puedas comprender. Yo soy..., lo cual es todo lo que puedo decir que sea significativo y que tú puedas cubrir con cualquier palabra o concepto que prefieras.

-¿Y qué soy yo? -preguntó Murray-. ¿Un alma? ¿O también soy tan sólo una existencia personificada?

Intentó no sonar sarcástico, pero tuvo la impresión de que fracasaba. Entonces pensó fugazmente en añadir un «Vuestra Gracia» o «Santísimo» o algo para contrarrestar el sarcasmo, y no pudo conseguir decidirse a hacerlo pese a que por primera vez en su existencia especuló con la posibilidad de ser castigado por su insolencia -¿o pecado?- con el Infierno, o lo que se le correspondiera.

La Voz no sonó ofendida.

-Tú eres fácil de explicar... incluso para ti. Puedes llamarte a ti mismo un alma si eso te complace, pero lo que realmente eres es un nexo de fuerzas electromagnéticas, dispuestas de tal modo que todas las interconexiones e interrelaciones son exactamente imitativas de aquellas de tu cerebro en tu Universo-existencia... hasta el más mínimo detalle. De tal modo que posees tu capacidad de pensamiento, tus recuerdos, tu personalidad. Y te sigue pareciendo que tú eres tú.

Murray se dio cuenta de su propia incredulidad.

-Quieres decir que la esencia de mi cerebro es permanente.

-En absoluto. No hay nada en ti que sea permanente, excepto lo que yo elija hacer permanente. Yo formé el nexo. Yo lo construí mientras tú tenías existencia física, y lo ajusté al momento en el cual la existencia fallara.

La Voz parecía claramente complacida consigo misma, y tras una momentánea pausa prosiguió:

-Una intrincada pero absolutamente precisa construcción. Por supuesto, puedo hacer lo mismo con cualquier ser humano de tu mundo, pero prefiero no hacerlo. Hay un cierto placer en la selección.

-Entonces eliges a muy pocos.

-Realmente muy pocos.

-¿Y qué ocurre con el resto?

-¡El olvido! Oh, por supuesto, tú imaginas el Infierno.

Murray hubiera enrojecido de haber tenido la capacidad de hacerlo.

-No -dijo-. Eso queda fuera de cuestión. Sin embargo, jamás hubiera creído ser tan virtuoso como para atraer tu atención como uno de los Elegidos.

-¿Virtuoso? Ah..., entiendo lo que quieres decir. Es fastidioso tener que forzar mi pensamiento a descender lo bastante como para permear el vuestro. No, no te he elegido por tu capacidad para el pensamiento, como he elegido a otros, a cuatrillones, de entre todas las especies inteligentes del Universo.

Murray se sintió repentinamente curioso, el hábito de toda una vida.

-¿Los eliges a todos por ti mismo, o hay otros como tú? -preguntó.

Por un fugaz momento, Murray creyó adivinar una reacción de impaciencia ante aquello, pero cuando la Voz llegó de nuevo no había emoción en ella.

-El si hay o no otros es algo irrelevante para ti. Este Universo es mío, y sólo mío. Es mi invención, mi construcción, destinado sólo para mis propósitos.

-Y sin embargo, con cuatrillones de nexos que has formado, ¿pierdes tu tiempo conmigo? ¿Tan importante soy?

-No eres en absoluto importante -dijo la Voz-. También estoy con los demás en una forma que, para tu percepción, parecería simultánea.

-¿Y sin embargo eres uno?

De nuevo un asomo de diversión. La Voz dijo:

-Buscas atraparme en una contradicción. Si tú fueras una ameba que puede considerarse individualidad únicamente en conexión con las células individuales, y tuvieras que preguntarle a un cachalote, hecho por más de treinta cuatrillones de células, si era uno o muchos, ¿cómo podría responder el cachalote de modo que fuera comprensible para la ameba?

-Pensaría en ello -dijo Murray secamente-. Puede hacerse comprensible.

-Exacto. Esa es tu función. Pensarás.

-¿Con qué fin? Tú ya lo sabes todo, supongo.

-Aunque lo supiera todo -dijo la Voz-, no podría saber que lo sé todo.

-Eso suena un poco como filosofía oriental -dijo Murray-, algo que suena profundo precisamente porque carece de significado.

-Prometes -dijo la Voz-. Respondes a mi paradoja con una paradoja... excepto que la mía no es una paradoja. Considera. Existo eternamente, pero ¿qué significa eso? Significa que no puedo recordar haber surgido a la existencia. Si pudiera recordarlo, entonces no hubiera existido eternamente. Si no puedo recordar haber surgido a la existencia, entonces hay al menos una cosa, la naturaleza de mí mismo empezando a existir, que no sé.

»Además, aunque lo que yo sé es infinito, también resulta cierto que lo que queda por conocer es igualmente infinito, ¿y cómo puedo estar seguro de que ambos infinitos son iguales? La cualidad infinita del conocimiento potencial puede ser infinitamente más grande que la infinitud de mi actual conocimiento. He aquí un ejemplo simple: si yo supiera todos los números enteros pares, conocería un número infinito de datos, y sin embargo no conocería ni un solo número entero impar.

-Pero los números enteros impares pueden ser derivados -dijo Murray-. Si divides cada número entero par de toda la serie infinita por dos, tendrás otra serie infinita que contendrá en ella la serie infinita de números enteros impares.

-Has captado la idea -dijo la Voz-. Me siento complacido. Tu tarea será encontrar otras vías como esta, mucho más difíciles, de lo conocido a lo aún no conocido. Tienes tus recuerdos. Recordarás todos los datos que hayas recogido o aprendido alguna vez, o que posees o que podrás deducir de esos datos. Si es necesario, podrás aprender los datos adicionales que consideres pertinentes para los problemas que tú mismo te plantees.

-¿No puedes hacer todo eso por ti mismo?

-Puedo -dijo la Voz-, pero es más interesante de esta forma. Construí el Universo a fin de tener más datos con los que enfrentarme. Inserté en él el principio de la incertidumbre, la entropía, y otros factores de azar, a fin de hacer que el conjunto no resultara instantáneamente obvio. Ha funcionado bien, y me ha divertido durante toda su existencia.

»Luego introduje complejidades que produjeron primero la vida y luego la inteligencia, y la utilicé como fuente para un equipo de investigación, no porque necesitara su ayuda, sino porque introduciría un nuevo factor de azar. Descubrí que no podía predecir la siguiente pieza interesante de conocimiento conseguida, de dónde procedía, por qué medios se derivaba.

-¿Ha ocurrido eso alguna vez? -preguntó Murray.

-Por supuesto. Nunca pasa un siglo sin que aparezca algún detalle interesante en algún lugar.

-¿Algo en lo que tú hubieras podido pensar por ti mismo, pero que aún no habías hecho?

-Sí.

-¿Crees realmente que hay una posibilidad de que yo te complazca de esa forma? -preguntó Murray.

-¿En el próximo siglo? Virtualmente no. A largo plazo, sin embargo, tu éxito es seguro, puesto que estarás dedicado eternamente a ello.

-¿Estaré pensando durante toda la eternidad? ¿Para siempre?

-Sí.

-¿Con qué fin?

-Ya te lo he dicho. Para descubrir nuevo conocimiento.

-Pero más allá de eso. ¿Con qué fin debo descubrir nuevo conocimiento?

-Eso es lo que hiciste en tu vida ligada al Universo. ¿Cuál era tu finalidad entonces?

-Conseguir un mejor conocimiento que sólo yo podía conseguir -contestó Murray-. Recibir el aprecio de mis compañeros. Sentir la satisfacción del éxito sabiendo que disponía tan sólo de un tiempo limitado para alcanzarlo. Ahora sólo podría conseguir lo que puedes conseguir tú mismo si lo desearas con un mínimo esfuerzo. Tú no puedes reconocer mis méritos; tu puedes únicamente divertirte. Y no hay ningún mérito ni satisfacción en un éxito cuando dispongo de toda la eternidad para conseguirlo.

-¿Y no consideras el pensamiento y los descubrimientos valiosos por sí mismos? -preguntó la Voz-. ¿No encuentras que es innecesario requerir otro fin?

-Para un tiempo limitado, sí. No para toda la eternidad.

-Entiendo tu punto de vista. Sin embargo, no tienes elección.

-Tú dices que tengo que pensar. Pero no puedes obligarme a hacerlo.

-No pienso obligarte directamente -dijo la Voz-. No necesito hacerlo. Puesto que no tienes nada que hacer excepto pensar, pensarás. No sabes cómo no pensar.

-Entonces me proporcionaré yo mismo una meta. Me inventaré una finalidad.

-Por supuesto, puedes hacerlo -dijo la Voz, tolerante.

-Ya he encontrado una finalidad.

-¿Puedo saber cuál es?

-Ya la conoces. Sé que no estamos hablando de la forma habitual. Tú ajustas mi nexo de tal forma que yo creo oírte y creo estar hablando, pero tú me transfieres los pensamientos y recoges directamente los míos. Y cuando mi nexo cambia con mis pensamientos, tú eres inmediatamente consciente de ellos y no necesitas mi transmisión voluntaria.

-Estás sorprendentemente en lo cierto -admitió la Voz-. Eso me complace. Pero también me complace que me digas tus pensamientos voluntariamente.

-Entonces te los diré. La finalidad de mi pensamiento será descubrir una forma de interrumpir este nexo mío que tú has creado. No deseo pensar para ninguna finalidad útil excepto divertirte. No deseo pensar eternamente para divertirte. No deseo existir eternamente para divertirte. Todo mi pensamiento irá dirigido hacia terminar con el nexo. Eso me divertirá a mí.

-No tengo ninguna objeción a eso -dijo la Voz-. Incluso el pensamiento concentrado acerca de cómo terminar tu propia existencia puede dar como resultado, pese a ti mismo, algo nuevo e interesante. Y, por supuesto, si tienes éxito en ese intento de suicidio no habrás conseguido nada, puesto que instantáneamente puedo reconstruirte y en una forma tal que haga imposible repetir tu método de suicidio. Y si tú encuentras otra forma aún más sutil de interrumpir tu existencia, te reconstruiré con esa posibilidad también eliminada, y así sucesivamente. Puede ser un juego interesante, pero pese a todo seguirás existiendo eternamente. Esta es mi voluntad.

Murray sintió un estremecimiento, pero sus palabras brotaron con una perfecta calma.

-¿Estoy pues en el Infierno, después de todo? Tú has dado a entender que no existe ninguno, pero si esto fuera el Infierno tú podrías estar mintiendo como parte del juego del Infierno.

-En ese caso -dijo la Voz-, ¿de qué serviría asegurarte que no estás en el Infierno? Sin embargo, te lo aseguro. No hay aquí ni Cielo ni Infierno. Sólo existo yo.

-Considera entonces que mis pensamientos pueden resultarte inútiles -dijo Murray-. Si vengo a ti sin nada útil, ¿no será mejor para ti el... desarmarme, y no tomarte más molestias conmigo?

-¿Como una recompensa? ¿Deseas el Nirvana como premio al fracaso, y pretendes asegurarme ese fracaso? No hay trato aquí. No fracasarás. Con una eternidad ante ti, no puedes evitar el tener al menos un pensamiento interesante, por mucho que tú intentes lo contrario.

-Entonces crearé otra finalidad para mí. No intentaré destruirme. Estableceré como meta el humillarte. Pensaré en algo en lo que no solamente no hayas pensado nunca, sino en lo que nunca puedas llegar a pensar. Pensaré en la última respuesta, la respuesta definitiva, más allá de la cual no existe más conocimiento.

-No comprendes la naturaleza del infinito -dijo la Voz-. Puede que haya cosas que aún no me haya molestado en conocer. No puede haber nada que yo no pueda conocer.

-No puedes saber tu principio -dijo Murray pensativamente-. Tú mismo lo has dicho. Por lo tanto no puedes saber tampoco tu final. Muy bien. Esa será mi meta, y esa será la última respuesta. No me destruiré a mí mismo. Te destruiré a ti... si tú no me destruyes a mí primero.

-¡Ah! -exclamó la Voz-. Has llegado a eso mucho antes de lo normal. Empezaba a preocuparme de que te tomara tanto tiempo. ¿Sabes?, no hay nadie de esos que tengo conmigo en esta existencia de perfecto y eterno pensamiento que no tenga la ambición de destruirme. Es imposible.

-Tengo toda la eternidad para pensar en una forma de hacerlo -dijo Murray.

-Entonces intenta pensar en ello -dijo la Voz en tono neutro. Y desapareció.

Pero Murray tenía ahora su finalidad, y se sentía contento.

Porque, ¿qué podía desear cualquier Entidad, consciente de la existencia eterna..., excepto un fin?

¿Para qué otra cosa había estado buscando la Voz a lo largo de incontables miles de millones de años? ¿Y para qué otra razón había sido creada la inteligencia y reservados algunos especímenes para ponerlos a trabajar, excepto para ayudar en esa gran búsqueda? Y Murray pretendía ser él, y sólo él, quien tuviera éxito.

Cuidadosamente, y con la emoción de la finalidad, Murray empezó a pensar.

Tenía mucho tiempo para ello.

LENNY

La empresa Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos tenía un problema.

El problema era la gente.

Peter Bogert, jefe de matemática, se dirigía a la sala de montaje cuando se topó con Alfred Lanning, director de investigaciones. Lanning, apoyado en el pasamanos, miraba a la sala de ordenadores enarcando sus enérgicas cejas blancas.

En el piso de abajo, un grupo de humanos de ambos sexos y diversas edades miraba en torno con curiosidad, mientras un guía entonaba un discurso preestablecido sobre informática robótica:

-Este ordenador que ven es el mayor de su tipo en el mundo. Contiene cinco millones trescientos mil criotrones y es capaz de manipular simultáneamente más de cien mil variables. Con su ayuda, nuestra empresa puede diseñar con precisión el cerebro positrónico de los modelos nuevos. Los requisitos se consignan en una cinta que se perfora mediante la acción de este teclado, algo similar a una máquina de escribir o una linotipia muy complicada, excepto que no maneja letras, sino conceptos. Las proposiciones se descomponen en sus equivalentes lógico-simbólicos y éstos a su vez son convertidos en patrones de perforación. En menos de una hora, el ordenador puede presentar a nuestros científicos el diseño de un cerebro que ofrecerá todas las sendas positrónicas necesarias para fabricar un robot... Alfred Lanning reparó en la presencia del otro.

-Ah, Peter.

Bogert se alisó el cabello negro y lustroso con ambas manos, aunque lo tenía impecable.

-No pareces muy entusiasmado con esto, Alfred.

Lanning gruñó. La idea de realizar visitas turísticas por toda la empresa era reciente y se suponía cumplía una doble función. Por una parte, según se afirmaba, permitía que la gente viera a los robots de cerca y acallara así su temor casi instintivo hacia los objetos mecánicos mediante una creciente familiaridad. Por otra parte, se suponía que las visitas lograrían generar un interés para que algunas personas se dedicaran a las investigaciones robóticas.

-Sabes que no lo estoy. Una vez por semana, nuestra tarea se complica. Considerando las horas-hombre que se pierden, la retribución es insuficiente.

-Entonces, ¿no han subido aún las solicitudes de empleo?

-Un poco, pero sólo en las categorías donde esa necesidad no es vital. Necesitamos investigadores, ya lo sabes. Pero, como los robots están prohibidos en la Tierra, el trabajo de robotista no es muy popular, que digamos.

-El maldito complejo de Frankenstein -comentó Bogert, repitiendo a sabiendas una de las frases favoritas de Lanning.

Lanning pasó por alto esa burla afectuosa.

-Debería acostumbrarme, pero no lo consigo. Todo ser humano de la Tierra tendría que saber ya que las Tres Leyes constituyen una salvaguardia perfecta, que los robots no son peligrosos. Fíjate en ese grupo.

-Miró hacia abajo-. Obsérvalos. La mayoría recorren la sala de montaje de robots por la excitación del miedo, como si subieran en una montaña rusa. Y cuando entran en la sala del modelo MEC..., demonios, Peter, un modelo MEC que es incapaz de hacer otra cosa que avanzar dos pasos, decir «mucho gusto en conocerle», dar la mano y retroceder dos pasos; y, sin embargo, todos se intimidan y las madres abrazan a sus hijos. ¿Cómo vamos a obtener trabajadores que piensen a partir de esos idiotas?

Bogert no tenía respuesta. Miraron una vez más a los visitantes, que estaban pasando de la sala de informática al sector de montaje de cerebros positrónicos. Luego, se marcharon. No vieron a Mortimer W. Jacobson, de dieciséis años, quien, para ser justos, no tenía la intención de causar el menor daño.

En realidad, ni siquiera podría decirse que la culpa fuera de Mortimer. Todos los trabajadores sabían en qué día de la semana se realizaban las visitas. Todos los aparatos debían estar neutralizados o cerrados, pues no era razonable esperar que los seres humanos resistieran la tentación de mover interruptores, llaves y manivelas y de pulsar botones. Además, el guía debía vigilar atentamente a quienes sucumbieran a esa tentación.

Pero en ese momento el guía había entrado en la sala contigua y Mortimer iba al final de la fila. Pasó ante el teclado mediante el cual se introducían datos en el ordenador. No tenía modo de saber que en aquel instante se estaban introduciendo los planos para un nuevo diseño robótico; de lo contrario, siendo como era un buen chico, habría evitado tocar el teclado. No tenía modo de saber que -en un acto de negligencia casi criminal- un técnico se había olvidado de desactivar el teclado.

Así que Mortimer tocó las teclas al azar, como si se tratara de un instrumento musical.

No notó que un trozo de la cinta perforada se salía de un aparato que había en otra parte de la sala, silenciosa e inadvertidamente.

Y el técnico, cuando volvió, tampoco notó ninguna intromisión. Le llamó la atención que el teclado estuviera activado, pero no se molestó en verificarlo. Al cabo de unos minutos, incluso esa leve inquietud se le había pasado, y continuó introduciendo datos en el ordenador.

En cuanto a Mortimer, nunca supo lo que había hecho.

El nuevo modelo LNE estaba diseñado para extraer boro en las minas del cinturón de asteroides. Los hidruros de boro cobraban cada vez más valor como detonantes para las micropilas protónicas que generaban potencia a bordo de las naves espaciales, y la magra provisión existente en la Tierra se estaba agotando.

Eso significaba que los robots LNE tendrían que estar equipados con ojos sensibles a esas líneas prominentes en el análisis espectroscópico de los filones de boro y con un tipo de extremidades útiles para transformar el mineral en el producto terminado. Como de costumbre, sin embargo, el equipamiento mental constituía el mayor problema.

El primer cerebro positrónico LNE ya estaba terminado. Era el prototipo y pasaría a integrar la colección de prototipos de la compañía. Cuando lo hubieran probado, fabricarían otros para alquilarlos (nunca venderlos) a empresas mineras.

El prototipo LNE estaba terminado. Alto, erguido y reluciente, parecía por fuera como muchos otros robots no especializados.

Los técnicos, guiándose por las instrucciones del Manual de Robótica, debían preguntar: «¿Cómo estás?»

La respuesta correspondiente era: «Estoy bien y dispuesto a activar mis funciones. Confío en que tú también estés bien», o alguna otra ligera variante. Ese primer diálogo sólo servía para indicar que el robot oía, comprendía una pregunta rutinaria y daba una respuesta rutinaria congruente con lo que uno esperaría de una mentalidad robótica. A partir de ahí era posible pasar a asuntos más complejos, que pondrían a prueba las tres Leyes y su interacción con el conocimiento especializado de cada modelo.

Así que el técnico preguntó «¿cómo estás?» y, de inmediato, se sobresaltó ante la voz del prototipo LNE. Era distinta de todas las voces de robot que conocía (y había oído muchas). Formaba sílabas semejantes a los tañidos de una celesta de baja modulación.

Tan sorprendente era la voz que el técnico sólo oyó retrospectivamente, al cabo de unos segundos, las sílabas que había formado esa voz maravillosa:

-Da, da, da, gu.

El robot permanecía alto y erguido, pero alzó la mano derecha y se metió un dedo en la boca.

El técnico lo miró horrorizado y echó a correr. Cerró la puerta con llave y, desde otra sala, hizo una llamada de emergencia a la doctora Susan Calvin.

La doctora Susan Calvin era la única robopsicóloga de la compañía (y prácticamente de toda la humanidad). No tuvo que avanzar mucho en sus análisis del prototipo LNE para pedir perentoriamente una transcripción de los planos del cerebro positrónico dibujados por ordenador y las instrucciones que los habían guiado. Tras estudiarlos mandó a buscar a Bogert.

La doctora tenía el cabello gris peinado severamente hacia atrás; y su rostro frío, con fuertes arrugas verticales interrumpidas por el corte horizontal de una pálida boca de labios finos, se volvió enérgicamente hacia Bogert.

-¿Qué es esto, Peter?

Bogert estudió con creciente estupefacción los pasajes que ella señalaba.

-Por Dios, Susan, no tiene sentido.

-Claro que no. ¿Cómo se llegó a estas instrucciones?

Llamaron al técnico encargado y él juró con toda sinceridad que no era obra suya y que no podía explicarlo. El ordenador dio una respuesta negativa a todos los intentos de búsqueda de fallos.

-El cerebro positrónico no tiene remedio -comentó pensativamente Susan Calvin-. Estas instrucciones insensatas han cancelado tantas funciones superiores que el resultado se asemeja a un bebé humano. -Bogert manifestó asombro, y Susan Calvin adoptó la actitud glacial que siempre adoptaba ante la menor insinuación de duda de su palabra-. Nos esforzamos en lograr que un robot se parezca mentalmente a un hombre. Si eliminamos lo que denominamos funciones adultas, lo que queda, como es lógico, es un bebé humano, mentalmente hablando. ¿Por qué estás tan sorprendido, Peter?

El prototipo LNE, que no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, se sentó y empezó a examinarse los pies.

Bogert lo miró fijamente.

-Es una lástima desmantelar a esa criatura. Es un bonito trabajo.

-¿Desmantelarla? -bramó la robopsicóloga.

-Desde luego, Susan. ¿De qué sirve esa cosa? Santo cielo, si existe un objeto totalmente inútil es un robot que no puede realizar ninguna tarea. No pretenderás que esta cosa pueda hacer algo, ¿verdad?

-No, claro que no.

-¿Entonces?

-Quiero realizar más análisis -dijo tercamente Susan Calvin.

Bogert la miró con impaciencia, pero se encogió de hombros. Si había una persona en toda la empresa con quien no tenía sentido discutir, ésa era Susan Calvin. Los robots eran su pasión, y se hubiera dicho que una tan larga asociación con ellos la había privado de toda apariencia de humanidad.

Era imposible disuadirla de una decisión, así como era imposible disuadir a una micropila activada de que funcionara.

-¡Qué más da! -murmuró, y añadió en voz alta-: ¿Nos informarás cuando hayas terminado los análisis?

-Lo haré. Ven, Lenny.

(LNE, pensó Bogert. Inevitablemente, las siglas se habían transformado en Lenny.)

Susan Calvin tendió la mano, pero el robot se limitó a mirarla. Con ternura, la robopsicóloga tomó la mano del robot. Lenny se puso de pie (al menos su coordinación mecánica funcionaba bien) y salieron juntos, el robot y esa mujer a quien superaba en medio metro. Muchos ojos los siguieron con curiosidad por los largos corredores.

Una pared del laboratorio de Susan Calvin, la que daba directamente a su despacho privado, estaba cubierta con la reproducción ampliada de un diagrama de sendas positrónicas. Hacía casi un mes que Susan Calvin la estudiaba absortamente.

Estaba examinando atentamente en ese momento los vericuetos de esas sendas atrofiadas. Lenny, sentado en el suelo, movía las piernas y balbuceaba sílabas ininteligibles con una voz tan bella que era posible escucharlas con embeleso aun sin entenderlas.

Susan Calvin se volvió hacia el robot.

-Lenny... Lenny...

Repitió el nombre, con paciencia, hasta que Lenny irguió la cabeza y emitió un sonido inquisitivo. La robopsicóloga sonrió complacida. Cada vez necesitaba menos tiempo para atraer la atención del robot.

-Alza la mano, Lenny. Mano... arriba. Mano... arriba.

La doctora levantó su propia mano una y otra vez.

Lenny siguió el movimiento con los ojos. Arriba, abajo, arriba, abajo. Luego, movió la mano espasmódicamente y balbuceó.

-Muy bien, Lenny -dijo gravemente Susan Calvin-. Inténtalo de nuevo. Mano... arriba.

Muy suavemente, extendió su mano, tomó la del robot, la levantó y la bajó. -Mano... arriba. Mano... arriba. Una voz la llamó desde el despacho:

-¿Susan?

Calvin apretó los labios.

-¿Qué ocurre, Alfred?

El director de investigaciones entró, miró al diagrama de la pared y, luego, al robot.

-¿Sigues con ello?

-Estoy trabajando, sí.

-Bien, ya sabes, Susan... -Sacó un puro y lo miró, disponiéndose a morder la punta. Cuando se encontró con la severa y reprobatoria mirada de la mujer, guardó el puro y comenzó de nuevo-: Bien, ya sabes, Susan, que el modelo LNE está en producción.

-Eso he oído. ¿Hay algo en que yo pueda colaborar?

-No. Pero el mero hecho de que esté en producción y funcione bien significa que es inútil insistir con este espécimen deteriorado. ¿No deberíamos desarmarlo?

-En pocas palabras, Alfred, te fastidia que yo pierda mi valioso tiempo. Tranquilízate. No estoy perdiendo el tiempo. Estoy trabajando con este robot.

-Pero ese trabajo no tiene sentido.

-Yo seré quien lo juzgue, Alfred -replicó la doctora en un tono amenazador, y Lanning consideró que sería más prudente cambiar de enfoque.

-¿Puedes explicarme qué significa? ¿Qué estás haciendo ahora, por ejemplo?

-Trato de lograr que levante la mano cuando se lo ordeno. Intento conseguir que imite el sonido de la palabra.

Como si estuviera pendiente de ella, Lenny balbuceó y alzó la mano torpemente. Lanning sacudió la cabeza.

-Esa voz es asombrosa. ¿Cómo se ha logrado?

-No lo sé. El transmisor es normal. Estoy segura de que podría hablar normalmente, pero no lo hace. Habla así como consecuencia de algo que hay en las sendas positrónicas, y aún no lo he localizado.

-Bien, pues localízalo, por Dios. Esa voz podría ser útil.

-Oh, entonces, ¿mis estudios sobre Lenny pueden servir de algo?

Lanning se encogió de hombros, avergonzado.

-Bueno, se trata de un elemento menor.

-Lamento que no veas los elementos mayores, que son mucho más importantes, pero no es culpa mía. Ahora, Alfred, ¿quieres irte y dejarme trabajar?

Lanning encendió el puro en el despacho de Bogert.

-Esa mujer está cada día más rara -comentó con resentimiento.

Bogert le entendió perfectamente. En Robots y Hombres Mecánicos existía una sola «esa mujer».

-¿Todavía sigue atareada con ese seudorobot, con ese Lenny?

-Trata de hacerle hablar, lo juro. Bogert se encogió de hombros.

-Ese es el problema de esta empresa. Me refiero a lo de conseguir investigadores capacitados. Si tuviéramos otros robopsicólogos, podríamos jubilar a Susan. A propósito, supongo que la reunión dé directores programada para mañana tiene que ver con el problema de la contratación de personal.

Lanning asintió con la cabeza y miró su puro, disgustado.

-Sí. Pero el problema es la calidad, no la cantidad. Hemos subido tanto los sueldos que hay muchos solicitantes; pero la mayoría se interesan sólo por el dinero. El truco está en conseguir a los que se interesan por la robótica; gente como Susan Calvin.

-No, diablos, como ella no.

-Iguales no, de acuerdo. Pero tendrás que admitir, Peter, que es una apasionada de los robots. No tiene otro interés en la vida.

-Lo sé. Precisamente por eso es tan insoportable. Lanning asintió en silencio. Había perdido la cuenta de las veces que habría deseado despedir a Susan Calvin. También había perdido la cuenta de la cantidad de millones de dólares que ella le había ahorrado a la empresa. Era indispensable y seguiría siéndolo hasta su muerte, o hasta que pudieran solucionar el problema de encontrar gente del mismo calibre y que se interesara en las investigaciones sobre robótica.

-Creo que vamos a limitar esas visitas turísticas. Peter se encogió de hombros.

-Si tú lo dices... Pero entre tanto, en serio, ¿qué hacemos con Susan? Es capaz de apegarse indefinidamente a Lenny. Ya sabes cómo es cuando se encuentra con lo que considera un problema interesante.

-¿Qué podemos hacer? Si demostramos demasiada ansiedad por interrumpirla, insistirá en ello por puro empecinamiento femenino. En última instancia, no podemos obligarla a hacer nada.

El matemático sonrió.

-Yo no aplicaría el adjetivo «femenino» a ninguna parte de ella.

-Está bien -rezongó Lanning-. Al menos, ese robot no le hará daño a nadie. En eso se equivocaba.

La señal de emergencia siempre causa nerviosismo en cualquier gran instalación industrial. Esas señales habían sonado varias veces a lo largo de la historia de Robots y Hombres Mecánicos: incendios, inundaciones, disturbios e insurrecciones.

Pero una señal no había sonado nunca. Nunca había sonado la señal de «robot fuera de control». Y nadie esperaba que sonara. Estaba instalada únicamente por insistencia del Gobierno. («Al demonio con ese complejo de Frankenstein», mascullaba Lanning en las raras ocasiones en que pensaba en ello.)

Pero la estridente sirena empezó a ulular con intervalos de diez segundos, y prácticamente nadie -desde el presidente de la junta de directores hasta el más novato ayudante de ordenanza- reconoció de inmediato ese sonido insólito. Tras esa incertidumbre inicial, guardias armados y médicos convergieron masivamente en la zona de peligro, y la empresa al completo quedó paralizada.

Charles Randow, técnico en informática, fue trasladado al sector hospitalario con el brazo roto. No hubo más daños. Al menos, no hubo más daños físicos.

-¡Pero el daño moral está más allá de toda estimación! -vociferó Lanning. Susan Calvin se enfrentó a él con calma mortal.

-No le harás nada a Lenny. Nada. ¿Entiendes?

-¿Lo entiendes tú, Susan? Esa cosa ha herido a un ser humano. Ha quebrantado la Primera Ley. ¿No conoces la Primera Ley?

-No le harás nada a Lenny.

-Por amor de Dios, Susan, ¿a ti debo explicarte la Primera Ley? Un robot no puede dañar a un ser humano ni, mediante la inacción, permitir que un ser humano sufra daños. Nuestra posición depende del estricto respeto de esa Primera Ley por parte de todos los robots de todos los tipos. Si el público se entera de que ha habido una excepción, una sola excepción, podría obligamos a cerrar la empresa. Nuestra única probabilidad de supervivencia sería anunciar de inmediato que ese robot ha sido destruido, explicar las circunstancias y rezar para que el público se convenza de que no sucederá de nuevo.

-Me gustaría averiguar qué sucedió. Yo no estaba presente en ese momento y me gustaría averiguar qué hacía Randow en mis laboratorios sin mi autorización.

-Pero lo más importante es obvio. Tu robot golpeó a Randow, ese imbécil apretó el botón de «robot fuera de control» y nos ha creado un problema. Pero tu robot lo golpeó y le causó lesiones que incluyen un brazo roto. La verdad es que tu Lenny está tan deformado que no respeta la Primera Ley y hay que destruirlo.

-Sí que respeta la Primera Ley. He estudiado sus sendas cerebrales y sé que la respeta.

-Y entonces, ¿cómo ha podido golpear a un hombre? -preguntó Lanning, con desesperado sarcasmo-. Pregúntaselo a Lenny. Sin duda ya le habrás enseñado a hablar.

Susan Calvin se ruborizó.

-Prefiero entrevistar a la víctima. Y en mi ausencia, Alfred, quiero que mis dependencias estén bien cerradas, con Lenny en el interior. No quiero que nadie se le acerque. Si sufre algún daño mientras yo no estoy, esta empresa no volverá a saber de mí en ninguna circunstancia.

-¿Aprobarás su destrucción si ha violado la Primera Ley?

-Sí, porque sé que no la ha violado.

Charles Randow estaba tendido en la cama, con el brazo en cabestrillo. Aún estaba conmocionado por ese momento en que creyó que un robot se le abalanzaba con la intención de asesinarlo. Ningún ser humano había tenido nunca razones tan contundentes para temer que un robot le causara daño. Era una experiencia singular.

Susan Calvin y Alfred Lanning estaban junto a la cama; los acompañaba Peter Bogert, que se había encontrado con ellos por el camino. No estaban presentes médicos ni enfermeras.

-¿Qué sucedió? -preguntó Susan Calvin. Randow no las tenía todas consigo.

-Esa cosa me pegó en el brazo -murmuró-. Se abalanzó sobre mí.

-Comienza desde más atrás -dijo Calvin-. ¿Qué hacías en mi laboratorio sin mi autorización?

El joven técnico en informática tragó saliva, moviendo visiblemente la nuez de la garganta. Tenía pómulos altos y estaba muy pálido.

-Todos sabíamos lo de ese robot. Se rumoreaba que trataba usted de enseñarle a hablar como si fuera un instrumento musical. Circulaban apuestas acerca de si hablaba o no. Algunos sostienen que usted puede enseñarle a hablar a un poste.

-Supongo que eso es un cumplido -comentó Susan Calvin en un tono glacial-. ¿Qué tenía que ver eso contigo?

-Yo debía entrar allí para zanjar la cuestión, para enterarme de si hablaba, ya me entiende. Robamos una llave de su laboratorio y esperamos a que usted se fuera. Echamos a suertes para ver quién entraba. Perdí yo.

-¿Y qué más?

-Intenté hacerle hablar y me pegó.

-¿Cómo intentaste hacerle hablar?

-Le..., le hice preguntas, pero no decía nada y tuve que sacudirlo, así que... le grité... y...

-¿Y?

Hubo una larga pausa. Bajo la mirada imperturbable de Susan Calvin, Randow dijo al fin:

-Traté de asustarlo para que dijera algo. Tenía que impresionarlo.

-¿Cómo intentaste asustarlo?

-Fingí que le iba a dar un golpe.

-¿Y te desvió el brazo?

-Me dio un golpe en el brazo.

-Muy bien. Eso es todo. -Calvin se volvió hacia Lanning y Bogert-. Vamonos, caballeros. En la puerta, se giró hacia Randow.

-Puedo resolver el problema de las apuestas, si aún te interesa. Lenny articula muy bien algunas palabras.

No dijeron nada hasta llegar al despacho de Susan Calvin. Las paredes estaban revestidas de libros; algunos, de su autoría. El despacho reflejaba su personalidad fría y ordenada. Había una sola silla. Susan se sentó. Lanning y Bogert permanecieron de pie.

-Lenny se limitó a defenderse. Es la Tercera Ley: un robot debe proteger su propia existencia.

-Excepto -objetó Lanning- cuando entra en conflicto con la Primera o con la Segunda Ley. ¡Completa el enunciado! Lenny no tenía derecho a defenderse causando un daño, por ínfimo que fuera, a un ser humano.

-No lo hizo a sabiendas -replicó Calvin-. Lenny tiene un cerebro fallido. No tenía modo de conocer su propia fuerza ni la debilidad de los humanos. Al apartar el brazo amenazador de un ser humano, no podía saber que el hueso se rompería. Humanamente, no se puede achacar culpa moral a un individuo que no sabe diferenciar entre el bien y el mal.

Bogert intervino en tono tranquilizador:

-Vamos, Susan, nosotros no achacamos culpas. Nosotros comprendemos que Lenny es el equivalente de un bebé, humanamente hablando, y no lo culpamos. Pero el público sí lo hará. Nos cerrarán la empresa.

-Todo lo contrario. Si tuvieras el cerebro de una pulga, Peter, verías que ésta es la oportunidad que la compañía esperaba. Esto resolverá sus problemas.

Lanning frunció sus cejas blancas.

-¿Qué problemas, Susan?

-¿Acaso la empresa no desea mantener a nuestro personal de investigación en lo que considera, Dios nos guarde, su avanzado nivel actual?

-Por supuesto.

-Bien, y ¿qué ofreces a tus futuros investigadores? ¿Diversión? ¿Novedad? ¿La emoción de explorar lo desconocido? No. Les ofreces sueldos y la garantía de que no habrá problemas.

-¿Qué quieres decir? - se interesó Bogert.

-¿Hay problemas? -prosiguió Susan Calvin-. ¿Qué clase de robots producimos? Robots plenamente desarrollados, aptos para sus tareas. Una industria nos explica qué necesita; un ordenador diseña el cerebro; las máquinas dan forma al robot; y ya está, listo y terminado. Peter, hace un tiempo me preguntaste cuál era la utilidad de Lenny. Preguntas que de qué sirve un robot que no está diseñado para ninguna tarea. Ahora te pregunto yo que ¿de qué sirve un robot diseñado para una sola tarea? Comienza y termina en el mismo lugar. Los modelos LNE extraen boro; si se necesita berilio, son inútiles; si la tecnología del boro entra en una nueva fase, se vuelven obsoletos. Un ser humano diseñado de ese modo sería un subhumano. Un robot diseñado de ese modo es un subrobot.

-¿Quieres un robot versátil? -preguntó incrédulamente Lanning.

-¿Por qué no? ¿Por qué no? He estado trabajando con un robot cuyo cerebro estaba casi totalmente idiotizado. Le estaba enseñando y tú, Alfred, me preguntaste que para qué servía. Para muy poco, tal vez, en b concerniente a Lenny, pues nunca superará el nivel de un niño humano de cinco años. ¿Pero cuál es la utilidad general? Enorme, si abordas el asunto como un estudio del problema abstracto de aprender a enseñar a los robots. Yo he aprendido modos de poner ciertas sendas en cortocircuito para crear sendas nuevas. Los nuevos estudios ofrecerán técnicas mejores, más sutiles y más eficientes para hacer lo mismo.

-¿Y bien?

-Supongamos que tomas un cerebro positrónico donde estuvieran trazadas las sendas básicas, pero no las secundarias. Supongamos que luego creas las secundarias. Podrías vender robots básicos diseñados para ser instruidos, robots capaces de adaptarse a diversas tareas. Los robots serían tan versátiles como los seres humanos. ¡Los robots podrían aprender! -La miraron de hito en hito. La robopsicóloga se impacientó-: Aún no lo entendéis, ¿verdad?

-Entiendo lo que dices -dijo Lanning.

-¿No entendéis que ante un campo de investigación totalmente nuevo, unas técnicas totalmente nuevas a desarrollar, un área totalmente nueva y desconocida para explorar, los jóvenes sentirán mayor entusiasmo por la robótica? Intentadlo y ya veréis.

-¿Puedo señalar que esto es peligroso?-intervino Bogert-. Comenzar con robots ignorantes como Lenny significará que nunca podremos confiar en la Primera Ley, tal como ha ocurrido en el caso de Lenny.

-Exacto. Haz público ese dato.

-¿Hacerlo público?

-Desde luego. Haz conocer el peligro. Explica que instalarás un nuevo Instituto de investigaciones en la Luna, si la población terrícola prefiere que estos trabajos no se realicen en la Tierra, pero haz hincapié en el peligro que correrían los posibles candidatos.

-¿Por qué, por amor de Dios? -quiso saber Lanning.

-Porque el conocimiento del peligro le añadirá un nuevo atractivo al asunto. ¿Crees que la tecnología nuclear no implica peligro, que la espacionáutica no entraña riesgos? ¿Tu oferta de absoluta seguridad te ha servido de algo? ¿Te ha ayudado a enfrentarte a ese complejo de Frankenstein que tanto desprecias? Pues prueba otra cosa, algo que haya funcionado en otras áreas.

Sonó un ruido al otro lado de la puerta que conducía a los laboratorios personales de Calvin. Era el sonido de campanas de la voz de Lenny. La robopsicóloga guardó silencio y escuchó:

-Excusadme -dijo-. Creo que Lenny me llama.

-¿Puede llamarte? -se sorprendió Lanning.

-Ya os he dicho que logré enseñarle algunas palabras. -Se dirigió hacia la puerta, con cierto nerviosismo-. Si queréis esperarme...

Los dos hombres la miraron mientras salía y se quedaron callados durante un rato. -¿Crees que tiene razón, Peter? -preguntó finalmente Lanning.

-Es posible, Alfred, es posible. La suficiente como para que planteemos el asunto en la reunión de directores y veamos qué opinan. A fin de cuentas, la cosa ya no tiene remedio. Un robot ha dañado a un ser humano y es de público conocimiento. Como dice Susan, podríamos tratar de volcar el asunto a nuestro favor. Pero desconfío de los motivos de ella.

-¿En qué sentido?

-Aunque haya dicho la verdad, en su caso es una mera racionalización. Su motivación es su deseo de no abandonar a ese robot. Si insistiéramos, pretextaría que desea continuar aprendiendo técnicas para enseñar a los robots; pero creo que ha hallado otra utilidad para Lenny, una utilidad tan singular que no congeniaría con otra mujer que no fuera ella.

-No te entiendo.

-¿No oíste cómo la llamó el robot?

-Pues no... -murmuró Lanning, y entonces la puerta se abrió de golpe y ambos se callaron.

Susan Calvin entró y miró a su alrededor con incertidumbre.

-¿Habéis visto...? Estoy segura de que estaba por aquí... Oh, ahí está.

Corrió hacia el extremo de un anaquel y cogió un objeto hueco y de malla metálica, con forma de pesa de gimnasia. La malla metálica contenía piezas de metal de diversas formas.

Las piezas de metal se entrechocaron con un grato campanilleo. Lanning pensó que el objeto parecía una versión robótica de un sonajero para bebés.

Cuando Susan Calvin abrió la puerta para salir, Lenny la llamó de nuevo. Esa vez, Lanning oyó claramente las palabras que Susan Calvin le había enseñado. Con melodiosa voz de celesta, repetía:

-Mami, te quiero. Mami, te quiero.

Y se oyeron los pasos de Susan Calvin apresurándose por el laboratorio para ir a atender a la única clase de niño que ella podía tener y amar.

LOS OJOS HACEN ALGO MÁS QUE VER

Después de cientos de billones de años, pensó de súbito de sí mismo como Ames. No la combinación de ondas que a través de todo el universo era ahora el equivalente de Ames, sino el sonido en sí propio. Una clara memoria trajo las ondas sonoras que él no oyó ni pudo oír.

El nuevo proyecto había estado aguzando su memoria más allá de los más viejos eones. Allanó el vórtice energético que recubría la suma de su individualidad y las líneas de fuerza se extendieron más allá de las estrellas.

La señal de respuesta de Brock vino.

Con seguridad, pensó Ames, él podía hablar con Brock. Con seguridad podía él hablar con cualquiera.

Los modelos de energía enviados por Brock, comunicaron:

-¿Te acercas, Ames?

-Naturalmente.

-¿Tomarías parte en la contienda?

-¡Sí! -Las líneas de fuerza de Ames se movieron irregularmente-. He pensado en una forma artística completamente nueva. Algo realmente insólito.

-¡Qué derroche de esfuerzo! ¿Cómo puedes creer que una nueva variante pueda ser concebida tras doscientos billones de años? Nada puede haber que sea nuevo.

Por un momento Brock quedó fuera de fase y comu nicación, y Ames se apresuró en ajustar sus líneas de fuerza. Captó la dirección de los pensamientos de otros emanadores mientras lo hacía; captó la poderosa visión de la anchurosa galaxia contra el terciopelo de la nada, y las líneas de fuerza pulsada sin fin por multitudinaria vida energética y discurriendo entre las galaxias.

-Por favor, Brock -dijo Ames-, absorbe mis pensamientos. No los evites. He estado pensando en manipular la Materia. ¡Imagínate! Una sinfonía de Materia. ¿Por qué molestarse con Energía? Claro que nada hay de nuevo en la Energía. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿No nos enseña esto que debemos planificar la Materia?

¡La Materia!

Ames interpretó las vibraciones energéticas de Brock como un tinte de disgusto.

-¿Por qué no? -dijo-. Nosotros mismos fuimos Materia en otro tiempo, mucho tiempo~.. ¡Oh, quizás un trillón de años atrás! ¿Por qué no erigir objetos en un medio Material, o con formas abstractas, o... escucha, Brock... ¿por qué no construir una imitación nuestra en Materia, una Materia a nuestra imagen y semejanza, tal ¿como solíamos ser?

-No recuerdo cómo fuimos -dijo Brock-. Nadie lo recuérda.

-Yo lo recuerdo -dijo Ames con ímpetu-. No he pensado sino en eso y estoy comenzando a recordar. Brock, déjame que te lo muestre. Dime si obro bien. Dímelo.

-No. Es ridículo. Es... repulsivo.

-Déjame intentarlo, Brock. Hemos sido amigos; desde los comienzos pulsamos juntos nuestra energía, desde el momento en que llegamos a ser lo que ahora somos. ¡Por favor, Brock!

-De acuerdo, pero rápido.

Ames no había sentido tal temblor a lo largo de sus líneas de fuerza desde... ¿desde cuándo? Si lo intentaba ahora para Brock y obtenía fruto, se atrevería a manipular la Materia en presencia de la reunión de seres Energéticos que durante tanto tiempo esperaban algo nuevo.

La Materia permanecía raía entre las galaxias, pero Ames la reuniría, la conjuntaría más allá de los años-luz, escogiendo los átomos, dotándola de consistencia y conformándola en sentido ovoide.

-¿No lo recuerdas, Brock? -preguntó suavemente-. ¿No era algo parecido?

El vórtice de Brock tembló al entrar en fase.

-No me obligues a recordar. No recuerdo nada.

-Había una cúspide y ellos la llamaban cabeza. Lo recuerdo tan claramente como te lo digo ahora. -Esperé y luego continuó-: Mira, ¿recuerdas eso?

Sobre la cima del ovoide apareció la CABEZA.

-¿Qué es? -preguntó Brock.

-La palabra que designa la cabeza. Los símbolos que significan la palabra sonora. Dime qué recuerdas, Brock.

-Hay algo más -dijo Brock con dudas-, algo en medio. -Una forma abultada surgió.

-¡Sí! -dijo Ames-. ¡Es la nariz!- Y la palabra NARIZ apareció en su lugar-. Y también había ojos en otra parte. ~OJO IZQUIERDO... OJO DERECHO.

Ames contempló lo que había conformado, sus lineas de fuerza pulsando lentamente. ¿Estaba seguro de que era así?

-Boca -dijo luego-, y mandíbula, y nuez de Adán, y clavículas. ¿Cómo si no podrían venir las palabras hasta ma'? -Y todo esto apareció en la forma ovoide.

-No había pensado en estas cosas desde hace cientas de billones de años -dijo Brock-. ¿Por qué haces qus las recuerde? ¿Por qué?

Ames permanecía sumido momentáneamente en sus pensamientos.

-Algo más. Órganos para oír. Algo para recoger los sonidos. ¡Oídos! ¿Dónde estaban? ¡No puedo recordar dónde estaban!

-iDéjalo estar! gritó Brock-. iOlvfdate de los oidosl y todo lo demas! iNo recuerdes!

¿Qué hay de malo en recordar? -dijo Ames. desconcertado.

-El exterior no era rugoso y frio como eso, sino calido y suave. las ojos respiraban ternura y estaban vivos y los labios de la boca temblaban y eran blandos sobre los mios. -'LaS lineas de fuerza de Brock golpeaban y se agitaban, golpeaban y se agitaban.

¡la lamento! -dijo Ames. ¡la lamento!

-Me has recordado que en otro tiempo fui mujer y supe amar; esos ojos hacian algo mas que mirar y no habia nadie que lo hiciera por mi..

Con violencia, ella añadió una porción de materia a la rugosa y áspera cabeza y dijo:

-Ahora, déjalos que lo hagan -y desapareció.

Y Ames vio y recordó que en otro tiempo, tambien, fue un hombre. La fuerza de su vortice partió la cabeza en dos y se lanzó a través de las galaxias siguiendo huellas de la energia de Brock,, de vuelta a la infinita amenza de la vida.

Y los ojos de la hendida cabeza de Materia todavía centelleaban con lo que Brock habia colocado allí en representación de las lagrimas.La cabeza de Materia hizo lo que los seres de energia ya no podian hacer y lloraron por toda la humanidad y por la fragil belleza de los cuerpos que otrora fueron, un trillón de años atrás.

PLAYBOY Y EL DIOS MUCOSO

- Pero si son dos especies dijo el Capitán Garm atisbando de cerca a los seres que acababan de ser subidos del planeta que tenían debajo. Sus órganos ópticos ajustaron el foco para darle la máxima definición, saliendo prominentemente hacia afuera al hacerlo. La mancha de color que había sobre los mismos brillaba con rápidos destellos.

Botax se sentía cálidamente confortable al seguir de nuevo los cambios de color, tras los meses pasados en una célula de espionaje en el planeta, tratando de captar el sentido de las ondas sonoras moduladas emitidas por los nativos. La comunicación por destello era casi como estar en su bogar, en el lejano brazo de Perseo, en la galaxia.

- No son dos especies - sino dos formas de la misma especie.

- Tonterías, tienen un aspecto muy diferente. Gracias a la Entidad son vagamente perseoides y no tan repugnantes en su aspecto como lo son muchas de las formas exteriores. Una disposición razonable y unos miembros reconocibles. Pero no tienen mancha de color. ¿Pueden hablar?

- Sí, Capitán Garm - Botax se permitió un interludio prismático discretamente desaprobador -. Los detalles están en mi informe. Esos seres modulan las ondas sonoras mediante su boca y su garganta, en algo parecido a un toser muy complicado. Yo mismo he aprendido a hacerlo - se sentía orgulloso de ello -. Es muy difícil.

- Debe revolverle a uno el estómago. Bueno, eso justifica sus ojos planos y no extensibles. El no hablar mediante los colores hace que los ojos sean bastante inútiles.

De todos modos, ¿cómo es que insiste usted en que se tratan de la misma especie? El que hay a la izquierda es más pequeño y tiene más largos los tentáculos o lo que sea eso, y parece de proporciones diferentes. Tiene prominencias donde el otro no las tiene... ¿Están vivos?

- Vivos pero no conscientes por el momento, Capitán. Han sido psicotratados para suprimir su miedo, con el fin de que puedan ser estudiados con facilidad.

- Pero, ¿vale la pena estudiarlos? Ya vamos retrasados con respecto a nuestro programa y tenemos al menos cinco mundos de una aceleración mayor que este que aún debemos comprobar y explorar. Mantener una unidad de éxtasis temporal resulta caro, y me gustaría devolverlos y seguir...

Pero el húmedo y enjuto cuerpo de Botax estaba casi vibrando de ansiedad. Su lengua tubular apareció y se curvó hacia arriba, sobre su plana nariz, mientras sus ojos eran sorbidos hacia adentro. Su plana mano, de tres dedos, hizo un gesto negativo mientras su conversación pasaba casi por completo a las tonalidades más fuertes del rojo.

- Que la Entidad nos guarde, Capitán. Pues ningún mundo tiene una mayor aceleración para nosotros que este. Tal vez nos estemos enfrentando con una crisis suprema. Capitán, esos seres podrían ser las formas de vida más peligrosas de la galaxia, simplemente porque tienen dos formas distintas.

- Me he perdido.

- Capitán, mi trabajo ha sido estudiar este planeta, y ha resultado un trabajo muy difícil, pues es algo único. Es tan diferente, que apenas si puedo comprender todas sus facetas. Por ejemplo, casi toda la vida de este planeta consiste de especies con dos formas. No hay palabras en que describirlo, ni siquiera conceptos. Solo puedo hablar de ellos como forma primera y forma segunda. Si puedo utilizar sus sonidos, la pequeña es llamada <hembra» y la mayor «macho», de modo que los mismos seres se dan cuenta de su diferencia.

- Qué método de comunicación tan repugnante - parpadeó Garm.

- Y además, Capitán, en orden a tener pequeños, ambas formas deben cooperar.

El Capitán, que se había inclinado hacia adelante para examinar de cerca los especímenes, con una expresión que estaba compuesta al mismo tiempo de interés y revulsión, se irguió al instante.

-¿Cooperar? ¿Qué tontería es esa? ¡No existe un atributo más fundamental de la vida que el que cada ser vivo dé lugar a sus pequeños gracias a una comunicación interna consigo mismo. ¿Qué otra cosa hace que valga la pena vivir?

- La forma uno es la que produce la vida, pero la otra forma debe cooperar.

-¿Cómo?

- Eso ha sido muy difícil de determinar. Es algo muy privado y en mi investigación por entre la literatura disponible no he podido encontrar una descripción exacta y explícita. Pero he sido capaz de hacer algunas deducciones razonables.

Garm agitó la cabeza.

- Ridículo. La gemación es la función más sagrada y más íntima que hay en el universo. Es igual en decenas de millares de mundos. Como dijo el gran fotopoeta Levuline « En el tiempo de la gemación, en el tiempo de la gemación, en el dulce y maravilloso tiempo de la gemación; cuando...

- No lo comprende, Capitán. Esta cooperación entre las formas produce algo así (y no estoy muy seguro de cómo es eso) como una mezcla y recombinación de los genes. Es un artilugio mediante el cual en cada nueva generación aparecen nuevas combinaciones de características. Se multiplican las variaciones; los genes mutados se apresuran a expresarse, a diferencia de lo que ocurre en el habitual sistema de gemación, que necesita para tal cosa que pasen milenios.

-¿Está tratando de decirme que los genes de un individuo pueden combinarse con los de otros? ¿Sabe lo completamente ridículo que es eso a la luz de todos los principios de la fisiología celular?

- Tiene que ser así - dijo Botax, muy nervioso, bajo la mirada desorbitada del otro -. La evolución es apresurada. Este planeta es una barahúnda de especies. Se supone que hay un millón y cuarto de especies diferentes de seres.

- Lo más probable es que haya una docena y cuarto. No acepte absolutamente todo lo que lea en la literatura nativa.

- He visto docenas de especies radicalmente distintas con mis propios ojos en un área muy pequeña. Le aseguro, Capitán, que si damos a esos seres un cierto espacio de tiempo, seguirán mutándose hasta convertirse en unas inteligencias lo bastante poderosas como para superarnos y dominar la galaxia.

- Demuéstreme que existe esa cooperación de la que habla, Investigador, y consideraré sus hipótesis. Si no puede hacerlo, supondré que todo esto es ridículo, y seguiremos con nuestro viaje.

- Puedo demostrarlo - los destellos de color de Botax se convirtieron en un intenso verde amarillento. Los seres de este mundo son también diferentes en otro aspecto. Prevén adelantos que aún no han logrado, probablemente como consecuencia de su creencia en un rápido cambio del que, después de todo, están siendo testigos continuamente. Por consiguiente les gusta un tipo de literatura que habla de los viajes espaciales que aún no han desarrollado. He traducido la denominación que le dan a esa literatura como «ciencia-ficción». Bien, en mis lecturas me he dedicado casi de modo exclusivo a esa ciencia-ficción, pues creí que allí, en sus sueños y fantasías, sería donde se mostrarian mejor y descubrirían el peligro que representan para nosotros. Y fue de esa ciencia ficción de donde he deducido el método para su cooperación entre formas.

-¿Cómo lo logró?

- Hay una revista en este planeta que publica a veces ciencia ficción pero que, no obstante, está casi totalmente dedicada a los diversos aspectos de la cooperación. No habla de un modo totalmente libre, lo cual es molesto, sino que insiste en limitarse a sugerir. Su nombre, lo más aproximadamente que puedo darlo en destellos, es El chico que juega. Según deduzco, el ser que está al cargo de la publicación no está interesado por otra cosa que no sea la cooperación entre formas y la investiga en todas partes con una intensidad sistemática y científica que ha llegado a provocar mi asombro. He hallado ejemplos de cooperación descritos en la ciencia ficción y he dejado que el material de esta revista me sirva de guía. De las historias que él citaba, he logrado aprender cómo provocaría. Y, Capitán, le suplico que cuando tenga lugar la cooperación y vea ante sus mismos ojos a los pequeños, de órdenes para que no se deje en existencia ni un sólo átomo de este mundo.

- Bien - dijo el Capitán Garm, cansinamente -. Devuélvalos a la consciencia y haga lo que tenga que hacer, pero rápido.

De repente, Marge Skidmore se dio perfecta cuenta de lo que la rodeaba. Recordaba con mucha claridad la estación del elevado al principio del atardecer. Había estado casi vacía con solo un hombre cerca de ella y otro al otro extremo del andén. El tren que se acercaba solo era anunciado por un débil rugido que se oía en la distancia.

Entonces, se había visto el destello, había tenido una sensación de que la giraban de dentro a afuera y había tenido una visión entrevista de un ser muy delgado, goteando mucosidades, una sensación de ser alzada, y ahora...

- Oh, Dios - dijo, estremeciéndose -. Aún sigue ahí. Y además hay otro.

Notaba una gran repugnancia, pero no tenía miedo. Se sentía orgullosa de sí misma por no tener miedo. El hombre que estaba junto a ella, silencioso, y que llevaba calado un maltrecho sombrero, era el que había estado a su lado en el andén.

-¿También le han cazado a usted? - le preguntó. ¿Y a quién más?

Charlie Grimwold, notándose obeso y fofo, trató de alzar su mano para quitarse el sombrero y aplanarse el escaso cabello que ocultaba, pero no cubría del todo, la piel de su cráneo, hallando que solo se podía mover con dificultad, pues había una resistencia gomosa, pero creciente. Dejó caer su mano y miró disgustado a la mujer de rostro delgado que tenía delante. Decidió que tendría unos treinta y cinco años, y que su cabello era hermoso y su vestido le sentaba bien, pero en aquel momento lo único que deseaba era encontrarse en cualquier otro lugar y no le hacía ningún bien el tener compañía, aunque fuera compañía femenina.

- No lo sé, señora - le contestó. Yo me limitaba a estar esperando en aquel andén de la estación.

- Yo también - le contestó con rapidez Marge.

- Y entonces vi un destello. No oí nada. Y aquí estoy. Deben ser los hombrecillos de Marte, o de Venus, o de alguno de esos sitios.

Marge asintió vigorosamente con la cabeza.

- Eso es lo que yo me imagino. ¿Será un platillo volante? ¿Tiene miedo?

- No. Y, ¿sabe?, eso es raro. Creo que debo estarme volviendo loco pues, de lo contrario, estaría aterrado.

- Es curioso, pero yo tampoco tengo miedo. Oh, Dios, ahí viene uno de ellos. Si me toca, voy a gritar. Mire esas manos serpenteantes. Y esa piel arrugada, de aspecto pegajoso; me hace sentir náuseas.

Botax se aproximó precavidamente y les dijo, en una voz que al mismo tiempo era chirriante y rasposa, pues aquello era lo más aproximado que podía imitar el timbre nativo:

-¡Seres! No os haremos daño, pero debemos pediros si queréis hacernos el favor de cooperar.

-¡Hey, habla! - dijo Charlie -. ¿Qué quiere decir con eso de cooperar?

- Ustedes dos. Uno con el otro - le respondió Botax.

-¿Eh? - miró a Marge -. ¿ Sabe lo que quiere decir con eso, señora?

- No tengo ni la menor idea - le contestó ella altaneramente.

- Lo que quiero decir es... - intervino Botax, y utilizó la palabra directa que había oído emplear en algunas ocasiones como sinónimo para el proceso.

Marge enrojeció y dijo:

-¿Cómo? con el alarido más fuerte que pudo emitir. Tanto Botax como el Capitán Garm colocaron sus manos sobre sus regiones centrales para cubrir las manchas auditivas que temblaban dolorosamente a causa de los decibelios.

Marge prosiguió con rapidez, y de un modo casi incoherente:

-¡Nada más me faltaba esto! Soy una mujer casada, y si mi Ed estuviera aquí, iban a saber lo que es bueno. En cuanto a usted, tío listo - se volvió hacia Charlie luchando contra una resistencia gomosa -, sea usted quien sea, si cree que...

- Señora, señora - le dijo Charlie con una desesperación muy poco confortable -, la idea no ha sido mía. Quiero decir que no hay nada más lejos de mi pensamiento, ya sabe lo que le digo, que tratar de forzar a una señora, ya sabe lo que le digo. Mire, yo también estoy casado. Y tengo tres hijos. Escuche...

-¿Qué es lo que está sucediendo, Investigador Botax? - preguntó el Capitán Garm -. Esos sonidos cacofónicos son horribles.

- Bueno - Botax hizo destellar una corta tonalidad púrpura de azaramiento -. Esto forma parte de un ritual complicado. Al principio, se supone que deben parecer poco dispuestos a ello. Esto amplifica el resultado subsiguiente. Y, después del estadio inicial, tienen que quitarse las pieles.

-¿Qué tienen que despellejarse?

- En realidad no se despellejan. Lo que llevan son pieles artificiales de las que pueden desprenderse sin dolor, y que es necesario que se quiten. Particularmente, en el caso de la forma más pequeña.

- De acuerdo. Dígales que se quiten las pieles. Le aseguro, Botax, que esto no me agrada nada.

- Creo que es mejor que no le diga a la forma más pequeña que se quite sus pieles. Me parece que será mejor que sigamos exactamente el ritual. Tengo aquí unos extractos de esos relatos sobre viajes espaciales de los que hablaba tan bien el encargado de esa revista, El chico que juega. En esos relatos las pieles son quitadas por la fuerza. Por ejemplo, aquí tenemos la descripción de un accidente «que causó grandes daños en la vestimenta de la muchacha, casi arrancándosela de su bien torneado cuerpo. Durante un segundo, él notó la cálida firmeza de su seno medio desnudo contra su mejilla...» y sigue así. Mire, el arrancar, el quitar de un modo forzoso, actúa como estímulo.

-¿Seno? - dijo el Capitán -. No reconozco ese destello.

- Lo he inventado para referirme a ese significado. Se relaciona con las prominencias de la región dorsal superior de la forma más pequeña.

- Ya veo. Bueno, dígale a la forma mayor que arranque las pieles de la más pequeña... ¡Qué cosa más repugnante es todo esto!

Botax se volvió hacia Charlie:

- Señor - le dijo -, ¿querría arrancarle a la muchacha la ropa casi completamente de su bien torneado cuerpo? Voy a liberarlo para que pueda hacerlo.

Los ojos de Marge se agrandaron y se volvió hacia Charlie, instantáneamente ultrajada.

- No se atreva a hacer eso. ¡No se atreva ni a tocarme, so maníaco sexual!

-¿Yo? - le respondió Charlie quejumbrosamente -. La idea no es mía. ¿Se cree que voy por ahí arrancando ropa? Escuche - se volvió hacia Botax -. Tengo mujer y tres hijos. Si descubre que voy por ahí arrancando ropa, se me ha caído el pelo. Tendría que ver cómo se pone mi mujer sólo porque mire a alguna otra dama. Escuche...

-¿Aún sigue poco dispuesto? - preguntó el Capitán, impaciente.

- Eso parece - le contestó Botax -. ¿Sabe?, quizá el ambiente extraño esté haciendo que se prolongue este estadio de la cooperación. Y dado que sé que esto le resulta poco agradable, voy a realizar yo mismo este estadio del ritual. En los relatos de viajes espaciales aparece escrito con frecuencia que la tarea es llevada a cabo por un ser de otro planeta. Por ejemplo, mire esto - y rebuscó por sus notas, hasta hallar la que deseaba -. Describen una especie muy repugnante. Tiene que entender que los seres de este planeta tienen unas ideas muy tontas: jamás se les ha ocurrido imaginar a unos individuos tan apuestos como nosotros, con una excelente capa de mucosidad.

-¡Vamos! ¡Vamos! No vamos a perder todo el día - le urgió el Capitán.

- Si, Capitán. Aquí dice que el extraterrestre «se adelantó hacia donde se encontraba la muchacha. Aullando histéricamente, ella cayó en el abrazo del monstruo. Las uñas arañaron ciegamente su cuerpo, arrancándole las ropas, hechas jirones». ¿Ve?, el ser nativo está aullando por el estímulo en cuanto le quitan las pieles.

- Entonces, adelante, Botax, quiteselas. Pero, por favor, no la permita chillar. Aún estoy temblando por esas ondas sonoras.

Botax le dijo educadamente a Marge:

- Si me lo permite.

Un dedo espatulado se endureció como un garfio en el escote de su vestido.

Marge se debatió desesperadamente.

-¡No me toque! - No me toque! Me lo va a llenar de mocos. Escuche, este vestido me ha costado veinticuatro dólares con noventa y cinco en Orbach. Manténgase alejado, so monstruo. ¡Y vaya unos ojos que tiene! estaba jadeando por los esfuerzos desesperados por liberarse de la tanteante mano extraterrestre.. Un monstruo pegajoso

de ojos saltones, eso es lo que es. Escuche, me lo quitaré yo misma. Pero, por lo que más quiera, no me lo manche de mocos.

Trasteó con la cremallera y le dijo a Charlie, en un irritado aparte:

- Y usted ni se atreva a mirar.

Charlie cerró los ojos y se alzó de hombros, resignado.

Ella se quitó el vestido.

-¿De acuerdo? ¿Satisfecho?

Los dedos del Capitán Garm se estremecían por lo molesto que estaba.

-¿Es eso el seno? ¿Por qué mantiene apartada la cabeza el otro ser?

- Reluctancia. Reluctancia dijo Botax -. Además, aún tiene cubierto el seno. Debe quitarse más pieles. Cuando está desnudo, el seno es un estímulo muy fuerte. Siempre lo describen como globos marfileños, esferas blancas o algo similar. Tengo aquí dibujos, ilustraciones visuales tomadas de las tapas de las revistas de viajes espaciales. Si quiere inspeccionarlas, verá que en cada una de ellas se halla presente un ser con el seno más o menos descubierto.

El Capitán miró pensativamente de las ilustraciones a Marge y viceversa.

-¿Qué es marfileño?

- Ese es otro destello que me he inventado. Representa el material de los colmillos de uno de los seres subinteligentes mayores que hay en este planeta.

- Ah - y el Capitán Garm pasó a un verde pastel de satisfacción -, eso lo explica. Ese ser pequeño forma parte de una secta guerrera y eso que tiene son colmillos con los que destruir a su enemigo.

- No, no. Según tengo entendido, son bastante blandos - la pequeña mano marrón de Botax aleteó en la dirección de uno de los objetos bajo discusión, y Marge gritó y se apartó.

-¿Y qué otro propósito pueden tener?

- Creo - dijo Botax con considerables dudas -, que son utilizados para alimentar a los pequeños.

-¿Los pequeños se los comen? - preguntó el Capitán con claras evidencias de estar muy molesto.

- No exactamente. Esos objetos producen un fluido que consumen los pequeños.

-¿Consumir el fluido de un cuerpo? ¡Puah!. El Capitán se cubrió la cabeza con sus tres brazos, sacando para ello el brazo extra central, deslizándolo fuera de su funda con tal rapidez, que casi derribó al suelo a Botax.

- Un monstruo pegajoso, de ojos saltones y tres brazos - se corrigió Marge.

- Ajá - añadió Charlie.

- De acuerdo, pero usted cuidado con los ojos. Mire para otra parte.

- Escuche, señora: estoy tratando de no mirar.

Botax se aproximó de nuevo.

- Señora, ¿querría usted quitarse el resto?

Marge se irguió todo lo que pudo, luchando contra el campo que la aprisionaba.

-¡Nunca!

- Si lo desea, se lo quitaré yo.

-¡No me toque! ¡Por lo que más quiera, no me toque! ¡Con la cantidad de mocos que tiene encima! Muy bien, me lo quitaré - murmuraba entre dientes y miraba con mala cara en dirección a Charlie, mientras lo hacía.

- No sucede nada dijo el Capitán, profundamente descontento, de modo que debe ser un espécimen imperfecto.

Botax acusó aquella implicación de ineficiencia.

- He traído dos especímenes perfectos.

¿Qué es lo que encuentra mal en este ser?

- Que el seno no consiste en globos o esferas. Sé lo que son globos y esferas, y en los dibujos que me ha mostrado sí que aparecen. En esos dibujos los globos son muy grandes. En cambio, en este ser no tenemos otra cosa que unas pequeñas prominencias de tejido seco. Y, además, que está parcialmente descolorido.

- Tonterías - le dijo Bota::-. Tiene que aceptar ciertas variaciones naturales. Se lo preguntaré al mismo ser.

Se volvió hacia Marge.

- Señora, ¿es su seno imperfecto?

Los ojos de Marge se abrieron mucho y luchó vanamente por algunos instantes sin poder hacer otra cosa que jadear estrepitosamente.

-¡Pues si! - logró exclamar al fin -. Quizá no sea una Gina Llollobrigida ni Anita Ekberg, pero estoy perfectamente, si no le molesta. ¡Pues vaya, si mi Ed estuviera aquí! - Se volvió hacia Charlie -. Escuche, usted, dígale a esta cosa pegajosa y de ojos saltones que no estoy tan mal como todo eso.

- Señora - le dijo Charlie con voz suave -, no la estoy mirando, ¿recuerda?

- Seguro, no está mirando. Pero ha estado observándome de reojo, así que ya puede abrir bien sus ojos pecadores y defender a una dama, si es que hay en usted algo de caballero, lo que dudo mucho.

- Bien - dijo Charlie, mirando de costado a Marge, que aprovechó la oportunidad para inhalar y echar hacia atrás los hombros -, no me gusta verme mezclado en un asunto delicado como este, pero está usted bien... supongo.

-¿Supone? ¿Está usted ciego o qué? En una ocasión quedé finalista en la elección de Miss Brooklyn y, por si no lo sabía, le diré que en lo que fallé fue en cintura, no en...

- De acuerdo, de acuerdo - dijo Charlie -. Están muy bien. Lo digo en serio.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, vigorosamente, en dirección a Botax.

- Están bien. Tiene que comprender que no soy un experto en estas cosas, pero para mí están bien.

Marge se relajó.

Botax se sentía aliviado. Se volvió hacia Garm.

- La forma mayor expresa interés, Capitán. El estímulo funciona. Y ahora, daremos el paso final.

-¿Y en qué consiste?

- No hay destello para explicarlo, Capitán. En lo esencial consiste en colocar el aparato de hablar y comer de uno contra el aparato equivalente del otro. He inventado un destello para este proceso, al que llamo: besar.

-¿Es que nunca va a cesar mi náusea? - gruñó el Capitán.

- Es el clímax. En todos los relatos, una vez que han sido arrancadas las pieles por la fuerza, se aferran el uno al otro con los miembros y se dedican locamente a darse besos ardientes, para traducir tan aproximadamente como me resulta posible la frase de más frecuente uso. He aquí un ejemplo, solo uno, tomado al azar: «Aferró a la muchacha, con su boca ávida en los labios de ella.»

- Quizá un ser estuviese devorando al otro - le indicó el Capitán.

- Ni hablar de eso - le interrumpió Botax, impaciente -. Se trataba de besos ardientes.

-¿Qué quiere decir con eso de ardientes? ¿Tiene lugar algún tipo de combustión?

- No creo que ocurra esto, al menos literalmente. Me imagino que es una forma en que expresar el hecho de que sube la temperatura. Supongo que cuando más alta es esa temperatura más éxito se tiene en la producción de pequeños. Y ahora que la forma mayor ha sido estimulada en modo adecuado, sólo tiene que colocar su boca contra la de ella para producir pequeños. Los pequeños no serán producidos sin ese paso previo. Es la cooperación de la que le he estado hablando.

-¿Y eso es todo? ¿Solo ese...? - las manos del Capitán hicieron un movimiento como acercándose, pero no pudo soportar el trasladar su pensamiento a una forma destellada.

- Eso es todo - dijo Botax -. En ninguno de los relatos, ni siquiera en El chico que juega, he encontrado una descripción de ningún otro tipo de actividad física relacionada con la producción de pequeños. A veces, después del beso, escriben una línea de símbolos, parecidos a pequeñas estrellas, pero me imagino que eso significa tan solo nuevos besos; un beso por cada estrella, cuando desean producir una multitud de pequeños.

- Que ahora solo hagan uno, por favor.

- Desde luego, Capitán.

Botax dijo, con voz grave:

- Señor, ¿querría usted besar a esta dama?

- Escúcheme, no puedo moverme - le explicó Charlie.

- Naturalmente, lo liberaré.

- Quizá a la dama no le agrade.

Marge puso cara de irritación.

- Puede apostar el pellejo a que no. No me gustará nada. Manténgase alejado.

-A mi ya me gustaría, señora, pero, ¿qué es lo que harán si no les obedezco? Mire, no deseo irritarlos. Podríamos... ya sabe.. - darnos un besito sin importancia.

Ella dudó, viendo que tenía razón en lo que decía.

- De acuerdo. Pero nada de cosas raras. Mire, no tengo costumbre de andar así frente a todos los tipos con que me encuentro.

Yo lo sé, señora. Pero tiene usted que admitir que lo que sucede no es por culpa mía.

- Vaya unos monstruos tan pegajosos - murmuró irritada Marge-. Deben pensar que son una especie de dioses o algo así, en la forma en que ordenan a la gente que haga cosas. ¡Lo que son es unos dioses moqueantes!

Charlie se le aproximó.

No se preocupe, señora - hizo un gesto vago, como sacándose el sombrero. Luego le colocó torpemente las manos en los hombros desnudos y se inclinó para darle un beso precavido.

La cabeza de Marge se envaró de tal modo que le aparecieron los tendones en el cuello. Sus labios se juntaron.

El Capitán Garin destelló preocupado:

- No noto ningún aumento en la temperatura - su tentáculo detector de calor se había alzado totalmente en su coronilla y permanecía allí, vibrando.

- Yo tampoco - dijo Botax, bastante desconcertado. Pero lo estamos haciendo tal como nos indican los relatos de viajes espaciales. Aunque creo que sus extremidades deberían estar más extendidas. Ah, así. ¿Ve?, ya funciona.

De un modo casi ausente, el brazo de Charlie se había deslizado alrededor del blando y desnudo torso de Marge. Por un momento, Marge pareció ceder, recostándose contra él pero luego, de repente, se agitó contra el campo restrictivo que aun la tenía sujeta con bastante fuerza.

- Déjeme - las palabras fueron ahogadas por la presión de los labios de Charlie. Súbitamente, le mordió, y Charlie se alejó de un salto, lanzando un grito de dolor y llevándose la mano al labio inferior, mirando luego sus dedos en busca de sangre.

-¿Qué le pasa ahora, señora? - inquirió dolorido.

- Acordamos un besito, eso es todo - le dijo ella -. ¿Qué es lo que quería hacer? ¿Qué es lo que pasa en este lugar? Primero esos seres pegajosos intentan comportarse como dioses, y ahora usted me viene con estas. ¿Es que acaso es usted un Playboy?

El Capitán Garm destello rápidas alternativas de azul y amarillo.

-¿Ya está? ¿Cuánto tenemos que esperar ahora?

- Me parece que debe suceder de inmediato. En todo el Universo, cuando uno tiene que gemar, gema, ya lo sabe. No hay que esperar.

-¿Sí? Después de pensar en esos hábitos tan repugnantes que me ha estado usted describiendo, no creo que vuelva jamás a tener una gemación... Haga el favor de acabar de una vez con esto.

- Un momento, Capitán.

Pero los momentos pasaron y los destellos del Capitán se convirtieron lentamente en un ensimismado naranja, mientras los de Botax casi se apagaban por completo.

Al fin, Botax preguntó dubitativo:

- Perdóneme, señora, pero, ¿cuándo va a tener su gemación?

-¿Qué cuándo voy a tener el qué?

- Tener pequeños.

- Ya tengo un chico.

- Quiero decir si no va a tener pequeños ahora.

- Desde luego que no. No estoy dispuesta a tener otro hijo, por el momento.

-¿Cómo? ¿ Cómo? - preguntó el Capitán -. ¿Qué es lo que está diciendo?

- Parece ser - dijo débilmente Botax -, que no piensa tener un pequeño, por el momento.

La mancha de color del Capitán destello muy brillante.

-¿Sabe lo que pienso, Investigador? Creo que tiene usted una mente enfermiza y pervertida. A estos seres no les está pasando nada. No hay cooperación entre ellos, y no va a nacer ningún pequeño. Creo que son de dos especies distintas y que está usted tratando de hacerme algún extraño tipo de broma.

- Pero, Capitán... - le dijo Botax.

-¡Nada de peros! - le cortó Garm -. Ya he soportado bastante. Me ha puesto nervioso, me ha alterado el estómago, me ha causado náuseas y me ha disgustado haciéndome sentir mal con sólo pensar en la idea de gemar, y además me ha hecho perder el tiempo. Lo único que busca es ser famoso y tener la gloria personal, pero yo me ocuparé de que no lo consiga. Desháguese de esos seres, ahora mismo. Devuélvale sus pieles a ese y vuelva a dejarlos donde los encontró. Debería descontarle los gastos de mantener durante todo este tiempo el éxtasis temporal de su propia paga.

- Pero, Capitán...

- Le he dicho que se deshaga de ellos. Vuelva a dejarlos en el mismo lugar y en el mismo instante del tiempo. Quiero que nadie se inmiscuya en este planeta, y voy a preocuparme de que así sea - lanzó una mirada furiosa a Botax-. Una especie, dos formas, senos, besos, cooperación... ¡bah! Es usted un estúpido, Investigador, además de un tonto y, sobre todo, un ser enfermo, enfermo, enfermo.

No cabía discutir. Botax, con los miembros temblorosos, se preparó a devolver a aquellos seres.

Se hallaban allí, en la estación del elevado, mirando locamente a su alrededor. Sobre ellos brillaba el crepúsculo y el tren que se aproximaba solo se hacía notar como un débil rugido en la distancia.

Marge preguntó, dubitativa:

- Señor, ¿sucedió realmente todo eso?

Charlie asintió con la cabeza.

- Yo también lo recuerdo. Oiga: lamento que la avergonzasen de ese modo. Yo no tuve nada que ver. Quiero decir que, ya sabe, señora, que usted no está nada mal. De hecho, a mi me gustaba mucho, pero estaba bastante azarado, y no me atrevía a decirlo.

Ella le sonrió.

- No se preocupe.

-¿No le gustaría tomar una taza de café conmigo, para que nos relajemos? En realidad, mi esposa no me espera hasta dentro de un rato.

¿Sí? Bueno, Ed está fuera de la ciudad y mi chico está de visita en casa de mi madre. No tengo por qué volver corriendo a casa.

- Entonces, vamos. Ya nos han presentado.

- Ya lo creo - se echó a reír ella.

Se tomaron un par de cóctels y entonces Charlie no pudo dejarla ir a su casa sola, con aquella oscuridad, de miedo que la acompañó hasta la puerta. Y Marge se vio obligada a invitarle a pasar, por algunos instantes, en el apartamento de ella. Su tentáculo se envaró y comenzó a destellar en un chisporroteante arco iris de colores.

-¡Capitán Garm! ¡Capitán! ¡Mire lo que están haciendo ahora!

Pero, en aquel mismo instante, la nave salió del éxtasis temporal.

Mientras tanto, allá en la espacionave, el derrotado Botax estaba haciendo un esfuerzo final, por demostrar su hipótesis. Mientras Garm preparaba la nave para la partida, Botax dispuso apresuradamente la visiopantalla de haz estrecho para dar una última mirada a sus especímenes. La enfocó sobre Charlie y Marge, que estaban

RAZÓN

Medio año después los dos amigos hablan cambiado de manera de pensar. La llamarada de un gigantesco sol habla dado paso a la suave oscuridad del espacio, pero las variaciones externas significan poco en la labor de comprobar las actuaciones de los robots experimentales. Cualquiera que sea el fondo de la cuestión, uno se encuentra frente a frente con un inescrutable cerebro Positónico; que según los genios de la ciencia, tiene que obrar de esta u otra forma.

Pero no es así. Powell y Donovan se dieron cuenta de ello antes de llevar en la Estación dos semanas.

Gregory Powell espació sus palabras para dar énfasis a la frase.

- Hace una semana Donovan y yo te pusimos en condiciones... - Sus cejas se juntaron con un gesto de contrariedad y se retorció la punta del bigote.

En la cámara de la Estación Solar 5 reinaba el silencio, a excepción del suave zumbido del poderoso Haz Director en las bajas regiones.

El robot QT-1 permanecía sentado, inmóvil. Las bruñidas placas de su cuerpo relucían bajo las luxitas, y las células fotoeléctricas que formaban sus ojos estaban fijas en el hombre de la Tierra, sentado al otro lado de la mesa.

Powell refrenó un súbito ataque de nervios. Aquellos robots poseían cerebros peculiares. ¡ Oh, las tres Leyes Robóticas seguían en vigor! Tenían que seguir. Todo el personal de la U. 5. Robots, desde el mismo Robertson hasta el nuevo barrendero insistirían en ella. ¡ De manera que QT.1 estaba a salvo! Y sin embargo..., los modelos QT eran los primeros de su especie y aquél era el primero de los QT. Los cálculos matemáticos sobre el papel no siempre eran la protección más tranquilizadora contra los gestos de los robots.

Finalmente, el robot habló. Su voz tenía la inesperada frialdad de un diafragma metálico.

-¿Te das cuenta de la gravedad de una tal declaración, Powell?

- Algo te ha hecho, Cutie - le hizo ver Powell -. Tú mismo reconoces que tu memoria parece brotar completamente terminada del absoluto vacío de hace una semana. Te doy la explicación. Donovan y yo te montamos con las piezas que nos mandaron.

Cutie contempló sus largos dedos afilados con una curiosa expresión humana de perplejidad.

- Tengo la impresión de que todo esta podría explicarse de una manera más satisfactoria. Porque que tú me hayas hecho a mí, me parece improbable.

-¡En nombre de la Tierra! ¿Por qué? - exclamó Powell, echándose a reír.

- Llámalo intuición. Hasta ahora es sólo esto. Pero pienso razonarlo. Un encadenamiento de válidos razonamientos sólo puede llevar a la determinación de la verdad, y a esto me atendré hasta conseguirla.

Powell se levantó y volvió a sentarse en el extremo de la mesa, cerca del robot. Sentía súbitamente una fuerte simpatía por el extraño mecanismo. No era en absoluto como un robot ordinario, que realizaba su tarea rutinaria en la estación con la intensidad de un sendero Positónico profundamente marcado.

Puso una mano sobre el hombro de acero de Cutie y notó la frialdad y dureza del metal.

- Cutie - dijo -. Voy a tratar de explicarte algo. Eres el primer robot que ha manifestado curiosidad por su propia existencia... y el primero, a mi modo de ver, suficientemente inteligente para comprender el mundo exterior. Ven conmigo.

El robot se levantó lentamente y siguió a Powell con sus pasos que hacía silenciosos la gruesa suela de esponja de caucho. El hombre de la Tierra apretó un botón y un panel cuadrado de pared se deslizó a un lado. El grueso y claro vidrio de la portilla dejó ver el espacio... cuajado de estrellas.

- Ya he visto esto por las ventanas de observación de la sala de máquinas - dijo Cutie.

- Lo sé - dijo Powell -. ¿Qué crees que es?

- Exactamente lo que parece: un material negro detrás de este cristal, salpicado de puntas brillantes. Sé que nuestro director manda rayos desde algunos de estos puntos, siempre los mismos; y también que estos puntos se mueven y que los rayos se mueven con ellos. Eso es todo.

-¡Bien! Ahora quiero que me escuches atentamente. Lo negro es vacío, inmensa extensión vacía que se extiende hasta el infinito. Los pequeños puntos brillantes son enormes masas de materia saturadas de energía. Son globos, algunas de ellos de millones de kilómetros de diámetro, y para que puedas compararlos te diré que esta estación tiene sólo mil quinientos metros de ancho. Parecen tan pequeños porque están increíblemente lejos.

»Los puntos a los cuales van dirigidos nuestros haces de energía están más cercanos y son más pequeños. Son fríos y duros y los seres humanos como yo mismo, vivimos en su superficie; somos varios millones. Es de uno de estos mundos de donde Donovan y yo venimos. Nuestros rayos alimentan estos mundos con energía sacada de uno de estos grandes globos incandescentes que se encuentran cerca de nosotros. A este globo lo llamamos Sol y está del otro lado de la Estación, donde tú puedes verlo.

Cutie permanecía inmóvil al lado de la portilla, como una estatua de acero. Sin volver la cabeza, dijo

-¿De qué punto de luz pretendes venir?

- Allí está - dijo Powell después de haber buscado -. Aquel tan brillante de la esquina. Lo llamamos Tierra. La buena y vieja Tierra. Somos tres billones en e1, Cutie, y dentro de unas dos semanas volveré a estar allá con ellos.

Y entonces, cosa sorprendente, Cutie pareció canturrear, distraído. No era en realidad una tonada, pero poseía la curiosa calidad sonora de un «pizzicato». Cesó tan rápidamente como había empezado.

- ¿Y de dónde vengo yo, Powell? No me has explicado mí existencia.

- Todo lo demás es sencillo. Cuando estas estaciones fueron establecidas por primera vez para alimentar de energía solar los planetas, eran regidas por seres

humanos. Sin embargo, el calor, las fuertes radiaciones solares y las tempestades de electrones hacían la estancia en el puesto difícil. Se perfeccionaron los robots para sustituir el trabajo humano y ahora sólo se necesitan dos jefes para cada estación. Estamos tratando de reemplazar incluso a estos dos y aquí es donde intervienes tú. Tú eres el tipo de robot más perfeccionado, y si demuestras la capacidad de dirigir esta estación independientemente, jamás un ser humano volverá a poner los pies aquí, salvo para traer las piezas de recambio para reparaciones.

Su mano se levantó y la placa de metal volvió a caer en su sitio. Powell volvió a la mesa y frotó una manzana contra la manga antes de mordería. El rojo resplandor de los ojos del robot detuvo un ademán.

-¿Esperas acaso que dé crédito a ninguna de estas absurdas hipótesis que acabas de exponerme? - dijo lentamente -. ¿ Por quién me tomas?

Powell escupió fragmentos de manzana sobre la mesa y se puso Colorado.

- ¡ Pero, maldito sea! ¡ No son hipótesis, son hechos!

- ¡ Globos de energía de millones de kilómetros de anchura! - dijo Cutie amargamente -. ¡ Mundos con tres billones de seres humanos! ¡El vacío infinito!... Lo siento, Powell, pero no creo nada de esto. Lo resolveré yo solo. Adiós.

Dio la vuelta y salió de la cámara. Pasó por delante de Michael Donovan, hizo una inclinación de cabeza al llegar al umbral y salió al corredor, ignorante de la expresión de asombro de los dos hombres.

Mike Donovan se pasó la mano por el rojo cabello y dirigió una mirada de contrariedad a Powell.

-¿Qué diablos estaba diciendo el maldito artefacto este? ¿Qué es lo que no cree?

- Es un escéptico - dijo el otro, mordiéndose nerviosamente el bigote -. No cree que lo hayamos fabricado, ni que la Tierra exista, ni que haya un espacio estrellado.

- ¡ Por el viejo Saturno! Ha salido un robot loco de nuestras manos...

- Dice que va a resolver el problema él solo.

- Bien, en este caso, espero condescenderá a explicarme todo lo que descubra - Y con súbita rabia, añadió -: ¡Oye! ¡Cómo ese montón de metal me largue a mí una de éstas, le parto esta varilla de cromio en la espalda!

Se sentó encogiéndose de hombros y se sacó una novela del bolsillo.

- Este robot empieza a darme grima, de todos modos. Es demasiado inquisitivo. -

Mike Donovan se estaba comiendo un bocadillo de lechuga y tomate cuando Cutie llamó suavemente a la puerta y entró.

- ¿Está aquí Powell?

Donovan le contestó con voz pausada y apagada por la masticación.

- Está reuniendo datos sobre la función de las corrientes electrónicas. Parece que nos acercamos a una tormenta.

En aquel momento entró Gregory Powell, miró un papel lleno de cifras que traía en la mano y se sentó. Dejó las hojas sobre la mesa y comenzó a hacer cálculos. Donovan lo miraba, masticando la lechuga y recogiendo las migas de pan. Cutie esperaba, silencioso.

- El potencial Zeta se eleva, pero lentamente - dijo Powell levantando la vista -. De todos modos, las corrientes funcionales son errantes y no sé qué esperar. ¡ Ah, hola, Cutie! Creía que estabas vigilando la instalación de la nueva barra de mando.

- Ya está instalada - dijo el robot tranquilamente - y he venido a sostener una conversación con vosotros.

- ¡Ah!... - dijo Powell, aparentemente inquieto -. Bien, siéntate. No, en esta silla, no. Una de las patas es floja y no resistiría tu peso.

- He tomado una decisión - dijo el robot, después de haber obedecido.

Donovan levantó la vista y dejó los restos de su bocadillo a un lado. Se disponía a hablar, pero Powell le hizo guardar silencio con un gesto.

- Sigue, Cutie. Te escuchamos.

- He pasado estos dos últimos días en concentrada introspección - dijo Cutie -, y los resultados han sido de lo más interesante. Empecé por un seguro aserto que consideré podía permitirme hacer. Yo, por mi parte: existo, porque pienso.

- ¡Ah, por Júpiter... un robot Descartes! - gruñó Powell.

-¿Quién es Descartes? - preguntó Donovan - Oye, ¿es que tenemos que estar aquí sentados escuchando a este loco metálico...?

- ¡ Cállate, Mike!

- Y la cuestión que inmediatamente se presenta continuó Cutie imperturbable -, es: ¿ cuál es exactamente la causa de mi existencia?

Powell se quedó con la boca abierta.

- Estás diciendo tonterías. Ya te he dicho que te lucimos nosotros.

- Y si no nos crees, con gusto volveremos a hacerte pedazos - añadió Donovan.

El robot tendió sus fuertes manos con un gesto de imploración.

- No acepto nada por autoridad. Una hipótesis debe ser corroborada por la razón, de lo contrario, carece de valor; y es contrario a todos los dictados de la lógica suponer que vosotros me habéis hecho.

Powell detuvo con su mano el gesto amenazador de Donovan.

-¿Por qué dices esto, exactamente?

Cutie se echó a reír. Era una risa inhumana, la risa más mecanizada que había surgido jamás. Era aguda y explosiva, regular como un metrónomo y sin matiz alguno.

- Fíjate en ti - dijo finalmente -. No lo digo con espíritu de desprecio, pero fíjate bien. Estás hecho de un material blando y flojo, sin resistencia, dependiendo para la energía de la oxidación ineficiente del material orgánico... como esto - añadió señalando con un gesto de reprobación los restos del bocadillo de Donovan -. Pasáis periódicamente a un estado de coma, y la menor variación de temperatura, presión atmosférica, la humedad o la intensidad de radiación afecta vuestra eficiencia. Sois alterables.

- Yo, por el contrario, soy un producto acabado. Absorbo energía eléctrica directamente y la utilizó con casi un ciento por ciento de eficiencia. Estoy compuesto de fuerte metal, estoy consciente constantemente y puedo soportar fácilmente los más extremados cambios ambientales. Estos son hechos que, partiendo de la irrefutable proposición de que ningún ser puede crear un ser más perfecto que él, reduce vuestra tonta teoría a la nada.

Las maldiciones murmuradas en voz baja por Donovan brotaron inteligibles al levantarse frunciendo sus rojas cejas.

- ¡ Muy bien, hijo de unos desperdicios de metal! Si no te hicimos nosotros, ¿quién te hizo?

- Muy bien, Donovan - asintió Cutie gravemente -. Esta era, desde luego, la cuestión siguiente. Evidentemente, mi creador tiene que ser más poderoso que yo y por lo tanto, sólo cabía una hipótesis.

Los dos hombres de la Tierra le miraban sin expresión y Cutie prosiguió:

- ¿Cuál es el centro de las actividades aquí en la Estación? ¿Al servicio de quién estamos todos? ¿Qué absorbe toda nuestra atención?

Esperó, a la expectativa. Donovan miró asombrado a su compañero.

- Apostaría a que este amasijo de tornillos esta hablando del mismo Transformador de Energía.

- ¿Es así, Cutie? - preguntó Powell.

- Estoy hablando del Señor - fue la fría respuesta que siguió.

Aquello fue la señal del estallido de risas de Donovan y el mismo Powell se permitió esbozar una sonrisa. Cutie se puso de pie y sus ojos brillantes se fijaron en uno v después en el otro.

- Da lo mismo lo que penséis y no me extraña que os neguéis a creerlo. Vosotros no tenéis que estar mucho tiempo aquí, estoy seguro de ello. Powell mismo ha dicho que al principio sólo los hombres servían al Señor; que después vinieron los robots para el trabajo rutinario; y finalmente yo, para dirigir. Los hechos son sin duda verdaderos, pero la explicación es completa mente ilógica. ¿Queréis saber la verdad que hay detrás de todo esto?

- Sigue, Cutie, me diviertes.

- El Señor creó al principio el tipo más bajo, los humanos, formados más fácilmente. Poco a poco fue reemplazándolos por robots, el siguiente paso, y finalmente me creó a mí, para ocupar el sitio de los últimos humanos. A partir de ahora sirvo al Señor.

- No harás nada de esto - dijo Powell secamente -.

Seguirás nuestras órdenes y te estarás tranquilo hasta que estemos convencidos de que puedes dirigir el Transformador. ¡Escucha! El Transformador no el Señor. Si no nos convences, serás desmontado. Y ahora, si no te importa... puedes marcharte. Y llévate estos datos y regístralos debidamente.

Cutie aceptó los gráficos que le tendían y salió sin decir palabra. Donovan se echó atrás en su silla y se mesó los cabellos.

- Ese robot nos va a dar trabajo. ¡ Está como una cabra!

* * *

El soñoliento zumbido del Transformador se oye más fuerte en la cámara de mando y mezclado a él se oye la aspiración de los contadores Geiger y el intermitente ruido de las señales luminosas.

Donovan apartó los ojos del telescopio y encendió los Luxites.

- El haz de Estación 4 capta Marte en horario. podemos cortar los nuestros ya.

Powell parecía abstraído.

- Cutie está en el cuarto de máquinas. Le daré la señal y puede hacerse cargo de ello. Oye, Mike, ¿qué piensas de estas cifras?

Donovan las estudió atentamente y lanzó un silbido de perplejidad.

- ¡Hombre, esto es lo que yo llamo intensidad de rayos gamma! El viejo Sol hace de las suyas... - respondió Powell amargamente -, estamos en mala posición para aguantar una tormenta de electrones, además. Nuestro haz de Tierra está probablemente en el sendero indicado. - Apartó su silla de la mesa - ¡Cuernos! ¡Si tan sólo aguantase hasta que venga el relevo, pero lleva ya diez días! Oye, Mike, ¿ y si fueses abajo a echar una mirada a Cutie?

-O.K. Dame algunas de estas almendras. - Agarró el saquito que le arrojó Powell y se dirigió hacia el ascensor.

El instrumento se deslizó suavemente hacia abajo y se detuvo en la pequeña puerta de la sala de máquinas. Donovan se asomó a la barandilla y miró hacia abajo.

Los enormes generadores estaban en plena acción y de los tubos-L salía el agudo silbido que saturaba toda la estación.

Vio la enorme y reluciente figura de Cutie al lado del tubo-L de Marte, observando atentamente los demás robots que trabajaban al unísono.

Y entonces Donovan se quedó rígido. Los robots, que parecían empequeñecidos junto el enorme tubo-L, estaban alineados delante de él, con la cabeza doblada en ángulo recto, mientras Cutie andaba lentamente arriba y abajo por delante de ellos. Transcurrieron quince segundos y entonces, con un estruendo metálico que retumbó en la estancia, cayeron todos de rodillas.

Donovan bajó precipitadamente la estrecha escalera. Corrió hacia ellos, con el rostro rojo como sus cabellos, agitando furiosamente los puños en el aire.

-¿Qué diablos significa esto, idiotas sin seso? ¡Vamos! ¡Ocupaos del tubo-L! Como no lo tengáis en perfecta condición, limpio, antes de que termine el día, os coagulo el cerebro con corriente alterna!

Ni un solo robot se movió.

Incluso Cutie, en el extremo, el único que estaba de pie, permaneció silencioso, con la mirada fija en los oscuros rincones de la gran máquina que tenía delante. Donovan dio un fuerte empujón al primer robot.

- ¡Levántate! - rugió.

Lentamente el robot obedeció.

Sus ojos fotoeléctricos se fijaron con reproche sobre el hombre de la Tierra.

- No hay más Señor que el Señor - dijo -, y QT.1 es su profeta.

- ¿Eh?... - Donovan se encontró frente a veinte pares de ojos fijos en él y veinte voces de timbre metálico que declaraban solemnemente:

-«No hay más Señor que el Señor y QT.1 es su profeta. .

- Temo - dijo Cutie al llegar a este punto -, que mis amigos obedecen ahora a alguien más alto que tú.

- ¡Qué diablos dices! ¡Sal de aquí inmediatamente! Ya te arreglaré las cuentas más tarde, y a estos chismes animados, ahora mismo.

- Me apena - dijo Cutie lentamente moviendo despacio la cabeza -, pero veo que no me entiendes. Todos estos son robots, y por lo tanto seres dotados de razón. Les he predicado la Verdad y ahora reconocen al Señor. Me llaman el Profeta. Soy indigno de ello - añadió bajando la cabeza, pero quizá...

Donovan consiguió recobrar el aliento e hizo uso de él.

- ¿Sí, eh?... ¡Vaya, qué bonito!. - . Pues escucha que diga una cosa, chimpancé de bronce. Aquí no hay tal Señor, ni tal Profeta, ni es cuestión de quién da órdenes. ¿Entendido? - Su voz, se convirtió en un mugido -. ¡Y ahora, fuera de aquí!

- Obedezco solamente al Maestro.

- ¡Al diablo el Maestro! - Donovan escupió sobre el tubo-L - ¡ Esto para el Maestro! ¡ Haz lo que te digo!

Ni Cutie ni los demás robots dijeron una palabra, pero Donovan se dio cuenta de un aumento de tensión. Los ojos fríos aumentaron la intensidad de su color, y Cutie parecía más rígido que nunca.

- ¡Sacrílego! - murmuró, con voz metálica emocionada.

Donovan tuvo la primera sensación de miedo al ver aproximarse a Cutie. Un robot no puede sentir odio, pero los ojos de Cutie eran inescrutables.

- Lo siento, Donovan - dijo el robot -, pero después de esto no podéis seguir por más tiempo aquí. Por consiguiente, Powell y tú tenéis vedado el acceso a la sala de control y la sala de máquinas.

Había hecho un gesto pausado y en el acto dos robots sujetaron los brazos de Donovan.

Donovan no tuvo tiempo de hacer más que una angustiada aspiración antes de sentirse levantado y llevado escaleras arriba a la velocidad de un buen galope.

Gregory Powell andaba arriba y abajo de la habitación con el puño cerrado. Dirigió una intensa mirada de desesperación a la puerta y se acercó a Donovan amargamente.

- ¿Por qué diablos tenias que escupir contra el tubo-L?

Mike Donovan se desplomó sobre el sillón y golpeó el brazo furiosamente.

- ¿Qué querías que hiciese con este espantajo electrificado? ¡No voy a doblegarme ante sus caprichos!, - ¿verdad?

- No; Pero ahora estamos en la sala de oficiales con robots de centinela en la puerta. Esto no es doblegarse. ¿Verdad?

Espera a que lleguemos a la base. Alguien pagara todo esto - dijo Donovan -. Los robots deben obedecernos: Es la Segunda Ley.

- ¿De qué sirve esto? No nos obedecen. Y esto responde seguramente a una razón que descubriremos demasiado tarde. A propósito. ¿sabes lo que nos ocurrirá cuando estemos de regreso en la Base?

Se detuvo delante del sillón de Donovan, furioso.

- ¿Qué?

- ¡Oh, nada! -. Veinte años de Minas de Mercurio. O quizá el Presidio de Ceres.

- ¿Qué estás diciendo?

- La tempestad de los electrones que se acerca. -: ¿Sabes que avanza directamente hacia el centro del haz de Tierra? Acababa de calcularlo cuando el robot me ha levantado de la silla. ¿Y sabes lo que le va a pasar al haz? Porque la tormenta va a ser de alivio. Que va a saltar como una pulga con el contacto. Y todo esto con Cutie solo en los controles, y si sale de foco... que el Cielo proteja a la Tierra..., y a nosotros.

Donovan sacudía frenéticamente la puerta cuando Powell estaba sólo a medio camino de ella. La puerta se abrió y el hombre de la Tierra avanzó, pero encontró un duro e inamovible brazo de acero que lo detuvo.

El robot lo miraba con indiferencia.

- El Profeta ha dado orden de que no os mováis. Por favor, obedeced.

El brazo se movió, Donovan fue empujado hacia dentro y en aquel momento apareció Cutie por el fondo del corredor. Apartó con un gesto suavemente la puerta. Donovan se dirigió a Cutie jadeando, indignado.

- ¡Esto ha ido va bastante lejos! ¡Vas a pagar cara la farsa!

- Por favor, no te contraríes dijo el robot con suavidad -, tenía forzosamente que ocurrir. Los dos habéis perdido vuestra función...

- Hasta que fui creado vosotros velabais por el Maestro. Este privilegio me pertenece ahora a mí y por consiguiente, la razón de ser de vuestra existencia ha desaparecido. ¿No es esto evidente?

- No mucho - respondió amargamente Powell -, pero ¿qué crees que vamos hacer ahora?

Cutie no contestó enseguida. Permaneció silencioso como si reflexionase sobre el hombro de Powell. El otro agarró a Donovan por la muñeca y lo acercó.

- Me gustáis los dos. Sois criaturas inferiores, pero siento realmente cierto afecto por vosotros. Habéis servido fielmente al Señor y El os lo recompensará. Habiendo terminado vuestro servicio, no existiréis probablemente por mucho tiempo, pero mientras existáis, tenemos que procuraros comida, ropas y abrigo, a condición de que os mantengáis apartados de la sala de controles y de máquinas.

- ¡Nos está poniendo a pensión, Greg! - gritó Donovan -. ¡Haz algo! ¡ Es humillante!

- Oye Cutie, no podemos tolerar esto. Somos los amos. Esta Estación ha sido exclusivamente creada por seres humanos como yo, seres humanos que viven en la Tierra y otros planetas. Esto no es más que un colector de energía. Tú no eres más que... ¡ Ay... cuerno!

Cutie movió la cabeza gravemente.

- Esto frisa ya la obsesión. ¿Por qué insistís en un punto de vista tan radicalmente falso? Aun admitiendo que los no-robot carecen de la facultad de razonar, queda todavía el problema de...

Su voz se desvaneció en un reflexivo silencio y Donovan dijo, en un susurro saturado de intensidad:

- Si tuvieses un rostro de carne y hueso te lo rompería.

Con los dedos, Powell se acariciaba el bigote y sus ojos brillaban.

- Escucha, Cutie, si no existe una cosa que se llama Tierra, ¿cómo te explicas lo que ves por el telescopio?

- ¡Perdona...!

- ¿Te he ganado, eh? - dijo Powell -. Desde que estamos juntos has hecho muchas observaciones telescópicas, Cutie. ¿ Has observado que muchos de estos puntos luminosos se convierten en disco cuando los ves así?

- ¡ Oh, esto!... Si, ciertamente. Es una mera ampliación con el propósito de dirigir más exactamente el haz.

- ¿Por qué no aumentan igualmente de tamaño las estrellas, entonces?

- ¿Quieres decir los demás puntos? No se les manda haz alguno, de manera que no necesitan ampliación. Verdaderamente, Powell, incluso deberías ser capaz de comprender esto.

- ¡Pero ves más estrellas a través del telescopio! - dijo Powell, mirándolo perplejo -. ¿De dónde vienen? ¿De dónde demonios vienen, por Júpiter?

- Escucha, Powell - dijo Cutie, contrariado -. ¿Crees que voy a perder el tiempo tratando de buscar interpretaciones físicas de todas las ilusiones ópticas de nuestros instrumentos? ¿ Desde cuándo puede compararse la prueba ofrecida por nuestros sentidos con la clara luz de la inflexible razón?

- Mira - intervino Donovan súbitamente, liberándose del amistoso, pero pesado brazo metálico de Cutie -, vamos al fondo de la cuestión. ¿ Para qué sirven los haces? Te estamos dando una explicación lógica. ¿ Puedes hacer tú algo mejor?

- Los haces de luz son emitidos por el Señor para cumplir sus designios. Hay ciertas cosas - añadió elevando piadosamente los ojos - que no deben sernos probadas; en esta materia, trato sólo de servir y no de interrogar.

Powell se sentó y hundió el rostro en sus manos temblorosas.

- Sal de aquí, Cutie. Sal de aquí y déjame pensar.

- Te mandaré comida - dijo Cutie amablemente.

Un gruñido fue la única respuesta y el robot salió.

- Greg - dijo Donovan en voz baja y sombría -, esto requiere estrategia. Tenemos que aplicarle un cortocircuito en el momento en que no lo espere. Acido nítrico concentrado en las articulaciones.

- No digas tonterías, Mike. ¿ Crees acaso que nos dejará acercarnos a él con ácido nítrico en las manos? Tenemos que hablar con él, te digo. Tenemos que convencerlo de que nos deje tomar de nuevo posesión de la sala de control antes de cuarenta y ocho horas, o seremos reducidos a papilla. Pero - añadió balanceándose, desalentado ante su impotencia - ¿quién va a discutir con un robot?

- Es vejatorio... - terminó Donovan.

- ¡Peor!

- ¡Oye! - dijo Donovan, echándose a reír -. ¿Por qué discutir? ¡Demostrémoselo! Construyamos otro robot ante sus propios ojos tendrá que tragarse sus palabras, entonces!

En el rostro de Powell apareció lentamente una sonrisa que se fue ensanchando.

- ¡Y piensa en su cara de espanto cuando nos vea hacerlo! - terminó Donovan

Los robots son fabricados, desde luego, en la Tierra, pero su expedición a través del espacio es mucho más fácil si puede hacerse por piezas y montarlos en el sitio donde deben emplearse. Elimina además la posibilidad de que robots completamente montados vayan rondando por la Tierra, enfrentando de esta manera la U. S. Robots con la estricta ley que prohibe el uso de robots en la Tierra.

Sin embargo, esto hacía pesar sobre hombres como Powell y Donovan las necesidades de sintetizar robots completos, tarea laboriosa y complicada.

Powell y Donovan no se habían dado nunca tanta cuenta de la verdad de este hecho como el día en que, reunidos en la sala de montaje, emprendieron la creación de un nuevo robot bajo la inspección y vigilancia de QT-1. Profeta del Señor.

El robot en cuestión, un simple MC, vacía sobre 1a mesa, casi terminado. Tres horas de trabajo lo habían dejado sólo con la cabeza por terminar y Powell se detuvo para enjugarse la frente y mirar a Cutie.

La mirada no fue muy tranquilizadora. Durante tres horas, Cutie había permanecido sentado, inmóvil y silencioso, y su rostro, siempre inexpresivo, era ahora absolutamente inescrutable.

- ¡Vamos ya con el cerebro Mike! - gruñó Powell.

Donovan abrió un receptáculo herméticamente cerrado y del baño de aceite del interior sacó un segundo cubo. Abriendo éste a su vez, sacó un globo de su revestimiento de esponja de goma.

Lo manejó rápidamente por que era cl mecanismo más complicado jamas creado por el hombre. En el interior de la tenue piel chapada de platino del globo, había un cerebro positónico, en cuya inestable y delicada estructura habían insertados senderos neutrónicos calculados, que dotaban a cada robot de lo que equivalía una educación prenatal.

El cerebro se adaptaba exactamente a la cavidad craneana del robot. El metal azul se cerró y quedó sólidamente soldado por la diminuta llama atómica. Se adaptaron cuidadosamente los ojos electrónicos, fuertemente atornillados en su lugar y cubiertos por una delgada hoja transparente de plástico de la dureza del acero.

El robot sólo esperaba ya la vitalizadora corriente de una electricidad de alto voltaje, y Powell se detuvo con la mano sobre el interruptor.

- Ahora mira esto, Cutie. ¡Fíjate atentamente!

El interruptor estableció el contacto y se oyó un zumbido. Los dos terrestres se inclinaron emocionados sobre su creación.

Al principio sólo se produjo un leve movimiento en las articulaciones. La cabeza se levantó, los codos se apoyaron sobre la mesa y el robot modelo MC bajó torpemente al suelo. Su paso era inseguro y dos veces unos infructuosos gruñidos fueron todo lo que se consiguió sacarle en materia de palabra. Finalmente su voz, incierta y vacilante, adquirió forma.

- Quisiera empezar a trabajar. ¿Dónde debo ir?

Donovan corrió hacia la puerta.

- ¡Baja estas escaleras! - dijo -. Ya te dirán lo que debes hacer.

El robot MC se había marchado y los dos hombres estaban solos delante del inconmovible Cutie.

- Y bien, ¿ crees ahora que te hemos hecho nosotros?

- ¡No! - fue la respuesta corta y categórica de Cutie.

Powell frunció intensamente el ceño y después fue relajándose. Donovan abrió la boca y permaneció así.

- ¿Lo veis? - continuó Cutie tranquilamente -. No habéis hecho más que juntar piezas ya creadas. Lo habéis hecho extraordinariamente bien, por instinto su pongo, pero en realidad no habéis creado el robot. Las piezas habían sido creadas por el Señor.

- Escucha - dijo Donovan, con voz enronquecida -, estas piezas han sido fabricadas en la Tierra y mandadas aquí.

- Bien, bien... - dijo Cutie, tranquilizador -, no discutamos...

- No es ésta mi intención. - Donovan saltó hacia delante y agarró el brazo del robot -. Si fueses capaz de leer los libros de la biblioteca, te lo explicarían de modo que no te quedaría la menor duda.

- ¡Los libros... los he leído! ¡Todos! Son muy ingeniosos.

Powell intervino súbitamente.

- Si los has leído, ¿qué mis hay que decir? No puedes negar su evidencia. ¡No puedes!

- Por favor, Powell - dijo Cutie con la compasión en la voz -, no puedo considerarlos como una fuente valida de información. También ellos fueron creados por el Señor... y lo fueron para ti, no para mí.

- ¿Cómo has descubierto esto? - preguntó Powell.

- Porque yo, como ser dotado de razón, soy capaz de deducir la Verdad de las Causas a priori. Tú, ser inteligente, pero sin razón, necesitas que se te dé una explicación de la existencia, y esto es lo que hizo el Señor. Que te procurase estas visibles ideas de mundos lejanos y pueblos, es, sin duda, excelente. Vuestras mentes son demasiado vulgares para comprender la Verdad absoluta. Sin embargo, puesto que es la voluntad del Señor que deis crédito a vuestros libros, no quiero discutir eso con vosotros.

Al marcharse, se volvió y en tono más amable, dijo:

- Pero no temáis nada. En el plan de las cosas del Señor hay sitio para todo. Vosotros, los pobres humanos, tenéis vuestro lugar, y, si bien es humilde, seréis recompensados si lo ocupáis dignamente.

Se marchó con el aire de beatitud propio del Profeta del Señor y los dos seres humanos permanecieron solos, evitando mirarse.

- Vámonos a la cama, Mike, abandono - dijo Powell haciendo un esfuerzo.

- Oye, Greg - dijo Donovan con voz ronca -, ¿no creerás que tiene razón en todo esto, verdad? Parece tan seguro de sí mismo que...

- No seas idiota - dijo Powell volviéndose rápido - Ya te convencerás de que la Tierra existe cuando vengan los relevos la semana próxima y tengamos que regresar a escuchar el concierto.

- Entonces... ¡por la salud de Júpiter!, tenemos que hacer algo. - Casi lloraba -. No nos cree ni a nosotros, ni a los libros, ni a sus ojos.

- No - dijo Powell amargamente -~ ¡Es un robot con razón, maldita sea, con sus propios postulados! Cree só1o en la razón, y esto tiene un inconveniente... - Su voz se desvaneció.

- ¿Cuál es?

- Que por la pura razón y la lógica se puede probar cualquier cosa... si encuentras el postulado apropiado. Nosotros tenemos los nuestros y Cutie tiene los suyos.

- Entonces veamos estos postulados enseguida. La tempestad es mañana.

- Aquí es donde falla todo - dijo Powell con un suspiro de desaliento -. Los postulados están establecidos por la suposición y reforzados por la fe. Nada en el Universo puede conmoverlos. Me voy a la cama.

- ¡Oh, demonios¡ ¡No puedo dormir!.

- Yo tampoco. Pero siempre puedo intentarlo... por cuestión de principio.

Doce horas después el sueño seguía siendo esto, una cuestión de principios, inalcanzable, en la práctica.

* * *

La tormenta llegó a la hora prevista y el rubicundo rostro de Donovan se habla quedado sin sangre. Powell, con los labios secos y las mandíbulas apretadas, miraba a través de la portilla y se tiraba desesperadamente del bigote.

En otras circunstancias, hubiera sido un maravilloso espectáculo. El chorro de electrones a alta velocidad que penetraba en el haz de energía florecía en forma de microscópicas partículas de intensa luz. El chorro se desparramaba por el vibrante vacío, formando un revoloteo, de brillantes copos.

El haz de energía permanecía inmóvil, pero los dos terrestres sabían el valor de las apariciones a simple vista. Una desviación en arco de una centésima de milésima de

segundo, invisible al ojo humano, era suficiente para apartar el haz de su foco, y convertir centenares de kilómetros cuadrados de la Tierra en incandescentes ruinas.

Y un robot, indiferente al haz, al foco y a la Tierra, todo menos a su Señor, era dueño de los mandos.

Las horas pasaron. Los dos hombres seguían mirando en un silencio de hipnosis. La tormenta habla cesado.

- Se acabó - dijo Powell con voz incolora.

Donovan había caído en una especie de sopor y Powell lo miraba con envidia. La señal luminosa brillaba una y otra vez, pero ninguno de los dos prestaba atención a ella. Nada tenia importancia. Quizá en el fondo Cutie tuviese razón... y él no era más que un ser inferior con una memoria metódica y una vida que había sobrepasado su propósito.

¡Ojalá fuese así! Cutie estaba ante él.

- No habéis contestado a la señal, de manera que he venido dijo en voz baja -. No tenéis buen semblante y temo que el término de vuestra existencia no esté lejano. Sin embargo, ¿queréis ver algunas de las anotaciones registradas hoy?

Powell se daba vagamente cuenta de que el robot trataba de mostrarse amistoso, quizá para apagar sus remordimientos, restableciendo a los humanos en el mando de la estación. Cogió las hojas de papel de la mano, que se las tendía y las miró sin verlas.

- Desde luego, es un gran prodigio servir al Señor - dijo Cutie, al parecer satisfecho -. No debéis tomaros a mal que os haya reemplazado.

Powell lanzó un gruñido y siguió recorriendo maquinalmente las hojas de papel basta que se fijó en una tenue línea roja que cruzaba la hoja.

Miró... y volvió a mirar. Se apoyó con fuerza sobre los puños y se levantó, sin dejar de mirar. Las demás hojas cayeron al suelo, mezcladas.

- ¡Mike! ¡Mike! - Sacudió a su amigo furiosamente -. ¡Se mantiene en dirección!.

-¿Eh? ...¿Cómo? - preguntó Donovan, volviendo en sí, mirando también con los ojos salidos, la hoja que tenía delante.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Cutie.

- Te has mantenido en el foco - gritó Powell - ¿Lo sabias?

- ¿Foco? ¿Qué es eso?

- Has mantenido el haz dirigido exactamente a la estación receptora... dentro de tina diezmillonésima de segundo de arco.

- ¿Qué estación receptora?

- Tierra. La estación receptora es Tierra - balbució Powell -. Has mantenido la dirección del foco.

Cutie giró sobre sus talones, contrariado.

- Es imposible mostrar la menor amabilidad con vosotros. ¡Siempre el mismo fantasma! No he hecho más que mantener todas las esferas en equilibrio de acuerdo la voluntad del Señor.

Y recogiendo los esparcidos papeles, se retiró secamente; una vez hubo salido, Donovan se volvió hacia Powell y dijo:

- ¡Júpiter me confunda!... Bien, ¿y qué hacemos?

Nada - dijo Powell, cansado -. Nada. Nos ha demostrado que puede dirigir perfectamente la estación, jamás he visto hacer mejor frente a una tempestad de electrones.

- Pero esto no resuelve nada. Ya has oído lo que ha dicho del Señor. No podemos...

- Mira, Mike, sigue las instrucciones del Señor a ha través de relojes, esferas, gráficos e instrumentos. Esto es lo que siempre hemos hecho nosotros. En realidad, equivale a negarse a obedecer. La desobediencia es la Segunda Ley[1]. No hacer daño a

[1] **Las Tres Leyes De La Robótica:**

los humanos es la primera. ¿Cómo podía evitar hacer daño a los humanos sabiéndolo o no? Pues manteniendo el haz de energía estable. Sabe que es capaz de mantenerlo más estable que nosotros, ya que insiste en que es un ser superior, y por esto tiene que mantenernos alejados del cuarto de controles. Si tienes en cuenta las leyes Robóticas, es inevitable.

- Bien, pero no es ésta la cuestión. No podemos consentir que siga con el sonsonete ese del Señor.

- ¿Porqué no?

- Porque ¿quién ha oído jamás decir estas tonterías? ¿Vamos a dejar que siga manteniendo la estación si no cree en la existencia de la Tierra?

- ¿Puede dirigir la Estación?

- Sí pero...

- Entonces, ¿qué más da que crea una cosa que otra?

Powell extendió los brazos con una vaga sonrisa de satisfacción y cayó de espaldas sobre la cama. Estaba dormido.

Powell seguía hablando mientras luchaba por endosarse su ligera chaqueta del espacio.

- Será muy sencillo. Puedes traer nuevos modelos QT uno por uno, los equipas con un conmutador de lanzamiento automático que actúe en el plazo de una semana, como para darles tiempo de aprender... el.. el culto del Señor, de boca del mismo Profeta; después los conmutas con otra estación para revitalizarlos. Podemos tener dos QT por...

Donovan levantó su visor de glasita y se rió.

- Cállate y vámonos de aquí. El relevo espera y no estaré tranquilo hasta que sienta la superficie de la Tierra bajo mis pies..., sólo para estar seguro de que realmente existe.

La puerta se abrió mientras estaba hablando y Donovan volvió a cerrar inmediatamente el visor de glasita, volviéndose enojado hacia Cutie.

El robot se acercó a ellos lentamente.

- ¿Os vais? - preguntó con una nota de pesar en la voz.

- Vendrán otros en nuestro lugar - respondió Powell.

- Vuestro tiempo de servicio ha terminado y la hora de la disolución ha llegado, dijo Cutie con un suspiro. Lo esperaba, pero... En fin, la voluntad del Señor debe cumplirse...

- Ahorra tu compasión - saltó Powell, indignado por el rollo resignado de Cutie -. Nos vamos a la Tierra, no a la disolución.

- Es mejor que lo creáis así - suspiró nuevamente el robot -. Ahora comprendo la cordura de la ilusión. No quisiera tratar de conmover vuestra fe, aunque pudiese. - Y se marchó, convertido en la imagen de la compasión.

Powell le echó a reír y se dirigió hacia Donovan. Con las maletas cerradas en la mano, se encaminaron hacia la compuerta neumática.

La nave estaba en el rellano exterior y Franz Muller, su relevo, los saludó con rígida cortesía. Donovan le prestó escasa atención y entró en la cabina del piloto a tomar los mandos de manos de Sam Evans.

- ¿Cómo va la Tierra? - preguntó Powell, quedándose atrás.

---

1. Un robot no debe dañar a un ser humano o, por su inacción, dejar que un ser humano sufra daño.
2. Un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas órdenes están en oposición con la primera Ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no esté en conflicto con la primera o segunda Leyes.
4. *Manual de Robótica*, 56ª edición, año 2058.

Era una pregunta bastante convencional y Muller dio la respuesta convencional que merecía:

- Sigue girando.

- Bien - dijo Powell.

En el U. S. Robots han ideado un nuevo tipo, a propósito - dijo Muller, mirándole -. Un robot múltiple.

¿Un qué?

- Lo que he dicho. Hay un importante contrato de tiene que ser adecuado para los trabajos de minería en los asteroides. Es un robot principal, con seis robots alrededor. Como tus dedos.

- ¿Lo han probado ya? - preguntó Powell con ansiedad.

- Te están esperando a ti, he oído decir - dijo Muller sonriendo.

- ¡Maldita sea!... - exclamó Powell, cerrando el puño. - Necesito vacaciones.

- ¡Oh, las tendrás! Dos semanas, creo.

Se estaba poniendo los gruesos guantes del espacio para su estancia allí y sus espesas cejas se juntaron.

- ¿Y que tal va este nuevo robot? Será mejor que se porte bien o antes me condeno que dejarle tocar los mandos.

Powell hizo una pausa antes de contestar. Sus ojos recorrieron el cuerpo del orgulloso prusiano desde su cabello encrespado hasta los pies, reglamentariamente cuadrados ..., y un súbito resplandor de sincera alegría recorrió su cuerpo.

- El robot es muy bueno - dijo lentamente -. No creo que tengas que preocuparte mucho de los mandos.. -

Hizo una mueca y entró en la nave. Muller tenía que estar allí varias semanas...

TORMBA DE AGUA

Stephen Demerest contempló la trama del cielo. Mantuvo la mirada fija en él y el azul le pareció opaco y repugnante.

Incautamente, puso los ojos en el sol, pues nada vino a cubrirlo de manera automática, y luego apartó la mirada a toda prisa, presa de pánico. No había quedado ciego; sólo seguía viendo destellos. Incluso el sol era deslavazado.

Involuntariamente, recordó la plegaria de Ayax en la Ilíada de Homero. Están luchando sobre el cuerpo de Patroclo en medio de la niebla, y Ayax dice:

-Padre Zeus, salvad a los aqueos de esta bruma! ¡Despejad el cielo, permitidnos ver con nuestros ojos! ¡Matadnos a plena luz, si matamos os complace!»

-Matadnos a plena luz...-, pensó Demerest.

-Matadnos a plena luz en la Luna, donde el cielo es negro y suave, donde brillan resplandecientes las estrellas, donde la limpidez y pureza del vacío ponen de relieve el contorno de todas las cosas.

...No bajo este azul algodonoso y pesado.

Se estremeció. Un verdadero estremecimiento físico sacudió su cuerpo largo y delgado, y eso le molestó. Iba a morir. Estaba seguro de que así sería. Y, pensándolo bien, ello tampoco ocurriría bajo el azul, sino bajo el negro, pero un negro distinto.

Como respondiendo a ese pensamiento, se le acercó el piloto del transbordador, bajo, moreno, de cabellos rizados, y le dijo:

-¿Preparado para la oscuridad, señor Demerest?

Demerest asintió. Su figura se alzaba muy por encima del otro, igual como le ocurría con la mayoría de los hombres de la Tierra. Éstos eran gruesos, sin excepción, y andaban con soltura, con sus pasos cortos y bajos. Él en cambio tenía que vigilar cada

paso, guiarlos a través del aire; hasta el lazo impalpable que le mantenía pegado al suelo era compacto.

-Estoy preparado -dijo. Inspiró profundamente y con gesto deliberado repitió su anterior mirada al sol. Colgaba bajo el cielo matutino, el aire polvoriento lo empañaba, y tenía la seguridad de que no le cegaría. No creía poder volver a verlo jamás.

Era la primera vez que veía un batiscafo. A pesar de todo, tenía tendencia a imaginarlo en términos de prototipos, un globo ovoide con una cabina esférica debajo. Era como si hubiera insistido en imaginar los vuelos espaciales en términos de toneladas de combustible convertidas en fuego y escupidas hacia atrás y un módulo irregular tanteando el camino, como una araña, en dirección a la superficie de la Luna.

El batiscafo no se parecía en nada a la imagen de sus pensamientos. Tal vez bajo su envoltura siguiera ocultándose una bolsa flotante y una cabina, pero todo su aspecto era ahora de elaborada uniformidad.

-Me llamo Javan -dijo el piloto del transbordador-. Omar Javan.

-¿Javan?

-¿Le parece extraño este nombre? Soy iraní de origen; terrícola por convicción. Una vez allí abajo, no existen las nacionalidades. -Sonrió y su tez pareció aún más morena y en contraste con la uniforme blancura de sus dientes-. Si le parece bien, saldremos dentro de un minuto. Será mi único pasajero; supongo, pues, que debe de llevar peso.

-Sí -dijo secamente Demerest-. Al menos cincuenta kilos más de lo que estoy acostumbrado.

-¿Es de la Luna? Ya me había parecido que caminaba de una manera rara. No será demasiado incómodo, espero.

-No es exactamente cómodo, pero me las arreglo. Hacemos ejercicios para estos casos.

-En fin, suba a bordo. -Se hizo a un lado y dejó pasar a Demerest, que bajó por la pasarela-. Personalmente no quisiera ir a la Luna.

-Pero va a Profundidad del Océano.

-He hecho unos cincuenta viajes hasta el momento. Es otra cosa.

Demerest subió a bordo. La nave era estrecha, pero eso no le preocupó. Habría podido ser un módulo espacial, sólo que era más... bueno, más compacto. Otra vez esa palabra. Todo producía la clara impresión de que la masa no tenía importancia. La masa se sostenía en el aire; no era preciso levantarla.

Todavía estaban en la superficie. A través del grueso cristal transparente se divisaba el cielo azul, ahora verdoso.

-No es necesario que se sujete al asiento -dijo Javan-. No hay aceleración. Todo el movimiento es suave como el aceite. No tardaremos mucho; apenas una hora. No puede fumar.

-No fumo -dijo Demerest.

-Esperó que no sufra usted claustrofobia.

-Los habitantes de la Luna no tenemos claustrofobia.

-Todo ese espacio...

-No en nuestra caverna. Vivimos en... -intentó encontrar la expresión adecuada-, en un cráter lunar, a cien pies de profundidad.

-¡Cien pies! -El piloto parecía divertido, pero no sonrió-. Ya estamos bajando.

El interior de la cabina estaba organizado de forma angulosa, pero en uno que otro punto una sección de la pared situada detrás de los instrumentos revelaba su esfericidad fundamental. Javan accionaba los instrumentos como si fuesen una extensión de sus brazos; los ojos y las manos se movían ágilmente sobre ellos, casi con amor.

-Todo ha sido comprobado -dijo-, pero me gusta echarle un último repaso final; allí abajo sufriremos una presión de cien atmósferas.

Su dedo apretó un contacto y la puerta circular se cerró pesadamente hacia dentro y se aplastó oblicuamente contra el marco.

-Cuanto mayor la presión, con más fuerza se cerrará -dijo Javan-. Déle la última mirada a la luz del sol, señor Demerest.

La luz seguía brillando a través del grueso cristal de la ventana. Comenzaba a parpadear; el agua ya comenzaba a interponerse entre ellos y el sol.

-¿La última mirada? -dijo Demerest.

.Javan contuvo una risita.

-No la última mirada. Me refiero, mientras dure el viaje... Supongo que no había estado nunca en un batiscafo.

-No, no había estado. ¿Han estado muchos?

-Muy pocos -reconoció Javan-. Pero no se preocupe. Es sólo un globo subacuático. Hemos introducido un millón de mejoras desde que se construyó el primer batiscafo. Ahora se alimenta de energía nuclear y, dentro de ciertos límites, podemos desplazamos libremente, gracias al chorro de agua, pero una vez reducido a lo esencial, sigue siendo una cabina esférica bajo unos depósitos de flotación. Y un barco nodriza aún lo remolca hasta alta mar, pues la energía que transporta es demasiado preciosa para malgastarla en desplazamientos de superficie. ¿Preparado?

-Preparado.

El cable que les unía al buque nodriza se desprendió y el batiscafo se hundió un poco; luego más aún, a medida que el agua de mar iba llenando los depósitos de flotación. Se balanceó unos instantes, bajo el influjo de las corrientes de superficie, y luego, nada. El batiscafo fue hundiéndose lentamente, a través de un verde cada vez más intenso.

Javan se relajó.

-John Bergen es el jefe de Profundidad del Océano. ¿Va a visitarle a él? -preguntó.

-Así es.

-Es un buen tipo. Su esposa está allí con él.

-¿Sí?

-Oh, ya lo creo. Tienen mujeres ahí abajo. Son un buen grupo, cincuenta personas. Algunos permanecen allí durante seis meses.

Demerest recorrió con el dedo la estrecha juntura, casi invisible que marcaba el lugar donde la puerta se unía a la pared. Lo retiró y se lo miró.

-Se nota algo grasiento -dijo.

-Es silicona. Siempre sale un poco por efecto de la presión. Sirve para... No se preocupe. Todo es automático. Todo es a prueba de error. A la primera señal de mal funcionamiento, cualquiera que sea, nos desprenderemos de nuestro lastre y saldremos a flote.

-¿Quiere decir que nunca ha ocurrido nada con estos batiscafos?

-¿Qué puede ocurrir? -El piloto miró con extrañeza a su pasajero-. Una vez rebasada la profundidad donde pueden encontrarse ballenas espermáticas nada puede pasar.

-¿Ballenas espermáticas? -El fino rostro de Demerest se contrajo en un gesto de preocupación.

-Ya lo creo, se sumergen setecientos metros de profundidad. Si chocan contra un batiscafo... Bueno, las paredes de los depósitos de flotación no son particularmente resistentes. No tienen por qué serlo, ¿sabe? Están abiertas sobre el mar y cuando se comprime la gasolina, que hace de flotador, se llenan de agua de mar.

Todo estaba oscuro ya. Demerest se encontró mirando fijamente por el ojo de buey. El interior de la cabina estaba iluminado, pero esa ventana estaba oscura. Y no era la oscuridad del espacio; era una oscuridad espesa.

-Aclaremos bien las cosas, señor Javan -dijo vigorosamente Demerest-.Usted no está equipado para hacer frente al ataque de una ballena espermática. Seguramente tampoco estará equipado para hacer frente al ataque de un pulpo gigante. ¿Se han producido, de hecho, incidentes de este tipo?

-Pues, verá...

-Nada de bromas, por favor, y no me tome por un necio. Se lo pregunto por curiosidad profesional. Soy ingeniero-jefe de seguridad en Luna City y quiero saber qué precauciones puede tomar este batiscafo contra posibles colisiones con criaturas de gran tamaño.

Javan parecía incómodo.

-La verdad es que no ha habido incidentes -musitó.

-¿Se cree que podrían producirse? ¿Aunque la probabilidad sea remota?

-Todo es remotamente probable. Pero, en realidad, las ballenas espermáticas son demasiado inteligentes para ponerse a jugar con nosotros y los pulpos gigantes son demasiado asustadizos.

-¿Pueden vernos?

-Claro, naturalmente. El batiscafo está iluminado.

-¿Llevamos focos?

-Ya hemos pasado la zona de los grandes animales, pero sí, los tenemos, y voy a encenderlos para que los vea.

En el negro de la ventana de pronto apareció una tormenta de nieve, una tormenta de nieve en sentido inverso, con los copos cayendo hacia arriba. La negrura se había llenado de estrellas en alineación tridimensional y todas se desplazaban hacia arriba.

-¿Qué es eso? -dijo Demerest.

-Sólo porquería. Materia orgánica. Pequeñas criaturas. Flotan, se mueven poco y recogen la luz. Vamos bajando entre ellas. Por eso parece que suban.

Demerest fue adaptando su sentido de perspectiva y dijo:

-¿No estamos bajando demasiado aprisa?

-No, no es demasiado aprisa. Si así fuera, podría emplear los motores nucleares, suponiendo que quisiera desperdiciar energía; o podría arrojar un lastre. Más adelante así lo haré, pero de momento todo va de maravilla. Respire tranquilo, señor Demerest. La nieve se hará menos densa a medida que descendamos y no es probable que veamos gran cosa en lo tocante a formas espectaculares de vida. Hay pequeños rapes y cosas por el estilo, pero nos esquivarán.

-¿Cuántas personas suele transportar en un solo viaje? -preguntó Demerest.

-He llevado hasta cuatro pasajeros en esta cabina, pero entonces resulta un poco estrecha. Podemos acoplar dos batiscafos y transportar diez personas, pero es engorroso. En realidad, necesitaríamos convoyes de transbordadores, más pesados en cuanto a los «nuquis», o sea, los motores nucleares, y más ligeros en lo tocante a flotadores. Hay diseños de este tipo en proyecto, según me han dicho. Claro que hace años que vienen diciéndome lo mismo.

-Luego, ¿se prevé una gran expansión de Profundidad del Océano?

-Ya lo creo, ¿por qué no? Hemos construido ciudades en plataformas continentales, ¿por qué no en el fondo del océano? En mi opinión, señor Demerest, el hombre irá y debe ir dondequiera que pueda llegar. La Tierra nos ha sido dada para poblarla, y la poblaremos. Lo único que necesitamos para que el fondo del mar sea habitable son escafandras perfectamente manejables. Las cámaras de flotación nos frenan, nos hacen más vulnerables, y complican la técnica de construcción.

-Pero también les protegen, ¿no le parece? Si todo fallase de golpe, la gasolina que transportan aún les sacaría a flote. ¿Cómo se las arreglaría si le fallasen los motores nucleares y no contara con cámaras dé flotación?

-Si vamos a preocupamos por eso, le diré que es imposible pretender eliminar todas las probabilidades de que se produzca un accidente, aun tratándose de accidentes fatales.

-Lo sé perfectamente-dijo Demerest con sentimiento.

Javan se puso serio. Su voz cambió de tono.

-Lo siento. Lo he dicho sin la menor intención. Lamento lo de ese accidente.

-Ya -dijo Demerest. Quince hombres y cinco mujeres habían muerto. Uno de los individuos que figuraba en la lista de los «hombres» tenía catorce años. El accidente había sido atribuido finalmente a un fallo humano. ¿Qué podía decir a eso un ingeniero-jefe de seguridad?

- Sí-dijo.

Una mortaja se interpuso entre los dos hombres, una mortaja tan gruesa y abultada como el agua de mar comprimida del exterior. ¿Cómo prever el pánico y la distracción y la depresión, todo a la vez? Podían darse «lapsos lunáticos» -un nombre absurdo-, pero los hombres los sufrían en momentos poco oportunos. No siempre se advertía la proximidad de un «lapso lunático», pero éstos causaban sopor, y disminuían la capacidad de reacción de las personas.

¿Cuántas veces había caído un meteorito y había sido esquivado o se había conseguido frenarlo o se había podido absorber el golpe sin problemas? ¿Cuántas veces se habían producido perjudiciales temblores del suelo lunar y había sido posible controlarlos? ¿Cuántas veces se había recuperado un fallo humano y, había sido posible compensarlo? ¿Cuántas veces no habían ocurrido diversos accidentes?

Pero los accidentes que no llegan a ocurrir no cuentan. Se habían producido veinte muertes...

-¡Se ven las luces de Profundidad del Océano! -exclamó Javan. (¿Cuántos minutos más tarde?)

Al principio, Demerest no logró distinguirlas. No sabía hacia dónde debía mirar. En dos ocasiones anteriores, criaturas relucientes habían chispeado a lo lejos, a través de la ventana, para desaparecer luego con la luz de los focos, y Demerest las había tomado por las primeras señales de Profundidad del Océano. Ahora no veía nada.

-Ahí abajo -dijo Javan, sin indicar la dirección. Estaba atareado en ese momento, ocupado en frenar la caída y ajustar lateralmente el rumbo del batiscafo.

Demerest podía oír el lejano murmullo de los chorros de agua, impulsados a vapor, con el vapor que formaba el calor de momentáneos estallidos de energía atómica.

«Se alimentan de deuterio -pensó vagamente Demerest-, y están rodeados de él por todas partes. Su producto de desecho es el agua y les rodea por todas partes.»

Javan había arrojado también parte de su lastre e inició una especie de distante cháchara.

-Antes solían emplearse trocitos de acero como lastre y se dejaban caer por medio de controles electromagnéticos. En cada viaje se utilizaban cantidades de hasta cincuenta toneladas. Los conservacionistas comenzaron a preocuparse porque el fondo del océano se estaba llenando de acero en proceso de oxidación, conque lo sustituyeron por nódulos de metal incrustados en las rocas que se recogen desde la plataforma continental. Los recubrimos de una pequeña capa de hierro a fin de poder manipularlos electromagnéticamente y evitar que en el fondo del océano se deposite algo que no sea suboceánico para empezar. Además, también resulta más barato... Pero cuando tengamos batiscafos nucleares de verdad, no necesitaremos ningún tipo de lastre.

Demerest casi no le oía. Ahora se divisaba Profundidad del Océano. Javan había encendido sus faros, y bastante más abajo se extendía el fondo fangoso de la Fosa de

Puerto Rico. Allí se alzaba, como un montón de perlas igualmente fangosas, el conglomerado esférico de Profundidad del Océano.

Cada unidad era una esfera igual a aquella en la que Demerest se iba hundiendo ahora hasta tocar puerto, aunque mucho más grande, y a medida que Profundidad del Océano se hacía más, y más, y más grande, iban sumándose nuevas esferas.

«Están a menos de ocho kilómetros de sus casas, no a trescientos cincuenta mil», pensó Demerest.

-¿Cómo nos las arreglaremos para entrar? -preguntó Demerest.

El batiscafo había tocado puerto. Demerest había oído el ruido apagado del metal al chocar contra metal pero luego habían transcurrido varios minutos sin que se oyera nada más que una especie de rasguido ocasional mientras Javan permanecía inclinado sobre sus instrumentos sumido en una profunda concentración.

-Eso no debe preocuparle -dijo al fin Javan, respondiendo con retraso a su pregunta-. No hay ningún problema. Esta dilación se debe sólo a que he tenido que asegurarme de que el ajuste fuera perfecto. Una juntura electromagnética se adhiere a todos los puntos formando un círculo perfecto. Si la información de los instrumentos es correcta, ello indica que estamos situados justo sobre la puerta de entrada.

-¿Y entonces ésta se abre?

-Lo haría si al otro lado hubiera aire, pero no lo hay. Está lleno de agua de mar y primero es preciso sacarla. Luego entraremos.

Demerest no echó ese detalle en saco roto. Había acudido allí ese día, el último de su vida, para encontrarle un sentido a esa misma vida y estaba decidido a no perderse detalle.

-¿A qué obedece esa medida adicional? -preguntó-. ¿Por qué no mantener la cámara de aire, suponiendo que sea eso, como tal, y tenerla siempre llena de aire?

-Tengo entendido que es por razones de seguridad -dijo Javan-. Ésa es su especialidad. El tabique intermedio recibe siempre la misma presión por ambos lados, excepto cuando lo está cruzando alguien. Esta puerta es el punto más débil de todo el sistema, puesto que se abre y se cierra; tiene junturas; tiene rebordes. ¿Sabe a qué me refiero?

-Lo sé -murmuró Demerest. Ahí había un punto flaco, lo cual significaba un posible resquicio por el cual... pero lo mejor sería aguardar.

-¿A qué esperamos ahora? -dijo.

-Están vaciando la cámara, expulsando fuera el agua.

-A base de aire.

-Cielos, no. No pueden permitirse desperdiciar el aire de esta forma. Se necesitarían mil atmósferas para vaciar el agua que contiene esa cámara y la cantidad de aire necesario para llenarla a esa densidad, aunque sea momentáneamente, es más de lo que pueden permitirse utilizar. El agua se desplaza con vapor.

-Claro. Naturalmente.

-Se calienta el agua -dijo alegremente Javan-. Toda la presión del mundo es incapaz de impedir que el agua se convierta en vapor cuando alcanza una temperatura superior a los 374 °C. Y el vapor expulsa el agua a través de una válvula unidireccional.

-Otro punto débil -dijo Demerest.

-Supongo que sí. Pero de momento nunca ha fallado. Ahora están expulsando el agua de la cámara. Cuando comienza a borbotear el vapor por la válvula, se interrumpe automáticamente el proceso y la cámara queda llena de vapor sobrecalentado.

-¿Y después?

-Y después disponemos de todo un océano para enfriarlo. Disminuye la temperatura y el vapor se condensa. Una vez llegados a este punto, se puede empezar a llenar de aire corriente a una presión de una atmósfera y entonces se abre la puerta.

-¿Cuánto rato tendremos que esperar?

-No mucho. Si fallara cualquier cosa, se oirían sonar las sirenas. Al menos, eso dicen. Nunca he oído una en acción.

Siguieron unos minutos de silencio y luego, de pronto, se oyó un agudo estallido acompañado de una sacudida simultanea.

-Lo siento -dijo Javan-, debí habérselo advertido. Estoy tan acostumbrado que se me ha olvidado. Cuando se abre la puerta, una presión de mil atmósferas en el otro extremo nos empuja con fuerza contra la superficie metálica de Profundidad del Océano. No existe una fuerza electromagnética capaz de retenernos con el vigor suficiente para impedir este último choque de una centésima de pulgada.

Demerest aflojó la mano que tenía cerrada y exhaló un suspiro.

-¿Todo en orden? -dijo.

-No se han agrietado las paredes, si se refiere a eso. Aunque, desde luego, suena como el fin del mundo, ¿verdad? El ruido aún es peor cuando tengo que marcharme y vuelve a llenarse la cámara de aire. Prepárese.

Pero, de pronto, Demerest había empezado a cansarse de esa situación. «Acabemos de una vez -se dijo-. No quiero alargarlo más».

-¿Vamos a entrar ahora? -preguntó.

-Ahora entraremos.

La abertura en la pared del batiscafo era pequeña y circular; más reducida aún que aquella por la cual habían entrado antes. Javan la cruzó sinuosamente, murmurando que siempre le hacía sentirse como el corcho de una botella.

Demerest no había sonreído desde su entrada en el batiscafo. Y tampoco podía decirse que realmente sonriera en ese momento, pero torció una comisura de la boca pensando que un flacucho habitante de la Luna no tendría problemas para pasar por allí.

Atravesó la abertura a su vez y notó que las manos de Javan le agarraban firmemente por la cintura, para ayudarle a pasar.

-Aquí no hay luz -dijo Javan-. No tendría sentido introducir otro punto vulnerable tendiendo cables para la iluminación. Pero para eso se inventaron las linternas.

Demerest se encontró en un pasillo perforado, cuya superficie de metal inoxidable relucía con un brillo apagado. Y a través de las perforaciones logró distinguir la superficie temblorosa del agua.

-La cámara no está vacía -dijo.

-No puede conseguirse nada mejor, señor Demerest. Si se vacía la cámara a base de vapor, luego queda ese vapor, y para obtener la presión necesaria para vaciarla ese vapor debe quedar comprimido hasta aproximadamente un tercio de la densidad del agua líquida. Cuando se condensa, una tercera parte de la cámara queda llena de agua, pero tiene una presión de una atmósfera solamente... Vamos, señor Demerest.

El rostro de John Bergen no era totalmente desconocido para Demerest. En el acto lo reconoció. Como director de Profundidad del Océano desde hacía diez años, Bergen era una cara habitual en las pantallas de televisión de la Tierra, tan habitual como las de los dirigentes de Luna City.

Demerest había visto la imagen del director de Profundidad del Océano en dos y también en tres dimensiones, en blanco y negro y en color. El hecho de verle ahora en persona no varió mucho su impresión.

Al igual que Javan, Bergen era bajo y de figura gruesa; con una estructura opuesta a la pauta fisiológica tradicional (¿ya tradicional?) en la Luna. Era bastante más rubio

que Javan y tenía las facciones visiblemente asimétricas, con la nariz un poco gruesa ligeramente torcida hacia la derecha.

No era bien parecido. Ningún habitante de la Luna le habría considerado apuesto, pero entonces Bergen sonrió y el gesto con que le alargó la gran manaza tenía algo risueño también.

Demerest depositó su propia mano delgada en el hueco de la que le tendían y se dispuso a recibir un fuerte apretón, pero éste no llegó. Bergen estrechó ligeramente la mano y la soltó.

-Me alegra que haya venido -dijo-. No disponemos de grandes lujos, nada que pueda hacer notoria nuestra hospitalidad, ni siquiera podemos declarar un día de fiesta en su honor, pero el espíritu está ahí. ¡Bienvenido!

-Gracias -dijo suavemente Demerest. Y continuó sin sonreír, aun después de eso. Estaba ante un enemigo y lo sabía. Seguro que Bergen también debía de saberlo y, en ese caso, esa sonrisa que esbozaba resultaba hipócrita.

Y en ese momento se oyó un choque ensordecedor de metal contra metal y la cámara se estremeció. Demerest brincó hacia atrás y se apoyó vacilante contra la pared.

Bergen no se inmutó.

-Ha sido el batiscafo al despegar -dijo con voz calmada- y el golpe del agua que comienza a llenar la cámara de aire. Javan debió de advertírselo.

Demerest, jadeante, intentaba calmar los latidos de su agitado corazón.

-Javan me lo había advertido -dijo-. Pero aun así me ha cogido por sorpresa.

-Bueno, no volverá a repetirse por algún tiempo -dijo Bergen-. No recibimos demasiadas visitas, sabe. No estamos equipados para ello, conque nos quitamos de encima a todos esos tipos importantes que creen que un viajecito hasta aquí abajo podría beneficiarles en sus carreras. Toda clase de políticos, principalmente. Claro que su caso particular es distinto.

Demerest se preguntó si era realmente distinto. Le había costado bastante conseguir el permiso para desplazarse ahí abajo. Sus superiores en Luna City no aprobaban el viaje, para empezar, y habían descartado desdeñosamente la idea de que un intercambio diplomático pudiera ser de alguna utilidad. («Intercambio diplomático», así lo habían llamado.) Y después de vencer su resistencia, había tenido que hacer frente a la reticencia de Profundidad del Océano.

Su presente visita sólo había sido posible a fuerza de pura y simple persistencia. ¿En qué sentido era distinto, pues, el caso particular de Demerest?

-Supongo que en Luna City también tendrán sus problemas de relaciones públicas -comentó Bergen.

-Muy pocos -dijo Demerest-. La idea de un viaje de setecientos mil kilómetros, ida y vuelta, no suele entusiasmar. a sus políticos como cuando se trata de hacer una excursión de quince kilómetros.

-No me extraña -convino Bergen- y es más caro desplazarse hasta la Luna, naturalmente... En cierto modo, éste es el primer encuentro del espacio interior y el espacio exterior. Que yo sepa, ningún hombre de los Océanos ha visitado jamás la Luna, y usted es el primer habitante de la Luna que visita cualquier tipo de base submarina. Ningún habitante de la Luna ha visitado ni tan sólo algunos de los centros de población de plataforma continental.

-Luego se trata de un encuentro histórico -dijo Demerest, y procuró que el sarcasmo no se trasluciera en su voz.

Si algo llegó a filtrarse, Bergen no dio señales de haberlo percibido. Se arremangó como para remarcar su actitud informal (¿o el hecho de que estaban muy atareados y, por tanto, no dispondría de mucho tiempo para visitas?) y dijo:

-¿Quiere café? Supongo que habrá comido. ¿Prefiere descansar un poco antes de que le muestre el lugar? Por cierto, ¿quiere lavarse las manos, como se dice eufemísticamente?

Por un instante, Demerest sintió un aguijonazo de curiosidad; aunque no una curiosidad totalmente sin objeto. Todas las cuestiones relativas a los contactos de Profundidad del Océano con el mundo exterior podían ser importantes.

-¿Cómo tienen resuelto el problema de los servicios sanitarios? -preguntó.

-Reciclamos la mayor parte; lo mismo deben de hacer en la Luna, supongo. Podemos arrojar los desechos si queremos o si es imprescindible. El hombre tiene mala fama por lo que a ensuciar el medio ambiente se refiere, pero que ya somos la. única estación submarina, nuestros desechos no pueden causar ningún daño perceptible. Sólo añaden algo de materia orgánica -concluyó, riéndose.

Demerest también archivó ese dato. Arrojaban los desechos; luego debía de haber tubos de desecho. Su funcionamiento podría ser de interés y, en su condición de ingeniero especializado en seguridad, tenía derecho a mostrarse interesado.

-No -dijo-. No necesito nada por el momento. Si usted está ocupado...

-No hay problema. Siempre tenemos trabajo, pero yo soy el menos ocupado de todos, usted ya me entiende. Creo que lo mejor será que le enseñe el lugar. Contamos con más de cincuenta unidades, cada una del tamaño de ésta donde nos encontramos ahora; algunas son aún más grandes...

Demerest miró a su alrededor. También allí, al igual que en el batiscafo, se veían ángulos por todos lados, pero detrás de los muebles y los aparatos se adivinaban rastros de la inevitable pared exterior esférica. ¡Cincuenta unidades como ésa!

-Las hemos ido construyendo gracias a los esfuerzos de más de una generación -siguió diciendo Bergen-. La unidad dónde ahora nos encontramos es, de hecho, la más antigua y se ha considerado la posibilidad de desmontarla y sustituirla por otra. Algunos de los hombres opinan que ya estamos en condiciones de construir una segunda generación de módulos, pero yo tengo mis dudas. Representaría un gran gasto, pues todo es caro aquí abajo, y sacarle dinero al Consejo del Proyecto Planetario resulta siempre una experiencia deprimente.

Demerest notó que le palpitaban, involuntariamente, las alas de la nariz, y un espasmo de ira recorrió su cuerpo. Era un golpe bajo, sin duda. Bergen tenía que conocer perfectamente las miserables experiencias de Luna City con el CPP.

Pero Bergen siguió hablando, indiferente.

-Además, soy tradicionalista; un poco al menos. Éste es, el primer módulo submarino de gran profundidad que se construyó. Las dos primeras personas que pasaron una noche en el fondo de una fosa oceánica durmieron aquí; no tenían más que esta esfera desnuda y un miserable equipo portátil de fusión para accionar el escotillón de emergencia. Me refiero a la cámara de aire, pero al principio la denominamos escotillón de salida... y apenas los controles necesarios para ese fin. Reguera y Tremont, así se llamaban esos hombres. Y nunca llegaron, a hacer un segundo viaje al fondo; después de eso permanecieron siempre en la cara exterior. En fin, cumplieron su cometido y los dos han muerto ya. Y aquí nos tiene con cincuenta personas y períodos de seis meses de servicio como norma habitual. Sólo he pasado dos semanas en la cara exterior en los últimos dieciocho meses.

Hizo un gesto vigoroso para indicar a Demerest que le siguiera, abrió una puerta corredera que se deslizó suavemente en una hendedura y le hizo pasar al módulo siguiente. Demerest se detuvo a examinar la abertura. No logró detectar ninguna juntura entre los módulos adyacentes.

Bergen advirtió que el otro se había detenido y dijo:

-Cuando añadimos nuevos módulos, los soldamos a presión hasta obtener el equivalente de una sola pieza de metal y luego los reforzamos. Sin duda comprenderá que no podemos correr riesgos; tengo entendido que es ingeniero-jefe de seguridad...

Demerest le cortó en seco.

-Sí -dijo-. En la Luna admiramos su historial en materia de seguridad.

Bergen se encogió de hombros.

-Hemos tenido suerte. Por cierto que sentimos ese desgraciado percance que sufrieron. Me refiero a ese metal...

Demerest le interrumpió otra vez.

-Sí.

O bien Bergen era un hombre voluble por naturaleza, decidió el habitante de la Luna, o bien tenía unos enormes deseos de ahogarle en palabras y deshacerse pronto de él.

-Los módulos -dijo Bergen- están distribuidos en una cadena muy ramificada... tridimensional, en realidad. Tenemos un mapa que puedo mostrarle, si le interesa. La mayor parte de los módulos situados en los extremos son dependencias destinadas a dormitorio-sala de estar. Para tener cierta intimidad, ¿comprende? Los módulos donde se trabaja suelen servir al mismo tiempo de pasillos, lo cual representa una de las molestias de tener que vivir aquí abajo.

»Ésta es nuestra biblioteca; bueno, al menos parte de ella. No es grande, pero incluye también nuestros archivos, en microfilms cuidadosamente clasificados y computados, conque no sólo es la más grande del mundo en su categoría, sino también la mejor y la única existente en su género. Y tenemos una computadora especialmente diseñada para manipular las referencias, de forma que cubran exactamente nuestras necesidades. Archiva, selecciona, coordina, valora, y luego nos ofrece lo esencial.

»Además, tenemos otra biblioteca, películas de libros e incluso algunos volúmenes impresos. Pero ésos son para los ratos de ocio.

Una voz interrumpió la cordial cháchara de Bergen.

-¿John? ¿Puedo interrumpirte?

Demerest se sobresaltó; la voz había sonado a sus espaldas.

-¡Annette! -exclamó Bergen-. Ahora iba a llamarte. Te presentó a Stephen Demerest de Luna City. Señor Demerest, ¿permite que le presente a mi esposa Annette?

Demerest. se había vuelto a mirarla.

-Encantado de conocerla, señora Bergen -dijo en tono envarado y algo mecánico. Pero tenía los ojos fijos en su talle.

Annette Bergen aparentaba poco más de treinta años. Llevaba los cabellos castaños peinados con sencillez y no lucía maquillaje. Era atractiva, aunque no hermosa, observó Demerest distraído. Pero no lograba apartar los ojos de ese talle.

Ella se encogió ligeramente de hombros.

-Sí, estoy encinta, señor Demerest. Me faltan unos dos meses para salir de cuenta.

-Usted perdone -murmuró Demerest-. Esta falta de delicadeza... no era mi intención... -Sus palabras se perdieron en un murmullo y se quedó como si el golpe recibido hubiera sido físico. No había esperado encontrar mujeres, aunque no sabía por qué. Sabía que tendría que haber mujeres en Profundidad del Océano. Y el piloto del transbordador le había dicho que Bergen estaba con su esposa.

-¿Cuántas mujeres hay en Profundidad del Océano, señor Bergen? -preguntó tartamudeando.

-Actualmente, nueve -dijo Bergen-. Todas son esposas. Esperamos que llegue un momento en que podamos contar con una relación normal de uno a uno, pero aún tenemos que dar prioridad a los trabajadores e investigadores, y a menos que las mujeres posean algún tipo de cualificaciones: destacadas...

-Todas tienen algún tipo de cualificaciones destacadas, querido -dijo la señora Bergen-. Los hombres podrían prestar períodos de servicio más largos si...

-Mi mujer es una feminista convencida -dijo Bergen riendo-, pero no por eso deja de recurrir al subterfugio del sexo para imponer, la igualdad. No me canso de decirle que ese proceder es femenino, no feminista, y ella siempre me remite... Bueno, ésa es la razón de que esté encinta. ¿Usted diría que es amor, sexomanía, instintos maternales? Nada de eso. Va a tener un bebé aquí abajo para marcarse un tanto filosófico.

-¿Por qué no? -dijo fríamente Annette-. O esto llega ser un hogar para la humanidad o simplemente no será. Y si lo es, entonces tendremos hijos aquí, eso es todo. Quiero que mi hijo nazca en Profundidad del Océano. ¿Hay niños nacidos en Luna City, verdad Señor Demerest?

Demerest respiró hondo.

-Yo nací en Luna City, señora Bergen.

-Y ella, desde luego, ya lo sabía -musitó Bergen.

-Y creo que ya va rondando los treinta, ¿no? -dijo ella.

-Tengo veintinueve años -respondió Demerest.

-Y también sabía eso, desde luego -dijo Bergen con una risita cortada-. Puede apostar a que consultó todos los datos posibles sobre su persona en cuanto tuvo noticia de su visita.

-Eso no viene al caso ahora -dijo Annette-. Lo importante es que desde hace veintinueve años por lo menos están naciendo niños en Luna City, y en Profundidad del Océano no ha nacido ninguno todavía.

-Luna City lleva más tiempo de existencia, cariño -dijo Bergen-. ¿Tiene más de medio siglo, y nosotros aún no hemos cumplido veinte anos.

-Veinte años es un periodo suficiente. La gestación de un bebé dura nueve meses.

-¿Hay niños en Profundidad del Océano? -intervino Demerest.

-No -dijo Bergen-. No. Pero algún día los habrá.

-Dentro de dos meses, desde luego -dijo Annette Bergen sin vacilación.

La tensión se iba acumulando en Demerest. Le alegró poder sentarse y aceptó complacido una taza de café cuando regresaron al módulo donde le había recibido Bergen al llegar.

-No tardaremos en comer -dijo Bergen, yendo al grano-. Espero que no le importará sentarse aquí un rato mientras esperamos. Este primer módulo no se usa para gran cosa, excepto para la recepción de naves, como es lógico, un acontecimiento que no creo que nos interrumpa durante cierto. Podemos hablar, si quiere.

-Eso quiero -dijo-Demerest.

-Supongo que no les molestará mi presencia -dijo Annette.

Demerest la miró dubitativo, pero Bergen le dijo:

-Tendrá que acceder. Siente fascinación por usted y por todos los habitantes de la Luna en general. Cree que son..., bueno..., cree que son una nueva raza, y tengo la impresión de que cuando se harte de ser una mujer de las profundidades querrá ser habitante de la Luna.

-Sólo quisiera aprovechar la oportunidad para hacer una pequeña observación, John, y cuando la haya hecho me gustará oír la opinión del señor Demerest. ¿Qué opina de nosotros, señor Demerest?

-Solicité venir aquí, señora Bergen -dijo cautelosamente Demerest-, porque soy ingeniero especializado en cuestiones de seguridad. Profundidad del Océano posee un historial envidiable en esta materia...

-Ni un solo accidente en casi veinte años -dijo Bergen con entusiasmo-. Sólo una muerte por accidente en las poblaciones de la plataforma continental, y ninguno en los traslados, ya sea por submarino o en batiscafo. Sin embargo, me gustaría poder afirmar

Librodot

que ello es gracias a nuestra prudencia o nuestra cautela. Hacemos lo que podemos, desde luego pero hemos tenido suerte...

-John -le interrumpió Annette-, me gustaría tanto que dejaras hablar al señor Demerest.

-Como ingeniero especializado en seguridad -dijo Demerest-, no puedo permitirme el lujo de confiar en la suerte. En Luna City no podemos parar los temblores de tierra ni detener los grandes metéoritos pero nuestro diseño está pensado para minimizar inclusos los efectos de estos incidentes. Los fallos humanos no tienen excusa, o no debieran de tenerla. En Luna City no hemos conseguido evitarlos; nuestro historial reciente ha sido -bajó la voz- malo. Aunque todos sabemos que los seres humanos son imperfectos, las máquinas deberían estar diseñadas teniendo, en cuenta esa imperfección. Perdimos veinte hombres y mujeres...

-Lo sé. Pero Luna City tiene una población de casi un millar de personas, ¿no? Su supervivencia no está en peligro.

-La población de Luna City suma novecientos setenta y dos habitantes, incluido yo mismo, pero nuestra supervivencia está en peligro. Dependemos de la Tierra para nuestros suministros esenciales. Y no tiene por qué ser así; ya no sería así si el Consejo del Proyecto Planetario fuera capaz de resistir a la tentación de crear economías dependientes...

-En eso, al menos, somos del mismo parecer, señor Demerest -dijo Bergen-. Nosotros tampoco somos autosufcientes, y podríamos serlo. Más aún, no podremos desarrollarnos mucho más allá de nuestro presente nivel si no se construyen batiscafos nucleares. Mientras sigamos funcionando en base a ese principio de flotación, nuestras posibilidades serán siempre limitadas. El transporte entre Profundidad y la cara exterior es lento; es lento para los hombres y más aún cuando se trata de material y suministros. Señor Demerest, he estado insistiendo para que se nos conceda...

-Sí, y ahora lo tendrán, señor Bergen, ¿verdad?

-Eso espero; pero, ¿por qué está tan seguro?

-No nos engañemos, señor Bergen. Usted sabe perfectamente que la Tierra está obligada a dedicar una cantidad determinada de dinero a proyectos de expansión, a programas destinados a ampliar el hábitat humano, y esa cantidad no es excesivamente grande. La población de la Tierra no va a prodigar recursos en un esfuerzo de expender el espacio exterior o interior si considera que ello redundará en perjuicio de la comodidad y confort de su hábitat fundamental, la superficie terrestre del planeta.

Annette intervino en la conversación.

-Lo dice como si fuese una crueldad por parte de los habitantes de la Tierra, señor Demerest, y eso no es justo. ¿No le parece que simplemente es humano desear estar seguro? La Tierra está superpoblada y sólo va recuperándose lentamente del desastre que causó en el planeta el Alocado Siglo Veinte. Es evidente que lo primero debe ser el hogar ancestral del hombre, con prioridad frente a Luna City o Profundidad del Océano. Cielos, Profundidad del Océano es casi un hogar para mí, pero no puedo desear su crecimiento a expensas de la superficie terrestre del planeta.

-No se trata de una disyuntiva, señora Bergen -dijo Demerest muy serio-. Una explotación, firme, honrada e inteligente del océano y el espacio exterior sólo puede redundar en provecho de la Tierra. Una pequeña inversión se perderá, pero una gran inversión se amortizará con los beneficios obtenidos.

Bergen levantó la mano.

-Sí, lo sé. No tiene que convencerme de eso. Está intentando convertir al converso. Vamos a comer. Voy a decirle una cosa. Comeremos aquí. Si acepta pasar la noche aquí, o incluso varios días si lo prefiere, por nosotros, encantados; ya tendrá ocasión de conocer a todo el mundo. Pero tal vez prefiera tomárselo con calma para empezar.

-Eso desde luego -dijo Demerest-. En realidad, me gustaría quedarme aquí... Por cierto, quisiera preguntarle por qué he visto tan pocas personas en los módulos.

-No es ningún secreto -dijo cordialmente Bergen-. En cualquier momento del día, quince de nuestros hombres se encuentran durmiendo y alrededor de otros quince están viendo películas o jugando al ajedrez o, si tienen con ellos a sus esposas...

-Sí, John-dijo Annette.

-...Y no solemos molestarlos. El espacio es limitado y los hombres aprecian, toda la intimidad, que pueden conseguir. Unos cuantos están en el mar; ahora mismo creo que son trés. Nos quedan, pues, alrededor de una docena que están trabajando aquí y ya, los ha visto.

-Voy a servir la comida -dijo Annette y se levantó.

Sonrió y cruzó el umbral de la puerta, que se cerraba automáticamente a sus espaldas.

Bergen la siguió con la mirada.

-Es una concesión. Está haciendo el papel de mujercita en su honor. Por lo general, tanto podría haber sido yo como ella quien se ocupara de servir el almuerzo. La opción no está determinada por el sexo, sino por el humor del momento.

-Las puertas que comunican los módulos -dijo Demerest- parecen tener una resistencia peligrosamente limitada, diría yo.

-¿En serio?

-Si ocurriera un accidente, y se perforara un módulo...

-Aquí abajo no hay meteoritos -dijo Bergen sonriendo.

-Oh, claro, no es la palabra adecuada. Si se produjera algún tipo de filtración, por cualquier motivo, ¿podrían sellar un módulo o un grupo de módulos frente a toda la presión del océano?

-Quiere decir del mismo modo como Luna City puede sellar automáticamente las unidades que la integran en caso de perforación por un meteorito y así limitar los daños a una sola unidad.

-Sí -dijo Demerest con un dejo de amargura-. Justo lo que no ocurrió recientemente.

-En teoría podríamos hacerlo, pero las probabilidades de que se produzca un accidente son mucho menores aquí abajo. Como ya he dicho, no hay meteoritos y, lo que es más, tampoco hay, prácticamente, ningún tipo de corrientes. Incluso un terremoto con epicentro justo debajo de nuestros pies no causaría mayores daños, pues no tenemos ningún punto de contacto fijo o sólido con el fondo y el mismo océano se encarga de amortiguar los golpes. De modo que podemos permitirnos operar con el supuesto de que no se producirá una entrada masiva de agua.

-Pero, ¿y si se produjera?

-Entonces, nada podríamos hacer. Verá, no es tan sencillo sellar los módulos aquí. En la Luna tienen una diferencia de presión de sólo una atmósfera; una atmósfera en el interior y las cero atmósferas del vacío en el exterior. Basta con una pared muy delgada. Aquí, en Profundidad del Océano, la diferencia de presión es de unas mil atmósferas. Garantizar una seguridad absoluta frente a esa diferencia de presión supondría un gran gasto de dinero y usted mismo ya ha dicho que cuesta sacarle dinero al CPP. Conque confiamos en la suerte, y hasta el momento nos ha sido favorable.

-Y a nosotros no -dijo Demerest.

Bergen parecía incómodo, pero Annette llegó en ese preciso momento con el almuerzo, y su aparición distrajo la atención de los dos.

-Confio que no le importe comer parcamente, señor Demerest -dijo-. En Profundidad del Océano sólo tenemos alimentos precocinados, que únicamente se tienen que calentar. Nuestra especialidad son los platos insulsos y sin sorpresas, y la no-sorpresa del día es un insulso pollo á la king, con zanahorias, patatas hervidas, un trozo

de algo que parece bizcocho de chocolate, de postre y, naturalmente, tanto café como le apetezca.

Demerest se levantó para coger su bandeja e intentó sonreír.

-Suena bastante similar a la comida de la Luna, señora Bergen, y he sido criado a base de ella. Cultivamos nuestros propios alimentos microorganísmicos. Comerlos es un acto de patriotismo, pero no resulta particularmente placentero. Aunque tenemos la esperanza de seguir perfeccionándolos.

-Estoy segura de que los mejorarán.

Mientras comía, masticando cada bocado lenta y metódicamente, Demerest dijo:

-Detesto llevar la conversación a mi especialidad, pero ¿hasta qué punto es segura contra posibles accidentes su cámara de aire de entrada?

-Ése es el punto más débil de Profundidad del Océano -dijo Bergen. Había terminado de comer, mucho antes que los otros dos, y ya iba por la mitad de su primera taza de café-. Pero es preciso contar con una pared intermedia, ¿verdad? La entrada es todo lo automática que hemos podido lograr, y a prueba de error al máximo. En primer lugar: es preciso que se haya establecido contacto en todos los puntos de la compuerta exterior antes de que el generador de fusión comience a calentar el agua que llena la cámara. Más aún, el contacto tiene que ser metálico y de un metal exactamente de la misma permeabilidad magnética que el que empleamos en nuestros batiscafos. Cabe la posibilidad de que una roca o algún mítico monstruo de las profundidades submarinas cayera sobre nosotros y estableciera contacto justo en los puntos adecuados; pero, aun así, nada ocurriría.

»Por otra parte, además la puerta exterior, no se abre hasta que el vapor ha expulsado el agua y luego se ha condensado; en otras palabras hasta que la presión y la temperatura no han descendido por debajo de cierto punto. En el momento en que la puerta exterior comienza a abrirse, un incremento relativamente escaso de la presión interna, en caso de que entrara agua, por ejemplo, la haría cerrarse de nuevo.

-Pero despues, una vez que los hombres han cruzado la cámara se cierra la puerta interior a sus españdas y deben dejar entrar otra vez el agua en la cámara -dijo Demerest-. ¿Pueden hacerlo gradualmente con toda la presión exterior del océano en contra?

-No demasiado lentamente. -Bergen sonrió-. No compensa oponer demasiada resistencia al océano. Es preciso doblegarse bajo el golpe. Lo amortiguamos hasta aproximadamente un décimo del libre flujo, pero incluso así es como un escopetazo e incluso más fuerte, como un trueno, o una tromba de agua, si prefiere. Sin embargo, la puerta interior puede resistirlo y no debe sufrir ese impacto con demasiada frecuencia. Pero, un momento, usted oyó el estallido de la tromba de agua cuando acabábamos de conocernos, cuando el batiscafo de Javan volvió a zarpar. ¿Recuerda?

-Lo recuerdo -dijo Demerest-. Pero hay un detalle que no logro comprender. Mantienen la cámara constantemente llena de agua del océano a alta presión a fin de evitar la presión sobre la puerta exterior. Pero ello hace recaer todo el impacto sobre la puerta interior. La presión tiene que hacerse sentir en algún lugar.

-Desde luego, así es. Pero si cediera la puerta exterior, con un diferencial de mil atmósferas entre una y otra cara, todo el océano, con sus millones de kilómetros cúbicos de agua intentaría colarse dentro y ese sería el fin de todo. Si la que sufre la presión es la puerta interior y ésta cede, la situación será bastante mala, pero toda el agua que entrará en Profundidad del Océano será la limitada cantidad que llena la cámara, y su presión disminuirá en el acto. Ello nos permitirá disponer del tiempo suficiente para las reparaciones, pues la puerta exterior resistirá sin duda un buen rato.

-Pero si ambas ceden al mismo tiempo...

-Entonces no tendremos salvación. -Bergen se encogió de hombros-. No creo necesario decirle que la certeza absoluta y la seguridad absoluta no existen. Es preciso

vivir con algún riesgo, y las probabilidades de un fallo doble o simultáneo son tan microscópicamente reducidas que la situación resulta fácilmente soportable.

-Si fallan todos sus mecanismos de seguridad...

-Son a prueba de cualquier fallo -dijo obcecadamente Bergen.

Demerest asintió. Había terminado de comer el pollo. La señora Bergen ya estaba empezando a recoger la mesa.

-Espero que sabrá perdonar mis preguntas, señor Bergen.

-Puede preguntar tanto como desee. La verdad es que no estaba informado del contenido exacto de la misión que le traía aquí. «Investigación sobre el terreno» es una expresión muy vaga. Aunque supongo que el reciente desastre habrá causado gran desazón en la Luna, y como ingeniero de seguridad considera justificadamente que su responsabilidad es corregir cualquier posible deficiencia, y le interesaría aprender algo, si es posible, del sistema que empleamos en Profundidad del Océano.

-Exactamente. Pero, fíjese bien, si todos sus mecanismos automáticos fallasen sobre seguro por algún motivo, cualquier motivo, saldrían con vida, pero todos sus mecanismos de salida de emergencia quedarían permanentemente sellados. Quedarían atrapados dentro de Profundidad del Océano y sólo habrían cambiado una muerte rápida por otra más lenta.

-Es poco probable que eso suceda, pero en ese caso confiaríamos poder reparar los fallos antes de que se agotara nuestra reserva de aire. Además, tenemos un sistema manual de emergencia.

-¿Ah, sí?

-Naturalmente. Cuando se fundó Profundidad del Océano, y este módulo que ocupamos ahora era el único existente, sólo poseíamos controles manuales. Eso sí que era poco seguro, diría yo. Ahí los tiene, justo a sus espaldas, cubiertos con plástico astillable.

-En caso de emergencia, rompa el cristal -murmuró Demerest, mientras inspeccionaba las instalaciones cubiertas.

-¿Perdón, decía?

-Sólo una frase de uso común en los antiguos sistemas contra incendios... Bueno, ¿funcionan todavía esos controles manuales, o acaso lleva ese sistema veinte años cubierto por su plástico astillable y se ha deteriorado por completo hasta hacerse completamente inservible sin que nadie lo advirtiera?

-En absoluto. Lo probamos periódicamente, como hacemos con todo nuestro equipo. No me encargo personalmente de ello, pero sé que así se hace. Si cualquier circuito eléctrico o electrónico no funciona con normalidad, comienzan a encenderse lucecitas, suenan alarmas, ocurren todo tipo de cosas excepto una explosión nuclear... ¿Sabe una cosa, señor Demerest? Sentimos tanta curiosidad por Luna City como usted por Profundidad del Océano. Supongo que no le importará invitar a uno de nuestros jóvenes...

-¿Y por qué no una joven? -intervino Annette en el acto.

-No dudo que te refieres a ti misma, cariño -dijo Bergen-, a lo cual sólo puedo replicar que estás decidida a tener un hijo aquí y a criarlo aquí durante cierto tiempo después de su nacimiento, y eso te descarta sin remedio como posible candidata.

-Confiamos que enviarán algún hombre a Luna City - dijo Demerest envarado-. Estamos deseosos de hacerles comprender nuestros problemas.

-Sí, ün mutuo intercambio de problemas y de lamentaciones sería posiblemente un gran consuelo para todos. Por ejemplo, ustedes en Luna City disfrutan de una ventaja que nos gustaría poder tener aquí. Con su pequeña gravedad y reducida diferencia de presión, pueden dar a sus cavernas cualquier forma irregular o angulosa que les sugiera su sentido estético o sea necesaria por razones de comodidad. Aquí abajo estamos

limitados a la esfera, al menos en el futuro previsible, y nuestros diseñadores llegan a adquirir una fobia increíble hacia todo lo esférico. La verdad es que la cosa no tiene gracia. Quedan deshechos. Al fin acaban dimitiendo antes que seguir trabajando esféricamente.

Bergen meneó la cabeza y se echó hacia atrás en su silla, apoyando el respaldo contra un armario de microfilms.

-¿Sabe una cosa? -continuó-, cuando William Beebe construyó la primera cámara submarina de la historia, en la década de mil novecientos treinta, ésta no era más que una cabina suspendida del buque nodriza a través de media milla de cable, sin cámaras de flotación ni motores, y si el cable se hubiera roto, buenas noches, sólo que eso nunca ocürrió... Pero, ¿qué estaba diciendo? Oh, cuando Beebe construyó su primera cámara submarina, su intención era hacerla cilíndrica; para que un hombre pudiera acomodarse en ella, ¿comprende? A fin de cuentas, un hombre es básicamente un cilindro largo y delgado. Pero, un amigo le convenció de que no lo hiciera y de que utilizara una esfera, por la sensata razón de que una esfera resistiría mejor a la presión que cualquier otra forma posible. ¿Sabe quién fue ese amigo?

-No, me temo que no.

-El hombre que fue presidente de los Estados Unidos en tiempos de los descendientes de Beebe: Franklin D. Roosevelt. Todas estas esferas que ve aquí abajo son bisnietas de la sugerencia de Roosevelt.

Demerest reflexionó brevemente al respecto pero no hizo ningún comentario. Volvió al tema inicial.

-Nos interesaría especialmente que alguien de Profundidad del Océano visitase Luna City -dijo-, pues tal vez, ello despertaría una comprensión suficiente, por parte de Profundidad del Océano, de la necesidad de adoptar una pauta de actuación que puede representar un considerable sacrificio.

-¿Cómo? -Las cuatro patas de la silla de Bergen se posaron en el suelo-. ¿A qué se refiere?

-Profundidad del Océano es una obra magnífica; no es mi intención restarle ningún mérito. Y comprendo que aún llegará a superarse, hasta convertirse en una maravilla del mundo. Pero...

-¿Pero?

-Pero los océanos no dejan de ser sólo una parte de la Tierra; una parte importante, pero sólo eso, una parte. Las profundidades submarinas son sólo una parte del océano. Son verdaderamente un espacio interior; se desarrollan hacia dentro, convergiendo constantemente en un punto.

-Me parece -intervino Annette con gesto algo torvo- que se propone hacer comparaciones con Luna City.

-Así es, en efecto -dijo Demerest-. Luna City representa el espacio exterior, que se expande hasta el infinito. A largo plazo, aquí abajo no habrá dónde ir; desde allí puede irse a todas partes.

-El tamaño y el volumen no son el único criterio, señor Demerest -dijo Bergen-. Es cierto que el océano es sólo una pequeña parte de la Tierra, pero por ese mismo motivo está íntimamente relacionado con más de cinco mil millones de seres humanos. Profundidad del Océano tiene carácter experimental, pero los centros de población de la plataforma continental ya merecen el nombre de ciudades. Profundidad del Océano ofrece a la humanidad la posibilidad de explotar la totalidad del planeta...

-De polucionar todo el planeta -le corrigió Demerest excitado-. De saquearlo, de acabar con él. La concentración del esfuerzo humano en la misma Tierra es malsana e incluso puede resultar fatal, si no está compensada por un movimiento hacia las fronteras exteriores.

-En esas fronteras no hay nada -dijo Annette escupiendo las palabras-. La Luna está muerta, todos los demás mundos situados allí fuera están muertos. Y si existen mundos vivos entre las estrellas, a años luz de distancia, es imposible llegar a ellos. Este océano está vivo.

-La Luna también está viva, señora Bergen, y si Profundidad del Océano lo permite, la Luna se convertirá en un mundo independiente. Los habitantes de la Luna nos encargaremos entonces de llegar hasta otros mundos y les daremos vida y, si la humanidad sabe tener sólo un poco de paciencia, llegaremos hasta las estrellas. ¡Nosotros! ¡Nosotros lo conseguiremos! Sólo nosotros, los habitantes de la Luna, que estamos habituados al espacio, que estamos habituados a vivir en una caverna, que estamos habituados a un medio mecánico, sólo nosotros podríamos resistir la vida en una nave espacial que tal vez deba viajar durante siglos antes de alcanzar las estrellas.

-Un momento, Demerest, espere -dijo Bergen, levantando la mano-. ¡Alto ahí! ¿Qué significa eso de si Profundidad del Océano lo permite? ¿Qué tenemos que ver nosotros con eso?

-Ustedes compiten con nosotros, señor Bergen. El Consejo del Proyecto Planetario se inclinará a su favor, les dará más a ustedes, y menos a nosotros, porque a corto plazo, como dice su esposa, el océano está vivo, y la Luna, a excepción de un millar de hombres, no lo está; porque ustedes están a media docena de millas de distancia y nosotros a un cuarto dé millón; porque es posible llegar hasta aquí en una hora y para llegar hasta nosotros se precisan tres días. Y porque su historial en materia de seguridad es ideal y nosotros hemos tenido... desgracias.

-Esto último, desde luego, es trivial. En cualquier momento pueden ocurrir accidentes, en cualquier lugar.

-Pero las trivialidades pueden ser útiles -dijo Demerest con rencor-. Pueden emplearse para manipular las emociones. Para gentes que no comprenden el objeto y la importancia de la exploración espacial, la muerte de los habitantes de la Luna en accidentes es prueba suficiente de que la Luna es peligrosa, de que su colonización es una inútil fantasía. ¿Por qué no? Es la excusa que emplean para ahorrar dinero y luego pueden calmar su conciencia invirtiendo parte de ese dinero en Profundidad del Océano. Por eso he dicho que el accidente ocurrido en la Luna había puesto en peligro la supervivencia de Luna City, aunque sólo murieran veinte personas entre casi un millar.

-No acepto su argumento. Durante muchos años ha habido dinero suficiente para los dos.

-No el suficiente. De eso se trata precisamente. Las inversiones no han sido suficientes para lograr que la Luna pudiera independizarse en todos estos años, y luego se escudan en esa falta de independencia para perjudicamos. Tampoco ha habido las inversiones suficientes para que Profundidad del Océano pudiera llegar a subsistir autónomamente... Pero, ahora les podrán dar lo suficiente si nos cortan todos los fondos a nosotros.

-¿Cree que eso puede suceder?

-Estoy casi seguro de que ocurrirá, a menos que Profundidad del Océano demuestre un interés de estadista por el futuro del hombre.

-¿Cómo?

-Negándose a aceptar fondos adicionales. No compitiendo con Luna City. Anteponiendo el bienestar de toda la raza a sus intereses particulares.

-Sin duda no esperará que desmantelemos...

-No será necesario. ¿No se da cuenta? Ayúdenos a explicar que Luna City es esencial, que la exploración del espacio es la esperanza de la humanidad; que están dispuestos a esperar, a reducir gastos si es necesario.

Bergen miró a su esposa y arqueó las cejas. Ella meneó la cabeza indignada.

-Me parece que tiene una idea demasiado romántica del CPP. Aun cuando yo pronunciara nobles y abnegados discursos, ¿quién le garantiza que me escucharían? La cuestión de Profundidad del Océano depende de muchísimas otras cosas más que mi opinión y mis declaraciones. También están las consideraciones económicas y el sentimiento público. ¿Por qué no se serena, señor Demerest? No será el fin de Luna City. Les concederán fondos. Estoy seguro. De verdad se lo digo, estoy seguro. Dejemos esto ahora...

-No, tengo que convencerle de alguna forma u otra de que hablo en serio. Si es necesario. Profundidad del Océano debe interrumpir sus actividades a menos que el CPP pueda proporcionarnos amplios fondos a los dos.

-¿Es esto una especie de misión oficial, señor Demerest? -dijo Bergen-. ¿Me está hablando oficialmente, en nombre Luna City, o sólo a título personal?

-Sólo a título personal, pero tal vez con eso baste, señor Bergen.

-Yo no lo creo así. Lo siento, pero esto está empezando a resultar desagradable. Sugiero que, a fin de cuentas, lo mejor será que regrese a la cara exterior en el primer batiscafo.

-¡Todavía no! ¡Todavía no! -Demerest miró desesperado a su alrededor, luego se incorporó vacilante y se apoyó de espaldas contra la pared. Era demasiado alto para la habitación y percibió claramente cómo se le escurría la vida. Un paso más y no habría podido volverse atrás.

Ya les había dicho en la Luna que de nada serviría intentar hablar, intentar negociar. Era una lucha a vida o muerte por los fondos disponibles, y el destino de Luna City no podía verse frustrado; no en favor de Profundidad del Océano; ni en favor de la Tierra; no, ni por toda la Tierra, pues la humanidad y el universo estaban por encima de la misma Tierra. El hombre debía abandonar el útero materno y...

Demerest podía oír su propio jadeo enfurecido y la íntima agitación del torbellino de sus pensamientos. Los otros dos le contemplaban con una mirada que parecía preocupada. Annette se levantó y dijo:

-¿Se siente mal, señor Demerest?

-No me siento mal. Siéntese. Soy ingeniero de seguridad y quiero enseñarles un par de cosas sobre la seguridad. Siéntese, señora Bergen.

-Siéntate, Annette -dijo Bergen-. Yo me ocuparé de él. -Se levantó y avanzó un paso.

-No -dijo Demerest-. Usted tampoco se mueva. Tengo una cosa aquí escondida. Es usted demasiado ingenuo en lo tocante a los peligros humanos, señor Bergen. Se protege contra el mar y contra los fallos mecánicos, y no registra a sus visitantes humanos, ¿verdad? Tengo un arma, señor Bergen.

Ahora que lo había dicho y ya había dado el paso definitivo, a pártir del cual no había posible vuelta atrás, pues sería hombre muerto hiciera lo que hiciese, se sentía bastante tranquilo.

-Oh, John -exclamó Annette, y apretó el brazo de su marido-. Es...

Bergen se puso frente a ella.

-¿Un arma? ¿Esa cosa es un arma? Ahora, tranquilo. Demerest, tranquilo. No hay motivo para excitarse. Si quiere hablar, hablaremos. ¿Qué es eso?

-Nada dramático. Un rayo láser portátil.

-¿Qué pretende hacer con él?

-Destruiré Profundidad del Océano.

-Pero no puede hacer eso, Demerest. Sabe que no puede hacerlo. La cantidad de energía que cabe en un puño es limitada, y cualquier láser que pueda sostenerse en una mano seria incapaz de generar el calor suficiente para atravesar las paredes.

-Lo sé. Éste contiene más energía de lo que usted cree. Está fabricado en la Luna, y fabricar la unidad de energía en el vacío tiene ciertas ventajas. Pero tiene usted razón.

Aun así, está destinado a ejecutar sólo pequeños trabajos y es preciso recargarlo con frecuencia. Conque no tengo intención de intentar penetrar treinta centímetros o más de aleación de acero con él... Pero me ayudará a conseguir mi propósito indirectamente. Para empezar, les mantendrá quietos a los dos. Tengo energía suficiente en mi puño para matar a dos personas.

-No nos matará -dijo Bergen con voz neutra-. No tiene ningún motivo para hacerlo.

-Si con eso quiere insinuar que soy un ser irrazonable y que debe conseguir de algún modo hacerme recapacitar sobre mi locura, olvídelo -dijo Demerest-. Tengo todos los motivos para matarles y les mataré. Con el rayo láser si es necesario, aunque preferiría no tener que hacerlo.

-¿De qué le servirá matarnos? No lo comprendo. ¿Es porque me he negado a sacrificar los fondos de Profundidad del Océano? No podía hacer otra cosa. Realmente no me corresponde a mí tomar la decisión. Y aunque me mate, ello no le ayudará a conseguir sus propósitos, ¿no cree? De hecho será todo lo contrario. Si un habitante de la Luna es un asesino, ¿cómo influirá ese hecho sobre la imagen de Luna City? Piense en las emociones humanas en la Tierra.

Cuando se decidió a intervenir, Annette habló en un tono perceptiblemente chillón.

-¿No se da cuenta de que la gente dirá que las radiaciones solares que recibe la Luna tienen efectos perniciosos? ¿Que las manipulaciones genéticas que han servido para reorganizar sus huesos y músculos han afectado también su estabilidad mental? Piense en la palabra «lunático», señor Demerest. Antaño los hombres creían que la Luna causaba locura.

-No estoy loco, señora Bergen.

-Eso es lo de menos -dijo Bergen, recogiendo serenamente el cable que acababa de lanzar su esposa-. Dirán que lo estaba; que todos los habitantes de la Luna están locos; y clausurarán Luna City y la Luna misma quedará cerrada a posteriores exploraciones, tal vez de forma definitiva. ¿Es eso lo que desea?

-Ello tal vez ocurriría si pensasen que yo les había matado, pero no lo pensarán. Será un accidente. -Con su codo izquierdo Demerest rompió el plástico que cubría los controles manuales-. Conozco este tipo de unidades -dijo-. Sé exactamente cómo operan. Lógicamente, al romperse ese plástico debería encenderse una señal luminosa; al fin y al cabo, podría haberse roto accidentalmente, y entonces alguien acudiría a investigar o, mejor aún, los controles quedarían inmovilizados hasta que alguien los operase deliberadamente para tener la seguridad de que no había sido sólo una rotura accidental. -Hizo una pausa, luego continuó-: Pero estoy seguro de que nadie vendrá; de que no se ha producido ninguna señal de alarma. Su sistema manual no es a prueba de errores porque, en lo más íntimo, usted abrigaba la convicción de que jamás lo utilizarían.

-¿Qué se propone hacer? -dijo Bergen.

Estaba tenso, y Demerest observó atentamente sus rodillas y dijo:

-Dispararé sin vacilación si intenta saltar sobre mí, y luego continuaré tranquilamente mi trabajo.

-Creo que no me está dejando nada que perder.

-Perderá tiempo. Déjeme hacer sin inmiscuirse y dispondrá de unos cuantos minutos para seguir hablando. Es posible que incluso llegue a convencerme. He ahí mi propuesta. No se meta conmigo y yo le daré la oportunidad de convencerme.

-¿Qué se propone hacer?

-Esto -dijo Demerest. No tuvo que mirar. Alargó la mano izquierda y cerró un contacto-. Ahora la unidad, de fusión comenzará a calentar la cámara de aire y el vapor

la vaciará. Será cuestión de pocos minutos. Y estoy seguro de que cuando esté vacía se encenderá uno de esos botoncitos rojos transparentes.

-¿Acaso pretende...?

-¿Por qué me lo pregunta? -dijo Demerest-. Ya sabe que, si he hecho lo que he hecho, mi intención debe ser inundar Profundidad del Océano.

-Pero, ¿por qué? Maldita sea, ¿por qué?

-Porque se interpretará como un accidente. Porque será una mancha en su expediente en materia de seguridad. Porque será una catástrofe total y les borrará del mapa. Y el CPP perderá interés por ustedes y Profundidad del Océano habrá perdido todo su atractivo. Nosotros recibiremos el dinero; nosotros continuaremos. Si pudiera lograr que eso ocurriera de alguna otra forma, así lo haría, pero las necesidades de Luna City son las necesidades de la humanidad, y éstas están por encima de todo.

-Usted también morirá -consiguió decir Annette.

-Naturalmente. ¿Cree que querría vivir después de haberme visto obligado a hacer algo así? No soy un asesino.

-Pero lo será. Si inunda este módulo, inundará toda Profundidad del Océano, matará a todos los que se encuentran aquí y condenará a una muerte más lenta a los que han salido en sus submarinos. Cincuenta hombres y mujeres, un niño que aún está por nacer...

-Eso no es culpa mía -dijo Demerest, con evidente sufrimiento-. No esperaba encontrar a una mujer encinta aquí, pero puesto que así ha sido, no puedo permitir que eso me detenga.

-Pero debe detenerse -dijo Bergen-. Su plan fracasará a menos que lo que ocurra aparezca como un accidente. Le encontrarán con un emisor de rayos en la mano y con los controles manuales claramente manipulados. ¿Cree que no sabrán deducir la verdad a partir de eso?

Demerest empezaba a sentir un gran cansancio.

-Señor Bergen, habla como un desesperado. Escúcheme bien... Cuando se abra la puerta exterior, esto se inundará de agua a una presión de mil atmósferas. Será como un enorme ariete que lo destruirá y arrasará todo a su paso. Las paredes de los módulos de Profundidad del Océano resistirán, pero todo lo que hay dentro de ellas quedará retorcido e irreconocible. Los seres humanos quedarán reducidos a tejidos desgarrados y huesos en astillas, y la muerte será instantánea e imperceptible. Aunque les matara quemándoles con el láser, no quedaría la menor prueba de ello, conque no tengo por qué vacilar, ¿comprende? Este panel manual quedará destrozado de todos modos; el agua se encargará de borrar todo lo que yo pueda hacer.

-Pero el emisor de rayos, la pistola de láser. Aunque sufra algún daño, será posible identificarla -dijo Annette.

-En la Luna solemos usar estas cosas, señora Bergen. Es una herramienta corriente; es el equivalente óptico de una navaja de bolsillo. Podría matarla con una navaja de bolsillo, ¿sabe?, pero nadie deduciría que un hombre que lleva una navaja de bolsillo, o incluso que esgrime una con la hoja extendida, tiene necesariamente el propósito de asesinar a alguien. Podría estar tallando una madera. Además, un láser de fabricación lunar no es una pistola de proyectiles. No tiene que soportar una explosión interna. Lo recubre una delgada lámina de metal, mecánicamente poco resistente. Dudo mucho que el objeto resulte identificable después de sufrir el embate de la tromba de agua.

Demerest no tuvo que reflexionar para hacer estas declaraciones. Las había estado elaborando para sus adentros durante meses de debate consigo mismo allá en la Luna.

-En realidad -siguió diciendo-, ¿cómo podrán averiguar jamás los investigadores lo que habrá ocurrido aquí dentro? Enviarán batiscafos a inspeccionar los restos de Profundidad del Océano, pero ¿cómo se las arreglarán para entrar sin extraer primero el

agua? De hecho, tendrían que construir otra Profundidad del Océano y ello les llevaría... ¿cuánto tiempo? Tal vez, dadas las reticencias del público a despilfarrar dinero, jamás llegarán a hacerlo y se contentarán con arrojar una corona de laurel sobre las paredes muertas de las instalaciones muertas de Profundidad del Océano.

-Los hombres de Luna City sabrán lo que usted ha hecho -dijo Bergen-. Seguro que habrá alguno dotado de conciencia. Se sabrá la verdad.

-Una verdad -dijo Demerest- es que no soy estúpido. Nadie en Luna City sabe lo que me propongo hacer, y nadie sospechará jamás lo que habré hecho. Me enviaron aquí abajo para negociar una cooperación en el asunto de los créditos financieros. Mi misión era discutir y nada más. Ni tan sólo encontrarán a faltar un emisor de rayos láser allí arriba. Yo mismo me monté éste con piezas de desecho... Y funciona. Lo he probado.

-No lo ha pensado bien -dijo lentamente Annette-. ¿Se da cuenta de lo que va a hacer?

-Lo he pensado bien. Sé lo que hago... Y también sé que ustedes dos son conscientes de que se ha encendido la señal. Me doy perfecta cuenta. La cámara de aire está vacía y me temo que se ha agotado el tiempo.

Rápidamente, con el emisor de rayos láser tensamente levantado, cerró otro contacto. Una pieza circular de la pared del módulo se abrió en una fina hendedura en forma de media luna y se enrolló suavemente.

Demerest vio la oscuridad abismal por el rabillo del ojo, pero no miró hacia allí. Un húmedo vapor salino penetró, por la abertura; un extraño olor a vapor viejo. Incluso le pareció poder oír el chapoteo del agua condensada en el fondo de la cámara.

-Si éstos fueran unos mandos manuales racionales -dijo Demerest-, la puerta exterior debería permanecer sellada ahora. Con la puerta interior abierta, nada tendría que ser capaz de abrir esa puerta exterior. Sin embargo, sospecho que los mandos manuales se instalaron muy precipitadamente, al principio, para que llegara a tomarse esa precaución, y fueron sustituidos demasiado pronto para que luego llegara a añadirse ese dispositivo de seguridad. Y suponiendo que aún necesitara pruebas de ello, es evidente que ustedes no permanecerían ahí sentados tan inquietos si supieran que la puerta exterior no iba a abrirse. No tengo más que tocar otro contacto y entrará la tromba de agua. No notaremos nada.

-No lo apriete todavía -dijo Annette-. Debo decirle aún otra cosa. Ha dicho que nos concedería tiempo para convencerle.

-Mientras la cámara se vaciaba de agua.

-Permítame decirle sólo una cosa. Un minuto. Un minuto. Antes le he dicho que no sabía lo que estaba haciendo. Y no lo sabe. Está destruyendo el programa espacial, el programa espacial. El espacio no se acaba con el espacio. -Hablaba con voz chillona.

Demerest arrugó la frente.

-¿De qué me está hablando? Hable con sensatez o acabaré con todo. Estoy cansado. Estoy asustado. Quiero terminar de una vez.

-Usted no está introducido en el CPP -dijo Annette-. Y mi esposo tampoco. Pero yo sí. ¿Cree que por ser una mujer tengo un papel secundario aquí? Pues no es así. Usted, señor, Demerest, sólo piensa en Luna City. Mi marido sólo piensa en Profundidad del Océano. Ninguno de los dos sabe nada.

»¿Adónde confía poder ir, señor Demerest, suponiendo que contara con tanto dinero como quisiera? ¿A Marte? ¿A los asteroides? ¿A los satélites de los gigantes gaseosos? Todos esos mundos son pequeños; todos son meras superficies secas bajo un cielo vacío. Pueden transcurrir generaciones antes de que estemos preparados para intentar llegar a las estrellas, y aun entonces sólo dispondríamos de un minúsculo territorio. ¿Es eso lo que ambiciona?

»Las ambiciones de mi marido no van mucho más allá. Anhela poder extender el hábitat del hombre por el fondo del océano, una superficie no mucho mayor,

en última instancia, que la superficie de la Luna y los demás mundos enanos. En cambio, en el CPP ambicionamos mucho más que cualquiera de ustedes dos, y si aprieta ese botón, señor Demerest, destruirá el sueño más grande que jamás haya concebido la humanidad.

Demerest comenzaba a interesarse a pesar suyo, pero dijo:

-Todo eso es pura charlatanería. -Sabía que existía la posibilidad de que hubieran alertado de algún modo a los demás habitantes de Profundidad del Océano, que en cualquier momento alguien podía entrar e interrumpirles, que alguien podía intentar matarle. Sin embargo, tenía los ojos fijos en la única abertura y le bastaría apretar un contacto, sin necesidad de mirarlo tan sólo, en un gesto que no requeriría más de un segundo.

-No hablo por hablar-dijo Annette-. Usted sabe que se necesitó algo más que naves espaciales para colonizar la Luna. Para lograr establecer una colonia con posibilidades de futuro, fue preciso alterar la constitución genética de algunos hombres y adaptarlos a la baja gravedad allí existente. Usted es un producto de esa manipulación genética.

-¿Y bien?

-¿Y no cree que una manipulación genética también podría permitir adaptar a los hombres para que pudieran soportar una mayor fuerza gravitatoria? ¿Cuál es el planeta más grande del sistema solar, señor Demerest?

-Júpi...

-Sí, Júpiter. Once veces el diámetro de la Tierra; cuarenta veces el diámetro de la Luna. Una superficie ciento veinte veces mayor que la de la Tierra; seiscientas veces la de la Luna. Con unas condiciones tan distintas a todo lo que podemos encontrar en cualquiera de los mundos del tamaño de la Tierra, o más pequeños, que cualquier científico un poco convencido daría la mitad de su vida a cambio de una oportunidad de poder observarlas de cerca.

-Pero Júpiter es un objetivo imposible.

-¿En serio? -dijo Annette, e incluso consiguió esbozar una débil sonrisa-. ¿Tan imposible como volar? ¿Por qué es imposible? La manipulación genética podría permitir conseguir hombres con una osamenta más densa y más resistente, con músculos más fuertes y más compactos. Los mismos principios que aíslan a Luna City del vacío y a Profundidad del Océano del mar podrían aislar también a la futura Profundidad de Júpiter de su medio amoniacado.

-El campo gravitatorio...

-Puede salvarse mediante naves de propulsión nuclear actualmente en proyecto. Usted ignora estos hechos, pero yo no.

-Ni siquiera conocemos con certeza la profundidad de la atmósfera. Las presiones...

-¡Las presiones! ¡Las presiones! Señor Demerest, mire a su alrededor. ¿Por qué cree que se construyó realmente Profundidad del Océano? ¿Para explotar el océano? Los centros de población establecidos en la plataforma continental ya lo hacen perfectamente. ¿Para conocer mejor el fondo submarino? Eso podría lograrse fácilmente mediante batiscafos, con el consiguiente ahorro de los cientos de miles de millones de dólares que llevamos invertidos hasta el momento en Profundidad del Océano.

»¿No comprende, señor Demerest, que Profundidad del Océano tiene que significar más que eso? Profundidad del Océano se ha construido con el propósito de diseñar las naves y mecanismos novísimos que servirán para explorar y colonizar Júpiter. Mire a su alrededor y contemple el primer boceto de un medio ambiente joviano; la réplica más parecida que podemos lograr sobre la Tierra. Es sólo una pálida sombra del poderoso Júpiter, pero es un primer paso.

»Destruya esto, señor Demerest, y habrá destruido toda esperanza de llegar a Júpiter. Por otra parte, si nos deja vivir, juntos penetraremos en la joya más reluciente del sistema solar y, unidos, la poblaremos. Y mucho antes de haber alcanzado los límites de Júpiter, ya estaremos preparados para alcanzar las estrellas, para poblar los planetas afines a la Tierra que giran a su alrededor, y también los planetas afines a Júpiter. No abandonaremos Luna City, porque ambas son necesarias para lograr este fin último.

Por el momento, Demerest se había olvidado por completo de aquel último botón.

-Nadie en Luna City ha oído hablar de esto -dijo.

-Usted no había oído hablar de ello. Pero en Luna City hay personas que están al corriente. Si les hubiera confiado su plan de destrucción, le habrían detenido. Naturalmente, no podemos dar publicidad a estos hechos y sólo pueden conocerlos unas pocas personas en cada lugar. Ya es difícil lograr el apoyo de la opinión pública a los proyectos planetarios actualmente en curso. La cicatería del CPP se debe a que la opinión pública limita su generosidad. ¿Qué cree que diría el público si imaginara que intentábamos llegar a Júpiter? Les parecería una superfantasía. Pero nosotros seguimos adelante y dedicamos todo el dinero que podamos conseguir utilizar a las diversas facetas del Proyecto Gran Mundo.

-¿Proyecto Gran Mundo?

-Sí -dijo Annette-. Ahora ya lo sabe y yo acabo de cometer una grave indiscreción. Pero no tiene importancia, ¿verdad? Puesto que ya podemos damos por muertos, y el proyecto con nosotros.

-Un momento, señora Bergen.

-Si ahora cambia de opinión, no imagine que jamás podrá hablar del Proyecto Gran Mundo. Eso acabaría con él con tanta seguridad como lo haría la destrucción de este lugar. Y sería el fin de su carrera, y también de la mía. También podría ser el fin de Luna City y de Profundidad del Océano. Conque ahora que lo sabe, tal vez nada importe ya de todos modos. Tanto daría que apretase ese botón.

-He dicho un momento... -Profundas arrugas surcaban la frente de Demerest y tenía los ojos encendidos de angustia-. No sé...

Bergen se disponía a saltar por sorpresa en el momento en que la tensa vigilancia de Demerest flaqueó trocándose en vacilante introspección, pero Annette le retuvo por la manga.

Siguió un intervalo indefinido que tal vez durase unos diez segundos y luego Demerest les tendió su láser.

-Cójanlo -dijo-. Me considero detenido.

-No podemos detenerlo sin que se descubra todo el asunto -dijo Annette. Cogió el láser y se lo entregó a Bergen-. Nos conformaremos con que regrese a Luna City y guarde silencio. Le mantendremos bajo vigilancia hasta ese momento.

Bergen estaba manipulando los controles manuales. La puerta interior se deslizó hasta cerrarse y después se oyó el atronador estallido del agua que comenzaba a llenar otra vez la cámara.

Marido y mujer estaban a solas de nuevo. No se habían atrevido a intercambiar palabra hasta que Demerest estuvo inofensivamente dormido bajo la mirada vigilante de los hombres designados para este fin. El inesperado estallido de la tromba de agua había alarmado a todo el mundo y habían tenido que darles una explicación sumamente expurgada del incidente. Los controles manuales quedaron bajo llave y Bergen dijo:

-En adelante será preciso adaptar los controles manuables para que fallen sobre seguro. Y tendremos que registrar a los visitantes.

-Oh, John -dijo Annette-. Creo que la gente está loca. Ahí estábamos, enfrentándonos a la posibilidad de morir y de que desapareciera Profundidad del

Océano; ante el fin de todo. Y lo único que era capaz de pensar era: debo conservar la calma; no debo abortar.

-Y, desde luego, has conservado muy bien la calma. Has estado magnífica. Quiero decir, eso del Proyecto Gran Mundo. A mí jamás se me hubiera ocurrido algo así, pero, por..., por... Júpiter, es una idea muy atractiva. Es fantástico.

-Siento haber tenido que decir todo eso, John. Todo era mentira, claro. Lo he inventado. En realidad, Demerest quería que inventara algo. No era un asesino ni un destructor; era..., según los dictados de su propio entendimiento, sobreexaltado, un patriota, y supongo que se decía que tenía que destruir para salvar..., una opinión bastante generalizada entre los pobres de espíritu. Pero dijo que nos daría tiempo para convencerle de que no lo hiciera y yo diría que ansiaba que lo consiguiéramos. Quería que inventásemos algo que le diera una excusa para salvar con el fin de salvar, y yo se la he dado... Siento haberte engañado, John.

-No me has engañado.

-¿No?

-¿Cómo podrías haberme engañado? Sé que no eres miembro del CPP.

-¿Y cómo puedes estar tan seguro? ¿Porque soy una mujer?

-En absoluto. Porque yo pertenezco al Consejo, Annette, y esto sí que es confidencial. Y, si no te importa, pienso empezar a dar pasos para iniciar exactamente lo que has sugerido: el Proyecto Gran Mundo.

-¡ Bravo! -Annette lo pensó un momento y luego, lentamente, sonrió-. ¡Bravo! No está mal. Las mujeres sirven para algo.

-Lo cual -dijo Bergen, sonriendo a su vez- yo jamás he negado.